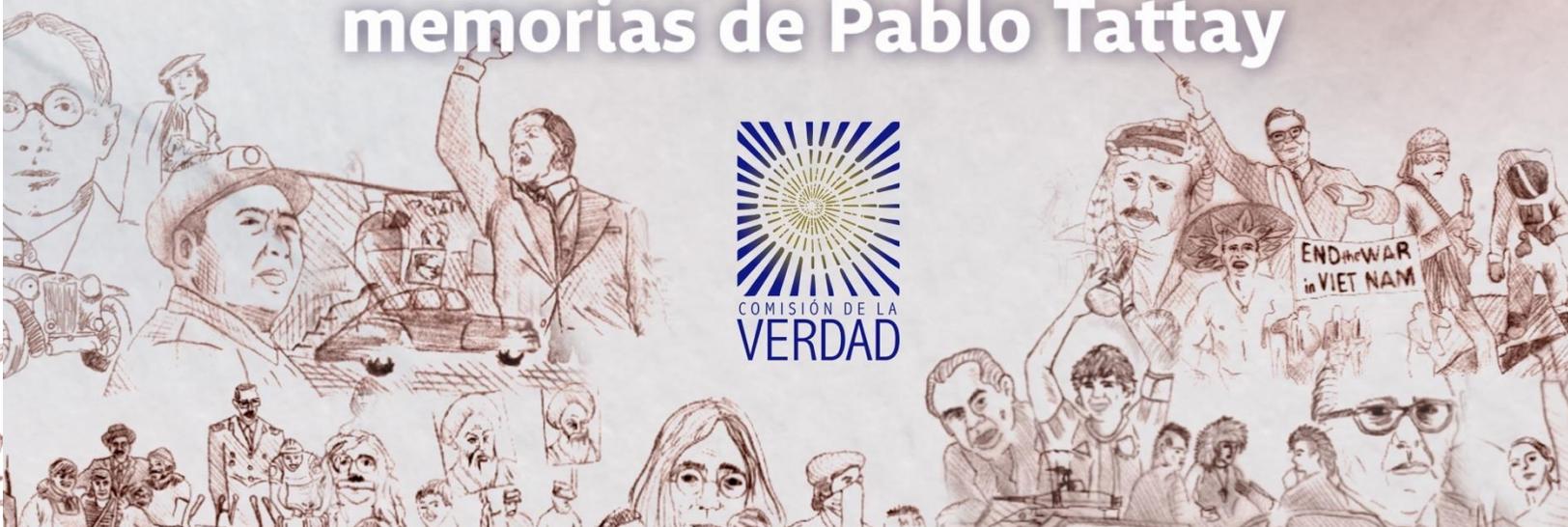




TATTAY

La minga por el Cauca:
memorias de Pablo Tattay





Autores:

Marta Cecilia Arenas Obregón

Juan Andrés Molano Arenas

Alejandra Salazar Molano

Alfredo Molano Jimeno

Corrección de estilo:

Adriana Camacho

Diseño y diagramación:

Juan Pablo León Rueda

Con el apoyo de: Fundación Alfredo Molano Bravo



Fundación
Alfredo Molano
Bravo



Contenido

Prólogo	5
Mujer de maíz, hombre de trigo	7
Pablo Tattay y el poder como construcción colectiva.....	14
La lucha por la tierra	60
Los caminos hacia el Cric.....	68





Reconocimientos

En primer lugar y muy especialmente a Pablo Tattay, quien tuvo la paciencia y la generosidad para confiarnos su historia. A sus hijos Libia y Pedro Pablo, que nos dieron una entrada a la intimidad del hogar y soportaron nuestro intenso impulso. A José Domingo Caldón, a Henry Caballero, Edgar Londoño, Alejandro Ávila y Lilia Triviño, a Clara Erazo, Aníbal Pame, Dumer Ortega y toda la Fundación Sol y Tierra por su apoyo con imágenes e historias. A Eduardo Finscue, Benilda Trochez, José Fidel Secue, Miguel Secue, Rodrigo Pequi, Eduardo Fiscue, Francisco de Tacueyo y en general, a los mayores que nos recibieron en el resguardo de López Adentro, donde se gestó un trascendental capítulo de la historia del movimiento indígena. A María Teresa Finji y Víctor Daniel Bonilla, quienes le pusieron rostros a estos relatos con fotografías de enorme valor histórico del movimiento indígena. A Adriana Camacho, por poner su precisión y conocimiento al servicio de estos escritos. A Jorge Cardona, quién nos compartió su análisis histórico para construir la línea del tiempo, y a Gregorio Molano por sus dibujos. A la Comisión de la Verdad que nunca dejó de creer en la importancia de recoger estos relatos, y en especial a su presidente, Francisco de Roux, al comisionado Saúl Franco, a Mauricio Katz y Marcela Peláez, quienes soportaron las vicisitudes que este proyecto enfrentó para ver la luz. Ellos son los gestores de este homenaje a la vida de Pablo Tattay, y con ello a todo el movimiento indígena del Cauca que ha escrito la historia de su pueblo con la tinta de la dignidad.





Prólogo

La minga por el Cauca: memorias de Pablo Tattay es un libro que, como el movimiento indígena, se ha tejido a varias manos. Las primeras hebras se hilaron en 2018, cuando, en una de sus correrías como comisionado de la verdad, Alfredo Molano Bravo se encontró con Pablo Tattay. Alfredo, quien a lo largo de los años había afinado el olfato para identificar grandes historias, supo de inmediato que la de Pablo, húngaro de nacimiento y colombiano por convencimiento, fundador y gestor del Consejo Regional Indígena del Cauca, es una historia que atraviesa el corazón de Colombia.

Aun cuando Molano es reconocido por seguirles el rastro a los colonos, y como comisionado era responsable de la macrorregión de la Orinoquia, se empeñó en escribir esta historia, que da testimonio de la lucha por la tierra y la identidad indígena. Es paradójico, por decir lo menos, que en el momento de su muerte el trabajo más avanzado que tenía Molano eran estas entrevistas, para las que había tenido varios encuentros con Pablo, acompañado en algunas ocasiones por Graciela Bolaños, su compañera, y Libia, su hija mayor.

Muerto Alfredo, las entrevistas continuaron el legado itinerante de Molano. Impulsadas por el convencimiento del comisionado Saúl Franco de que esta historia tenía que ser contada, fueron retomadas por Nathalie Gómez, Nora Caballero y la comisionada Patricia Tobón. Sin embargo, el tiempo hizo lo suyo y una capa de polvo se posó sobre este esfuerzo, dado que la urgencia de la comisión marcaba otros rumbos. Pasaron algunos meses hasta que, en la celebración de los cincuenta años del CRIC, en febrero de 2021, Alfredo Molano Jimeno (hijo) recordó que Alfredo, durante los últimos tiempos, había estado trabajando en la historia de vida de Tattay. Comenzó entonces una larga gestión de la Fundación Alfredo Molano Bravo por retomar este trabajo, que no habría sido posible sin el apoyo generoso de Saúl Franco, Francisco de Roux y Mauricio Katz.

Pablo, a sus ochenta y punta de años, miraba con cierta distancia, no muy convencido de que este libro pudiera ver la luz. Sin embargo, con firmeza y, hay que decirlo, con escepticismo, reanudó el trabajo, siempre bajo la premisa de que lo fundamental era la historia del CRIC, mas no la historia de su vida personal, la cual, según sus palabras, carece completamente de importancia.

Así pues, el lector encontrará en este libro cuatro capítulos, o mejor cuatro relatos. El relato central, que cuenta la historia político-organizativa del CRIC en la voz de Tattay, escrito fundamentalmente alrededor de las entrevistas que Alfredo y Pablo hicieron. Un segundo relato narrado en la voz de Libia Tattay Bolaños, el cual recoge la mirada íntima del hogar, conjugando voces y recuerdos de Libia y Pablo Andrés, hijos de Pablo y Graciela, y Kinga, su sobrina. El tercer relato, *La lucha por la tierra*, se construyó siguiendo el método de Molano, según el cual diversas voces convergen para contar una historia. No pretendemos con este escrito contar la vida de una persona en particular. Se trata, más bien, de visibilizar los





caminos recorridos para la recuperación de la tierra. Aquí encontrarán las voces de algunas de las personas que participaron de primera mano en esta gesta, con quienes nos reunimos en el resguardo de López Adentro, bandera de la lucha por la tierra. Por último, *Los caminos hacia el CRIC*, trae las voces de aquellos que sin ser indígenas dedicaron su vida a construir el movimiento.

Con estas cuatro miradas, sumadas a una línea del tiempo que la Comisión de la Verdad publicó en su transmedia, queremos hacer un homenaje al movimiento indígena, a sus luchas valientes y sostenidas para construir poder, porque, según se dice en Cauca, el poder no se toma, el poder se construye. También es, aunque Pablo frunza el ceño, un homenaje a una vida dedicada con estoicismo a la consolidación del movimiento indígena. Por último, es un trabajo dedicado a la memoria de Alfredo Molano Bravo, quien nos enseñó que la historia del país hay que contarla desde las voces de la gente de pies en tierra, enfrentándose con ahínco a las mezquindades de quienes ostentan o ansían el poder. Para ellos reconstruirnos estas memorias de Pablo Tattay y del CRIC.

Fundación Alfredo Molano Bravo





Mujer de maíz, hombre de trigo

La historia que nos tocó vivir es fuerte porque se cruzan muchas cosas. Somos dos, mi hermano y yo, que nos llevamos un año de diferencia. Nacimos en Popayán durante los comienzos del CRIC. Para nosotros no es fácil desligar la vida familiar de la vida organizativa, porque de alguna manera siempre han estado tan vinculadas, que las fronteras son porosas. Nuestra casa fue la casa de todos. Entraba y salía gente, se hacían reuniones, almuerzos, siestas, todo. Claro que funcionaba como las otras casas, es decir, niños, colegio, desayuno, juegos, pero con la diferencia de que esas actividades cotidianas eran muy pocas las veces que las hacíamos sólo los cuatro. Desayunábamos, claro, ¡pero con un montón de gente! Y así era todo. Mi hermano recuerda que a veces uno llegaba y había alguien durmiendo en su cama, y tocaba ir a buscar otro sitio para dormir, porque así es el movimiento indígena, todo se comparte. Mi mamá era la que convocaba, tenía la casa abierta para todo el mundo, siempre había comida y cama para el que llegara. Se reía cuando alguien le preguntaba cómo hacía con el trabajo de la organización y el trabajo de la casa, ¡pues es que la organización estaba en la casa! Ella nunca perdió el nexo con la vida cotidiana, ¡lo valoraba muchísimo! Cuando éramos chiquitos quería hacernos los vestidos; llegaba de las reuniones y se sentaba en la máquina de coser, le parecía muy bonito hacernos los vestidos, y mi papá se ponía bravo y le decía: “¿Cómo puedes estar cosiendo si tú eres una mujer que está trabajando con las organizaciones?” Pero mi mamá nunca pensó que eso impedía lo demás. Lo cotidiano le producía mucha alegría. Tejer, dibujar, cocinar, cuidar las plantas, alimentar los gatos. Ya fuera en el trabajo o en la casa, ella siempre estaba investigando. Por ejemplo, cada domingo preparaba algo que nadie conocía, incorporando recetas o ingredientes nuevos de las visitas que llegaban.

El recuerdo que tengo de mi papá, cuando estaba con nosotros, era escuchando música clásica. Todas las tardes, después de que Pablito y yo llegáramos del colegio, ponía discos de Mozart o Bach en un tocadiscos de esos antiguos; le gustaba mucho, tal vez porque le despertaba una memoria ancestral. Nosotros nos quedábamos ahí un rato, asistiendo al mundo de mi papá, que era muy tranquilo. Y es paradójico, porque al lado de esa tranquilidad también había mucha intensidad.

Pablo y yo crecimos como otros niños; íbamos al colegio, jugábamos en el barrio con los vecinos, Pablo iba a clases de flauta en el conservatorio y yo estudiaba piano. Mis papás consideraban que, en la medida de lo posible, debíamos tener una infancia como la de los otros, socializar, jugar, estudiar... Sobre todo mi mamá. La idea era no separarnos del mundo. La filosofía de mi mamá –y mi papá le seguía la corriente– era que a los niños había que dejarlos ser niños.





De chiquita estuve en las Salesianas, un colegio público y católico donde estudiaban las niñas de familias tradicionales de Popayán. Ahí fui a parar porque mis papás averiguaron que era un colegio de buena calidad. Tengo un recuerdo muy intenso de esa época, porque de alguna manera era como estar en dos mundos. Yo era buena estudiante, pero muy distraída y a veces no me iba bien en matemáticas. Sufría mucho, me ponía triste y malgeniada por no entender, y mi papá, aunque muchas veces estaba ausente, cuando estaba en la casa se dedicaba a enseñarme con mucha paciencia. Luego yo me ponía muy contenta porque podía ayudarles a mis compañeritas. Tenía clarísimo que como me enseñaban en el colegio no era la forma. Para mí era un regalo que él me explicara porque, entre otras, él era amable pero distante.

Recuerdo que algunas niñas me preguntaban por mi papá, yo evadía la pregunta o decía cualquier cosa, era mi instinto de preservación. Luego me di cuenta de que me preguntaban porque sus papás sabían quién era el mío y querían averiguar dónde estaba. Un día una compañerita me dijo que había escuchado en la radio que a mi papá lo estaban buscando por invasor. No era difícil entender, así fueras chiquita, que había un montón de gente en Popayán que odiaba a los indígenas, les decían los robotierras. Y aunque yo no sabía bien todo lo que mis papás hacían, sabía que ellos defendían a los indígenas y luchaban por sus derechos. Entonces formé como una línea de reserva, de no contarle todo, nunca. Era como el miedo de exponer a mis papás. Yo tenía la sensación de que estaban en peligro, que les podía pasar cualquier cosa. En mi imaginario siempre pensé que mi mamá podía morir en un accidente de avión, porque ella viajaba mucho, y que a mi papá lo iban a matar. En una época, él iba a reuniones en la noche con el CRIC y yo siempre me iba con él, creyendo que si estaba con una niña no le iban a disparar. Es que a Pablo y a mí nos tocó vivir las muertes de varios de sus compañeros. Pero mis papás no podían ceder, ni rendirse, antes, al contrario, tenían que ser más y más fuertes.

Mi hermano, aunque era más pequeño, también tiene memorias de eso. Él recuerda que cuando mi papá no llegaba y a veces sonaban motos de alto cilindraje, mi mamá decía: “¡ya lo mataron!”, y que yo me alteraba muchísimo y salía a buscarlo por los alrededores. Después llegaba mi papá y todo se tranquilizaba. Eso fue a finales de los 70 y comienzos de los 80, en el gobierno de Turbay, en el cual hubo mucha represión.

La cárcel y la clandestinidad

Un día que mi hermano y yo estábamos jugando donde unos amigos del barrio, el Ejército allanó la casa de Popayán y se llevó a mi mamá. Mi papá no estaba, logró escapar gracias a la solidaridad de los vecinos que le avisaron. Eso fue en el 79. La situación se había puesto dura luego de que el M-19 le robó al Ejército las armas que almacenaba en el Cantón Norte, en Bogotá. A mi mamá le tocó muy difícil, aunque eso lo vivimos a saber hace poco, porque ella no nos contaba mucho sobre esa época. La torturaron física y emocionalmente durante dos semanas, día y noche. La encerraron en un baño muy oscuro, con las manos amarradas, en un





espacio tan pequeño que no se podía sentar. Ella decía que se sentía como en un hueco profundo. Un chorro de agua caía sobre su cabeza las 24 horas. Le hacían preguntas sobre el M-19, la acusaban de guerrillera y le decían que habían matado a mi papá. A los quince días de estar encerrada, sin ver la luz del día, la llevaron a la cárcel del Buen Pastor, en Cali. Allí íbamos a visitarla cada mes con mi abuela materna. Porque cuando a ella la cogieron presa, mi papá se escondió y a nosotros nos llevaron a Pasto, a la casa de los abuelos. Yo tendría 6 años y Pablito 5. Mis abuelos maternos eran campesinos nariñenses. Ella era supremamente conservadora y con un carácter fuerte. Él era un pan de dios. Mis abuelos paternos vivían en Canadá. Dice mi prima, quien vivió cerca de ellos varios años, que mi abuela tenía la fuerza de la naturaleza: llena de amor, pero sin ningún tacto. Siempre sabía qué era lo correcto para todo el mundo. Mi abuelo era gentil, inteligente y hacía lo que podía para mantener su espacio. Ahora que lo pienso, había cierta estructura parecida en las dos familias. En todo caso, mis dos abuelas se mantenían en contacto, se preocupaban por el camino que habían tomado mis papás y querían llevarnos a Canadá, pero mi mamá nunca dejó.

En el Buen Pastor ella entró al pabellón de presas políticas y empezó un proceso de alfabetización con mujeres del M-19. Ella lo contaba no como algo tan triste, decía que no importaba el lugar donde estuviera sino hacer lo que se tenía que hacer. En la cárcel hay ciertas actividades que la gente puede elegir, y ella escogió hacer muñecas de trapo. Yo tenía una muñeca de cada visita. Pablito cuenta que, aunque era pequeño, tiene una imagen grabada: a ella la tenían como en una casa de monjas y una vez que la fuimos a visitar, él llorando les gritaba a las monjitas que la soltaran.

A pesar de todo, de alguna manera mientras vivimos en Pasto tuvimos una vida normal. Íbamos al colegio, jugábamos con otros niños, visitábamos a mi mamá y de vez en cuando hablábamos con mi papá. Él hacía lo posible por vernos y en algunas ocasiones logramos visitarlo en alguna comunidad cerca de Pasto; mi abuela nos llevaba, pero con mucho cuidado, porque lo seguían buscando todo el tiempo. Siempre había tipos raros por ahí preguntando por él.

El Quintín Lame

Al cabo de un año, cuando mi mamá salió de la cárcel, nos fuimos de nuevo a vivir a Popayán. Fue una época dura. Mi papá seguía en la clandestinidad y mi mamá sufría mucho. Ella salió de la cárcel bastante triste. Sentada en la cama, lloraba con un llanto silencioso y nos abrazaba fuerte. Su comadre recuerda que el día que mi mamá recobró la libertad, los compañeros del CRIC hicieron una comida para darle la bienvenida. Ella cuenta que mi mamá, que tenía unos ojos claros muy bonitos, tenía una mirada extraña, un poco ausente, como de miedo.

En ese momento mi papá seguía escondido porque era de los más buscados. En los peajes había carteles de "SE BUSCA" con su foto. Esa fue la época en la que empezó a organizarse la guerrilla indígena del Quintín Lame y mi papá, aunque no estaba en armas, sí estaba asesorando la conformación del Quintín desde la parte





política. Cuando la cosa estaba como más fuerte, teníamos encuentros clandestinos que nosotros no entendíamos bien. Íbamos con mi mamá y mi hermano al terminal, ahí nos subíamos a un jeep, siempre con otra gente, después de un trecho cambiábamos de carro, y así hasta llegar a una montaña. Allí había gente armada, y en una casita por allá, mi papá en un cuarto, casi siempre en alguna reunión. Nosotros terminábamos el colegio el viernes y mi mamá decía: “Vamos a ir a visitar a unos amigos”, pero ya sabíamos que era a él. Nos quedábamos una noche o dos y ya. Una vez fuimos a visitarlo y cuando llegamos encontramos una gente armada y dije: “¡Nos van a matar!” Recuerdo que todos se rieron. Me explicaron que esos eran los compañeros del Quintín, pero yo sentí miedo al ver unos indígenas chiquitos con armas, ¡si es que yo no sabía nada de armas! En muchas ocasiones fuimos a una casa en el campo donde había más compañeros. En otros casos, íbamos a una comunidad. Yo recuerdo que por las noches caminábamos, pero no jugábamos con él porque estaba en sus cosas. Hubo una época en que no queríamos ir porque preferíamos quedarnos con los amigos del barrio. Mi mamá decía que mi papá iba a pensar que no lo queríamos. A veces íbamos a visitarlo y de salida nos subíamos todos en el bus y él se bajaba en alguna parte y nosotros seguíamos a Popayán. Pero una vez él dijo: “Yo vuelvo con ustedes”, y sentí que me moría. Pensé: “Si vuelve le va a pasar algo”. Cuando llegué a la casa miraba para todos lados para ver que no hubiera nadie. Era chiquita, pero tenía una conciencia muy fuerte de que algo le podía pasar.

Mi papá tuvo que cuidarse mucho, por mucho tiempo. Como él era una de las personas encargadas de las escuelas en las que formaban políticamente a los compañeros del Quintín, siempre estaba en movimiento, de un lugar a otro. Durante el día tenía que quedarse escondido en casa de los compañeros indígenas. En las noches, caminaban para llegar a otro refugio. Él se quedaba en una casa unos días, después se iba a otra, o dormía en el monte. También lo cuidaban con medicina tradicional. Lo llevaban a lagunas para hacerle baños y otros rituales para su protección. Él iba, con algo de escepticismo, pero mi hermano y yo creemos que eso permitió que no le pasara nada.

Recuerdo que en Popayán había un cajón lleno de pelucas y pasaportes. Nosotros no entendíamos por qué estaban allí, pero lo que hacíamos era jugar con ellas. También recuerdo que todos los libros estaban forrados con hojas de revista de familia. Más grandes entendimos que como habían allanado muchas veces la casa, mis papás pensaban que estando así no encontrarían libros de Marx o Lenin, o cualquier otro autor que les pareciera sospechoso. Lo que pasa es que mis papás han tenido una vida como muy intensa, pero siempre trataron de cuidarnos, entonces nosotros éramos como destapando cosas. A los niños hay que dejarlos ser niños, repetía mi mamá. Incluso había gente en la Nacional que decía, “a ustedes los debieron criar con La Internacional” y ¿cuál internacional? Nosotros no teníamos tanta conciencia del papel de mis papás en el movimiento. No la teníamos porque ellos manejaban un perfil muy comunitario, “no somos los que orientamos, sino que estamos construyendo un proyecto, acompañando un proceso colectivo”. Lo comunitario era el eje, tanto así que mi mamá nunca hablaba en singular, siempre decía “nosotros”. Vine a saber el papel que ellos habían jugado en el CRIC





cuando estudiaba antropología en la Nacional. Llegué a las clases y muchos conocían el trabajo de mis papás. Los profesores decían: “Es la hija de Pablo Tattay”. Lo mismo le pasó a mi hermano, ya de grandes fuimos descubriendo cómo es que era la cosa.

Bogotá

Como venía diciendo, en mi casa hubo varios allanamientos y de tantos sólo una vez cogieron a mi mamá porque la gente les avisaba. También por eso fue que nos vinimos a vivir a Bogotá. Alguien del F-2 que conocía a mis papás, les dijo: “Van a poner una bomba en la casa y ustedes casi no están ahí, los que suelen estar son los niños”, y mis papás tomaron la decisión de irnos. La tomaron muy rápido porque no se podía hacer vida familiar en un contexto tan complejo, en cambio, Bogotá era una vida más anónima.

Eran tiempos de mucha turbulencia política. A comienzos del 85, el Quintín hizo su primera aparición pública en la toma de Santander de Quilichao. Las comunidades indígenas se organizaron y se armaron porque los estaban matando. Las recuperaciones de tierra avanzaban, mientras los terratenientes y el Gobierno aumentaban la represión. El 6 de noviembre, el M-19 se tomó el Palacio de Justicia, y al otro día asesinaron en Cali a Luis Ángel Monroy. Moncho, como le decían en el movimiento, fue el fundador y primer comandante del Quintín. Mi papá iba y venía de Bogotá a Popayán, por lo que mi mamá era quien más estaba con nosotros, pero la verdad es que Pablo y yo no crecimos con los papás pegados. Éramos muy libres. De alguna manera siempre sentí que Pablito estaba bajo mi responsabilidad y cuidado. Nuestra relación de niños era muy estrecha.

En Bogotá, al principio, estuvimos tristes porque en Popayán dejamos muchos amigos. Bogotá era grande y fría y no conocíamos a nadie. Luego entramos al colegio y ahí comenzamos a conocer otros niños. Mis papás vivían con nosotros, pero salían por temporadas largas. A diferencia de mi hermano y yo, que comenzamos a hacer una vida en Bogotá, nuestros papás nunca tuvieron una vinculación con la ciudad. Ellos dormían en Bogotá, pero soñaban con el Cauca. Es que ellos querían tan profundamente al CRIC, que esa era y es su vida. Los dos estaban muy alineados en el trabajo y en mi casa no se hablaba de otra cosa, es más, aún hoy no se habla de otra cosa. Ellos tuvieron una relación muy linda, se quisieron siempre. Se complementaban y al mismo tiempo eran muy diferentes. Los amigos dicen, entre risas, que Graciela era una mujer de maíz y Pablo un hombre de trigo.

Mi mamá era muy práctica, alegre y desordenada. La gente en Cauca la recuerda como una mujer generosa, conversadora y solidaria. Trabajó mucho con las mujeres indígenas, creó grupos de mujeres y aunque al principio los hombres estaban reacios a ese ejercicio, poco a poco fue ganándose un espacio. Ella siempre tenía muy presente a la gente; que la compañera de una comunidad estaba enferma y le mandaba drogas con alguien viajara, o las llevaba ella misma cuando iba a hacer trabajo comunitario. Hacía un recorrido territorial y llegaba con todas las





recomendaciones que los compañeros le habían hecho. Siempre sacaba tiempo para conversar y escuchar a las compañeras, aunque estuviera corriendo con mil cosas. Su comadre dice que tenía tan acentuados los principios de solidaridad y colectividad, que parecía más indígena que todos los indígenas.

Antes de estar vinculada con el área de educación, manejaba el tema de salud. Entonces recogía drogas que metía en una caja de cartón bien honda; tenía una memoria increíble, pero igual de desordenada. Hablaba de todos los temas simultáneamente sin diferenciar ni espacio ni tiempo. Trabajaba a las horas que la gente estaba dormida y muchas veces la dejaba el avión. Es que el reloj no existía para ella. Cuando mi mamá murió, mi hermano se puso muy triste porque decía que ella veía luz donde nadie más podía.

Hay una anécdota reciente, de una de las Mingas en las que estuvimos. Fue en La María. Había mucha comunidad y el personal que hacía parte de los equipos de la organización. De repente, llegaron los del ESMAD. Los compañeros más jóvenes, guardias y comuneros que hacían control en la entrada, se metieron por un cafetal con la intención de que los del ESMAD los corretearan. Entonces los muchachos del ESMAD, que eran de muy buena estatura, se metieron detrás. Pero los indígenas, menudos y ágiles, les cogieron ventaja y atraparon a cuatro. Por las bombas de gas que caían del cielo desde helicópteros la gente sentía la muerte rondando, había mucha tensión, entonces alguien dijo: “Matemos a esos hijueputas!” Y ahí apareció mi mamá y les pegó la regañada: “¿Qué hicieron esos muchachos? ¿Y por qué los van a matar?” Ella los salvó.

Las raíces

Mi mamá nació en Potosí, Nariño. Era la mayor de cinco hermanos y, como en casi todas las familias campesinas, hacía como de mamá de sus hermanos más pequeños. Era muy aplicada y juiciosa, pero la abuela era muy brava y la regañaba mucho. Entonces forjó un espíritu de fortaleza que la acompañó toda su vida. Se graduó de bachillerato como promotora social. En el 70 o 71 se presentó a una convocatoria del INCORA, se la ganó y se fue al Cauca. Debía tener 19 o 20 años. Ahí empezaron a trabajar con comunidades campesinas para la reforma agraria y en ese ejercicio se encontraron con mi papá en Jambaló. Estuvieron como un año de novios y se casaron. Mi mamá no estudió en ninguna universidad porque empezó a trabajar muy joven. Después, cuando pudo, decidió que la Organización fuera su maestra. Por eso trabajaba en educación, lo hizo a conciencia, como un ejercicio de aprendizaje reflexivo de la experiencia organizativa. Era un empirismo muy pensado.

Mi papá es una persona muy pegada a los valores profundos. Él tiene una matriz clásica de vida y no le gustan los cambios. Quiero decir que los sabores que le gustan son los que le gustan, la comida sencilla, el vino y el queso que trae en su memoria europea, ¡pero nadie lo va a convencer nunca de tomarse una chicha! Es muy estructurado, acertado, estratégico y busca moverse hacia lo positivo, siempre enfocado en cómo se deben hacer las cosas para el bien común. Desde ahí piensa





en la humanidad. Es un hombre profundamente coherente y disciplinado. No tiene apego a lo material, nunca se ha movido por dinero y no les ve sentido a los lujos. Tiene un papelito donde anota todos sus gastos y la gente se le burla, porque si se gasta \$300 en un tinto, lo anota. Si compra un esfero que vale \$1.500, lo anota. Eso le ha servido, porque nunca ha tenido sueldos grandes. Él no quería tener propiedades, ni se preocupaba por tener contratos y cotizar a pensión para asegurar su vejez. Incluso es muy bonito, porque mi papá, aunque ha estado con el CRIC cincuenta años, sólo ha tenido dos contratos chiquitos con la organización. La verdad es que quien lo apoyó financieramente fue Camilo González, desde INDEPAZ, que lo contrataba para asesorías, pero él trabajaba desde el CRIC. Mi hermano piensa que esa relación de él con lo material viene de la economía de guerra en medio de la cual se crio, siente que necesita sólo cosas básicas para vivir y que no debe gastar en cosas innecesarias.

Mi papá habla poco de su infancia, y en general, poco de sí mismo. Por su modo de ser intenta no darse protagonismo, siempre quiere pasar de agache. En eso coincidía con mi mamá. Ellos consideran que lo que importa es la historia del movimiento indígena y que el CRIC es la versión de su propia historia. Ellos han tenido una vida de principios. Escogieron un camino muy espinoso, lleno de dolores, pero también de alegrías. Los dolores les generaron una fortaleza que los ha sostenido con sus principios en alto. Hoy el CRIC es enorme y mantiene esos principios con los que ellos empezaron. La vida de mis papás, y la mía propia, ha sido en función de la causa indígena. Hay respeto y admiración, pero no una idealización, es más, nosotros no nos consideramos indígenas, ni nunca hemos pretendido serlo. Pero yo sí siento, al igual que mis papás, que el movimiento indígena es mi familia y es mi casa, porque en él he crecido y he caminado. Realmente uno es por lo que lucha.





Pablo Tattay y el poder como construcción colectiva

Yo tenía siete años cuando salimos huyendo de Hungría. No me acuerdo si fue de madrugada o en la noche. Lo único que sé es que fue en 1945, con la entrada de los soviéticos, cuando los bombardeos de la guerra ya se hicieron inevitables. Nos fuimos toda la familia: mis papás, yo y mi hermana. Salimos al tiempo con un poco de gente. Mi único recuerdo de la Hungría de esos días es la casa de los abuelos maternos, un patio grande donde dejé mi infancia y mis raíces. También recuerdo el sótano donde nos resguardábamos cuando caían las bombas, pero sobre todo tengo la imagen del tren en que salimos, del encuentro con los soldados americanos que nos regalaron chicles.

De Hungría nos fuimos para Austria, en donde vivimos como seis años. Nos tocó el fin de la guerra, afortunadamente, porque esas tropas soviéticas eran salvajes, las mujeres se disfrazaban de hombres para que no las violaran, el ejército rojo era pavoroso, en cambio los americanos nos trataron mejor, nos daban chicles. Del viaje apenas me acuerdo de los paisajes, especialmente los del Tirol, que quedaba en medio de las montañas, al que llegamos en tren. Me acuerdo de una competencia en trineo, en la que una muchacha me adelantó y no pude alcanzarla. También me acuerdo del colegio, en el que hice buenos amigos y aprendí a hablar bien el alemán. Antes de viajar a Colombia, con mi mamá y mi hermana estuvimos en París viviendo donde un familiar. Yo tenía sólo diez años, pero aprendí a manejar el metro. Ese es el único recuerdo claro que tengo de Francia.

Mi papá era ingeniero y arquitecto con una especialización en Alemania, pero en Austria tuvo que trabajar en cualquier cosa. Hasta allí tengo recuerdos de Europa y la guerra. Luego vienen el desembarco en Colombia y nuestra llegada a Medellín, donde hice mi vida estudiantil y pasé buena parte de mi juventud. Llegamos allí porque un tío de mi mamá había emigrado a Estados Unidos hace años, le iba bien trabajando en una fábrica, y, estando nosotros en Austria, animó a que mi papá consiguiera un trabajo en Latinoamérica. Este trabajo no tenía nada que ver con su profesión, era representar a la fábrica de válvulas que se llamaba Lunkenheimer.

Le tocaba viajar a México, Cuba, Costa Rica, Panamá, Colombia y a otros países latinoamericanos. Aprovechando estos viajes iba buscando a dónde iba a llevarnos a vivir. Vio varias posibilidades y al final escogió entre dos ciudades: Medellín y San José Costa Rica. Se decidió por Medellín. Mi hermana dice que por causa de la guerra no podían ir a Norteamérica porque eran parte del conflicto, entonces las





opciones eran Sur o Centroamérica. Mi padre escogió Medellín porque decía que era muy bello, civilizado, con mucha cultura y un clima agradable. Siempre amó la naturaleza. Le gustaba hacer montañismo, canotaje, y Medellín tenía esas posibilidades. Además, era seguro en ese tiempo, había buenos colegios y ya había una comunidad de húngaros.

Mi papá llegó a trabajar en Medellín como ingeniero en Integral, una reconocida empresa que ahora está metida en lo de Hidroituango. Cuando yo era estudiante a veces hacía trabajos para esa empresa. Después lo mandaron un tiempo a Caracas. Era una persona muy preparada e inteligente, poco se metía en la vida de mi hermana y en la mía y casi no conversábamos con él. Mi mamá, en cambio, siempre estaba encima de nosotros, que a dónde íbamos, que a qué hora llegábamos, que con quién salíamos. Mi hermana estudió primero donde las monjas, pero al año la sacaron y pasó a un colegio laico. En la universidad era como secretaria, después tuvo su novio, se casó y se fue a vivir a Canadá, donde aún vive.

Para salir de Europa, tomamos un barco desde Cannes a Cartagena. Siempre que le preguntan a mi hermana cómo llegamos a Colombia, responde: “¡Nadando a través del Atlántico!”, y es verdad, en el barco nos la pasamos metidos en la piscina, y ella se la pasó todo el tiempo nadando, yo lo alterné con la mesa de ping-pong. Allí llegamos y al otro día viajamos en avión a Medellín. Mi papá ya había conseguido los tiquetes y la casa donde viviríamos. Aprendí español rápidamente; como a los ocho días de llegar a Colombia entré al colegio San José, de los hermanos cristianos, y pusieron a un cura que anduviera conmigo todo el tiempo para que me ayudara a aprender español. Quedaba en el centro de la ciudad, aunque después lo mudaron a la montaña, de Boston para arriba. Medellín era una ciudad muy agradable, gente amable y alegre. Cuando paseábamos por el barrio la gente nos invitaban a entrar a sus casas a comer buñuelos y natilla.

Cuando niño siempre hacía lo que me dijeran, era muy buen estudiante y lo que más me gustaba era las matemáticas. Conseguí varios amigos en el colegio, entre ellos a Darío Valencia. Es el mejor amigo que tuve en Medellín y que tengo todavía. Con él nos dedicamos a jugar tenis de mesa. Aprendí a jugar muy bien durante el viaje en el barco polaco, que se llamaba Gaguélo, después empecé a jugar en un club en Medellín y en mi casa, porque en el colegio no había mesa. Allí llegaba Darío y jugábamos largas horas. Lo alternábamos con el ajedrez.

En el bachillerato fui, junto a Darío, campeón juvenil y ya después, cuando estaba en la universidad, campeón nacional. Con Darío fuimos campeones por equipos en unos juegos universitarios nacionales en Bogotá. La Nacional de Medellín ganó esos juegos, quedamos como de terceros en básquet; Darío Valencia y yo quedamos de primeros en tenis de mesa, y también gané en ajedrez. Cuando volvimos a Medellín nos recibieron con una caravana de buses y nosotros parados con la copa grande. En el periódico de la universidad le dedicaron un editorial.





Terminé el bachillerato en 1956. Carreras serias sólo había en tres facultades: la de minas, para estudiar ingeniería; la de medicina, y la de derecho. Mi vocación era la física, pero en ese momento no existía en Medellín esa carrera. Entonces me tocó inscribirme en ingeniería. Había que presentar un concurso para entrar, porque realmente tenía mucha demanda. En el examen de admisión quedé en primer lugar. Fui el mejor estudiante que hasta el momento había estudiado allá, según me dijeron.

Libros y organizaciones

En Medellín participé en varios grupos de estudio, pero no me afilié a ningún partido. Teníamos un grupo en el que cada semana alguien exponía un libro. Leíamos economía, filosofía, política. Me acuerdo de que uno de los expositores fue Héctor Abad Gómez. Durante esa época leí mucho. Recuerdo Emanuel Mounier; *La Condición Humana*, de André Malraux, cuya lectura me llevó a interesarme un poco en la revolución China, y varios de Estanislao Zuleta, especialmente *Elogio a la dificultad*. De los escritores de Medellín mi favorito era Fernando González, del que me leí casi todos sus libros. Cuando fui presidente del Consejo estudiantil lo llevé a la facultad a dar una conferencia, que fue muy famosa porque en un momento se acostó en el suelo. Fue todo un espectáculo.

También fui uno de los directivos del Cineclub de Medellín, con Alberto Aguirre y Darío Valencia. Estudié inglés en el Colombo-británico, francés en la Alianza Colombo-francesa y hablo el húngaro cotidiano, no el de la literatura, porque nunca leí libros en mi idioma. Participé en varios grupos de estudio que me formaron un poco en la visión general de las cosas. Uno de ellos fue Equipos Universitarios, que era de inspiración cristiana, lo dirigían unos curas bastante progresistas que sufrieron la persecución de monseñor López Trujillo, el gran perseguidor. Me acuerdo de una consigna que me aprendí en esos tiempos y que he aplicado siempre: “Ver, juzgar, actuar”.

Era un tiempo en el que había un ambiente de cambio, se decía que en el país había mucha injusticia. Eran los años 1960, la época en que apareció Camilo Torres. Los de nuestro grupo no nos perdíamos ninguna de las reuniones y asambleas que hacía Camilo en Medellín y distribuíamos el periódico *Frente Unido*, que era el que impulsó él y que llegó a tener una circulación bastante grande en todo el país. En un momento quería vincularme políticamente algo y me afilié al partido demócrata-cristiano, que en Medellín era un chiste. Un grupo pequeño donde nosotros mismos teníamos que poner la plata para sostener el supuesto partido. Creo que no tuvo ninguna fuerza ni incidencia. Uno de los dirigentes en Medellín era Francisco de Paula Jaramillo, quien tuvo alguna importancia en el movimiento estudiantil de los 60, cuando perteneció a la Federación Universitaria Nacional (FUN). Esto me lo contó Alfredo Molano en una de las muchas entrevistas que me hizo para empezar este libro.





Pertenecí también al Consejo Superior Estudiantil de la Universidad Nacional, que, como todo el movimiento estudiantil de la ciudad, se lo había tomado el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). Nosotros no pertenecíamos a ninguna de estas organizaciones revolucionarias, andábamos en nuestras cosas. Una característica mía en esos primeros años, no sólo allá en Medellín sino también el movimiento indígena, es que mis actividades siempre eran en favor de algo, proponiendo algo, apoyando una idea. Mientras mucha gente de ese tiempo se dedicaba a la protesta, a la denuncia, a estar en contra del capitalismo, en contra de esto y de lo otro, las actividades en las que yo participaba eran de tipo propositivo, buscaba cosas para realizar y construir. Allí empezaron mis diferencias con los movimientos clásicos de izquierda, y esa forma de ver las cosas la puse después al servicio del movimiento indígena.

Me gradué como en 1963, y de ahí me volví profesor de matemáticas y posteriormente director de la carrera de matemáticas en la Universidad de Antioquia. Durante ese tiempo, entre el 64 y 67, logré graduarme de una segunda carrera que fue ingeniería administrativa.

Campamentos universitarios, el encuentro con la ruralidad.

En los grupos en los que yo participaba nos dábamos cuenta de que vivíamos en un país injusto, poco democrático. Éramos gente inquieta que quería trabajar por un mejor país. En esta visión jugó un papel importante lo que se llamó los campamentos universitarios. La idea venía de otros países, aquí los fomentó el padre Gonzalo Giraldo con un grupo de sacerdotes amigos, los que se ganaron la ira de monseñor López Trujillo, al punto de que mandó matar a uno de ellos. Ese cura era tenebroso, absolutamente miedoso.

Me puse al frente por parte de la Universidad Nacional, para participar en los campamentos, porque aún ninguna universidad participaba. Después la Nacional de Medellín, la de Antioquia y la Bolivariana formaron sus propios equipos universitarios. Logré el patrocinio de la Nacional y dirigí el primer campamento en la vereda Las Cataratas de Granada, Antioquia, y después dirigí otro en Los Medios, también en Granada.

La idea era vincularnos a las comunidades campesinas para conocerlas y ayudarles, que los estudiantes universitarios se interesaran en sus problemas y realidades. Así se formó un grupo grande en el que participábamos estudiantes de tres universidades con ideas parecidas. De este grupo hicieron parte Saúl Franco y Leonardo Betancourt, al que mataron al mismo tiempo con Héctor Abad. Funcionábamos casi como una asociación política.

A finales de los 60 y principios de los 70, antes de vincularme a Cauca, tuve relación con Golconda, el movimiento de sacerdotes católicos. Allí conocí al cura René





García y fui bastante amigo de Valencia Cano, obispo de Buenaventura, con el que hicimos un campamento en Punta Soldado, una comunidad de pescadores en el Valle de Cauca. Hice ese viaje para conocer la manera como trabajaban allá, porque hasta el momento todos los campamentos los hacíamos cerquita a Medellín.

En el 67 nos reuníamos con campesinos y participábamos de sus trabajos sin tener ninguna relación con la ANUC. Con ellos trabajamos después. Lo que sí teníamos era relación con algunos de los dirigentes regionales del Instituto Colombiano de Reforma Agraria (Incora), que había sido creado en 1961. Cuando entablamos relación con el Instituto, en el 67, el director de Córdoba, Eduardo Agudelo, nos invitó a conocer unos proyectos en Maríalabaja, que tenía un distrito de riego. Hasta cortamos arroz que dizque para colaborar, y los campesinos con mucha solidaridad nos decían: “Llévense eso para ustedes”. Estando allá se aprobó un decreto que fue muy importante y nosotros lo propagamos, se trataba de que los arrendatarios y aparceros se volvieran propietarios. Nosotros lo llevábamos para dárselo a conocer a los campesinos. O sea que yo antes de irme para Francia tenía un mínimo de contacto con el Incora y con la reforma agraria. Nos quedábamos en carpas, en escuelitas.

Mi héroe era Camilo Torres. Participé en el Frente Unido, que estaba conformado por centenares de estudiantes y las organizaciones de izquierda que para ese momento buscaban un cambio en el país. Primero hicimos parte del movimiento y luego conocí a Camilo. La vinculación y la llegada de Camilo al ELN fue algo que nosotros supimos a última hora. Al principio no lo creímos porque casi nadie conocía al ELN, era un grupo marginal de gente armada pero no nos atraía, no lo conocíamos. A Camilo lo mataron 15 de febrero de 1967, unos días después de su vinculación.

Yo, hasta ese momento no tenía vinculación con ninguna de estas organizaciones de vanguardia, pero Leonardo Betancourt y otros compañeros se habían vinculado al Partido Comunista Marxista Leninista (PCML), a los maoístas y hasta cierto punto nos arrastró, no de lleno, pero se dio nuestro acercamiento a esa organización.

París en mayo del 68

A Francia viajé en 1967 con dos becas del gobierno francés. Fue en mi época de activismo. Tuve la imagen de que quería trabajar sobre todo en el campo, pero con la visión de los países del “Tercer mundo”. Yo quería hacer actividad política y social en Colombia. Escogí París porque tenía la idea de que allá estaban los mejores estudiosos sobre América Latina, las mejores universidades o centros de estudio. Logré tener información del Instituto de Estudios de Desarrollo Económico Social (IEDES), que era dirigido por Francois Perroux. Y el otro instituto era del padre Lebreton, que hasta había estado en Colombia y tenía también un instituto dedicado a los países subdesarrollados. En la primera me admitieron y en la otra ni me contestaron. Iba con muchas ilusiones de aprender, pero me desilusioné bastante porque si bien había profesores muy buenos, me di cuenta de que predominaba la





mirada sobre las excolonias francesas en África. Se trabajaba desde la mirada colonialista a los países subdesarrollados, y obviamente los países de África eran muy diferentes a lo que se vivía en América Latina. Tuve dos profesores muy buenos: uno de apellido Maister, y el otro era Enrique Cardoso, el brasilero que fue presidente de Brasil, el resto eran colonialistas franceses.

Viví todo el tiempo en la casa de Bélgica, donde se tenían todas las ventajas necesarias: el almuerzo y una botellita de vino. Yo me encerraba en mi cuarto de la ciudad universitaria a leer. Leía mucha economía y también me leí la primera edición de *Cien años de Soledad*, que acababa de salir. Me lo regalaron al iniciar mi viaje hacia Francia, lo leía por las noches y me acuerdo la impresión que me causó lo de la huelga de las bananeras. Otro libro que leí fue *El Diario* del Che Guevara. Estaba de moda porque lo acababan de matar. Lo más curioso fue que, estando en Francia, lo conseguí en inglés. Leí también *El hombre unidimensional*, de Herbert Marcuse, y algunas obras de Kohn Bendit, el alemán. Así que el centro estudios fue casi que un pretexto para aprovechar el tiempo y estudiar. Durante mi estancia en París fue la época que más leí en mi vida.

De mayo del 68 no me voy a poner a chicanear porque no jugué ningún papel, apenas lo presencié como testigo. No eché piedra, ni peleé con la Policía porque no me había ido a eso. Pero ahí sí aprendí más que en la universidad. Por la radio oía siempre “ya llegaron”, “ya empezó la pelea en tal parte”; me acuerdo de dos de sus dirigentes: Cohn Bendit y Jaques Souvignon, el presidente de la asociación de estudiantes franceses. Como para variar, el Partido Comunista francés estuvo en contra de la lucha que se dio en ese momento, lo que fortaleció mi poca simpatía por ellos. Yo no fui a las peleas, pero participé en la mayoría de actividades filosóficas y políticas. Allí encontré el planteamiento de que el cambio se hacía desde una visión abierta, pluralista, no dogmática. Eso me impactó y hasta hoy me sigue influyendo.

Una de las cosas que aprendí de mayo del 68 fue que existen formas diferentes de protestar y de actuar. Encontré una cosa bastante suelta, liberal, y no dogmática. Me causó una fuerte impresión. Lo recordaba siempre que me enfrentaba aquí a las vanguardias de la revolución colombiana. Jamás me gustaron los partidos cerrados, dogmáticos y sectarios. Una de las demandas de mayo del 68 era que las muchachas pudieran entrar a las residencias masculinas e inversamente. Y lo ganaron. Yo no era una persona que estuviera afiliada a un movimiento, pero sí me llamó mucho la atención lo que sucedía. Así que salí a la calle a ver, a conocer, no me afilié a nada. En las paredes escribían “Prohibido prohibir”. Nunca leí nada que dijera “Viva la revolución”.

Otra marca que me dejó el paso por Europa fue el desencuentro con el Partido Comunista. En Francia, el Partido Comunista rechazó el movimiento de mayo del 68. Y luego con un viaje que hice a Hungría desde París pude comprobar lo que era vivir en un régimen comunista. Ya me había impresionado muchísimo lo del 56





cuando se rebelaron los húngaros contra la dominación soviética y fueron reprimidos de una manera muy violenta. András Hegedüs era el primer ministro y era del Partido Comunista, pero era un tipo reformista que trató de conseguir una cierta autonomía para Hungría. A él lo capturaron, lo llevaron a Rusia y a los dos meses lo ejecutaron. En el 68, Hungría estaba en pleno dominio comunista. La sociedad estaba completamente controlada; para ejercer su profesión las personas tenían que afiliarse al partido. Entre los estudiantes había una especie de resistencia pasiva: el ruso era la primera lengua que estudiaban, y por pura resistencia no lo aprendían. Mi cuñado, que vine a conocer muchísimo después, salió huyendo por los límites con Austria con todos los estudiantes de su facultad. Después de pelear salió toda la universidad en conjunto por ahí y todos terminaron en Canadá. Cuando avanzaron las tropas soviéticas hubo resistencia militar a la invasión. Todo esto me reforzó la poca simpatía por los regímenes comunistas. Y conocer las posiciones del Partido Comunista aquí en Colombia ratificó mis diferencias.

El Partido Comunista colombiano jugó un papel positivo en los 20 y 30. Por esos años había un periódico llamado *Tierra*, que circulaba fundamentalmente en el Sumapaz. Los que estaban en Cauca, como José Gonzalo Sánchez, se ligaron a sus bases. Pero sobre todo en el comienzo, porque a María Cano, a Raúl Eduardo Mahecha, a todos los excomulgaron. Los sacaron. Los dirigentes comunistas llevaron las luchas obreras al Magdalena Medio, donde empataron con las luchas campesinas e indígenas. En ese tiempo, el Partido Comunista tenía una relación estrecha con movimientos campesinos y actuó positivamente. Pero luego se impuso la línea de Moscú, que era excomulgar a los disidentes.

Para mí el partido tenía dos caras: una que se valía de posiciones sectarias y dogmáticas, y la otra que mantenía una relación positiva con los movimientos campesinos. Quintín Lame, por ejemplo, participó en varias de estas asambleas comunistas donde hacían presencia los sectores populares. Eran obreros, campesinos e indígenas. Y Quintín Lame fue el vicepresidente de varias de esas asambleas. En la época de López Pumarejo también tuvieron protagonismo y hubo una cercanía con el Gobierno. López Pumarejo es el que más ha contribuido a las luchas populares. Llamaba al Partido Comunista “mi partido liberal chiquito”.

Después de López Pumarejo llegó un Santos, de los primeros de la dinastía, a llevarse para el Partido Liberal todo lo auténtico. A mí nunca me atrajo el partido, ni ese, ni ninguno. A pesar de que simpatice con varias organizaciones, con el partido que aquí llamaron “mamerto” nunca tuve acercamientos ni mayores relaciones. Desde esa época en que estaba en Medellín, me gustaba la iniciativa espontánea, abierta, en la que se podía discutir. Alguna vez me invitaron al Opus Dei, no me gustó y nunca volví. La Democracia cristiana era más un club o un *hobby*. No era una organización donde hubiera que cumplir normas o cosas de ese tipo.

Tenía una beca por dos años en Francia, y aunque me aprobaron la entrada a otra universidad para continuar estudiando, decidí que me devolvía a Colombia. Decidí





que era hora de entrar a la lucha, que era más útil lo que podía hacer aquí. Regresé como a fines del 68 ya con la intención clara de trabajar con el movimiento campesino. Inclusive, mandé carta a mis amigos de los campamentos universitarios.

Ni partidos ni vanguardia

Al regresar encontré una Colombia efervescente. Los movimientos sociales, la actividad universitaria y la discusión política estaban en su punto más alto. Muchos de ellos ya vinculados a temas de tierras, el más inteligente, recuerdo, era un intelectual de Nariño de formación marxista. También estaba en el Valle Eduardo Agudelo, que desde esa época era militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que fue el nombre que tomó una disidencia del PCML. Allí se vincularon muchos de mis amigos de Medellín. Yo tuve algún interés, pero al final se impuso mi instinto. Jamás me convenció esa tesis de la clase obrera como vanguardia de la revolución proletaria. Ellos eran muy dogmáticos y poco eficaces. Querían ser la vanguardia de la movilización en Colombia. Nunca fui un marxista dogmático. Del marxismo me gustaba leer *El Capital*, pero nunca lo seguí como un dogma, para mí era simple información más. Nunca fui marxista ni leninista, pero tampoco lo rechazaba. Me gustaban elementos de ahí y vimos que algunas cosas podían ser posibles. Yo tenía mucha simpatía por el papel de los campesinos en los cambios. El que encabezó con los del PCML fue Leonardo Betancourt, a quien mataron en el 87 con Héctor Abad Gómez.

Mi trabajo con los campesinos fue un proceso colectivo. No llegamos a imponer nuestras ideas, a diferencia de los grupos ideológicos y dogmáticos que llegan con todas sus verdades a empezar un trabajo. Nosotros empezamos conociendo un poco y fuimos aprendiendo sobre la marcha algunas de esas ideas o principios centrales que fuimos adquiriendo. Le teníamos resistencia a la vanguardia, porque tratan de imponer los dogmas. Aceptar el vanguardismo era aceptar que nos sometiéramos a una dirección de un grupo, de un partido, que era el que nos iba a guiar. No teníamos vocación de dejarnos guiar de algún grupo, de algún partido, a pesar de que en un momento dado tuvimos cierto acercamiento con el Partido Comunista.

El PCML nos simpatizaba porque habían hecho la revolución en China con los campesinos. Y como la mayoría de mis amigos de Medellín, con los que trabajábamos en la parte rural, terminaron en el PCML, había una relación de amistad. En Cali hice contactos para ingresar al PCML. No recuerdo bien si pedí entrar o me invitaron, pero lo cierto es que no me aceptaron porque yo me reía mucho. Ese ha sido siempre mi gran defecto. Y obviamente, pues no me permitieron participar como militante.

Habíamos oído hablar de la existencia de la revolución cultural, de los homicidios populares, de los intelectuales, pero no lo consideramos un asunto que nos tocara





tan de cerca como para investigar y como para ponernos a mirar eso. Y de los libros de Mao yo creo que el que leímos fue el famoso librito Rojo, o partes de eso, o algunas conferencias, y nos gustaban algunas de las cosas de Mao, por ejemplo, lo de las contradicciones antagónicas y no antagónicas, las contradicciones en el seno del pueblo. Otro de los libros de Mao que leímos fue el del materialismo histórico. Al mismo tiempo leíamos lo de las reformas agrarias en América Latina, en Perú o Chile. Para nosotros el acercamiento a Mao fue casi lateral, nunca jugó un papel fundamental en las posiciones que tomábamos.

Incluso en el grupo que se formó después en Cauca, leíamos obras de Mao, *Pekín Informa* y *China ilustrada*, pero rápidamente al ver lo que pretendía ser el PCML y el EPL aquí, personalmente me alejé porque ellos estaban promoviendo la guerra popular, y eso significaba que había que tomarse el poder rápidamente y que las organizaciones campesinas como la ANUC tenían que estar al servicio de la guerra popular. Ese ya fue un rompimiento.

El PCML en Cauca nos rechazaba. Decían que no éramos revolucionarios porque no apoyábamos la guerra popular. Ese era su objetivo, el cual quedaba en evidencia cuando se metieron en la ANUC, pero nunca les pararon bolas a las necesidades de los campesinos. Tan grave fue la situación, que en el departamento en el que tuvieron más influencia, Sucre, prácticamente todas las tierras recuperadas por los campesinos se perdieron al año o los dos años. No lograron conservarlas porque al PCML lo que le interesaba era que los campesinos se unieran a la lucha revolucionaria.

Esa fue gran diferencia que nos separó. Nosotros estábamos concentrados en la lucha por la tierra, en problemas de producción y solución a las necesidades; ellos, en la construcción de un ejército. Ellos ponían a los campesinos a repetir las consignas marxistas-leninistas. Eso fue haciendo carrera en la ANUC, incluso a algunos de los dirigentes los acusaron de secuestrar a Gloria Lara en Caquetá. Todavía están huyendo, y no creo que hayan sido ellos. Pienso que pasó porque ponían a los campesinos a hacer sus marchas y a repetir consignas.

Muchos de los grupos que en ese momento estaban en Colombia, las famosas vanguardias, querían hacer la revolución. Nosotros jamás aceptamos a las vanguardias. Nuestra política era construir desde la base con la consigna de “el poder no se toma, el poder se construye”. Llevamos cincuenta años de construcción de poder popular, de poder indígena en Cauca, en cambio todas esas vanguardias se diluyeron. En parte, esas condiciones naturales para la consolidación de un movimiento probablemente fueron las que me atraieron a los indígenas.

El hecho de que los indígenas tengan un resguardo y un cabildo les da ventajas sobre los campesinos. Los campesinos pelean por una propiedad individual. No tienen una tradición territorial. Quieren recuperar la tierra donde puedan. Mientras los indígenas tienen un arraigo territorial que hace que el lazo sea más natural y produce una fuerza organizativa muy consistente. Los campesinos tienen que





constituir sus asociaciones. Es muy ilustrativo lo que les ocurrió en la recuperación de tierras con la ANUC que, en sus principales zonas, en la costa en general y en Sucre en particular, el Incora aprobó una serie de predios de tierras recuperadas y todo se fue perdiendo. No tenían realmente una organización auténtica, propia. La ANUC, gracias a esos dirigentes prochinos, no les paró bolas a los intereses de los campesinos, que eran tierra y producción. La ANUC era manejada desde arriba, entre amigos revolucionarios, por eso nunca llegó a tener esa consistencia.

Pero el que los indígenas tuvieran mejores condiciones para la movilización no quiere decir que no se presentaran problemas en la consolidación de la organización. La historia indígena era más de caudillos, y contra eso he luchado toda mi vida. Y creo el CRIC es de las organizaciones más democráticas en este país. Algunos intentaron ser caudillos, como Jesús Piñacué y los Avirama, pero no alcanzaron a hacerlo. Intentos pequeños hubo muchos, pero no lo lograron. Esto es de las cosas más importantes que hemos logrado como organización: construir una lo más democrática posible. Se logró a partir de darles relevancia a las bases y los sectores locales. A ningún cabildo le da órdenes el CRIC, la consejería del CRIC es más de coordinación que propiamente de poder. Se entiende el CRIC como organización general, y también están las asociaciones municipales de cabildos, pero cada cabildo es autónomo, no recibe órdenes ni del CRIC ni de la asociación de cabildos.

Entre otras cosas es bueno mencionar que prácticamente esto fue una premisa que construimos desde el nacimiento del CRIC; entre indígenas y los asesores que llamamos “grupo de dirección” tomamos las medidas para que nadie pudiera apoderarse de la organización, y ahí intervine de una manera importante.

Años 70: la lucha por la tierra

Aunque mi fuerte era la ingeniería, ver el país en que vivimos me llevó a plantear cómo quería ayudar a cambiarlo. Siempre tuve preferencia por el sector campesino, por eso me interesaba la Revolución China. Tenía la idea de que allá los campesinos jugaron un papel fundamental en el cambio. Mi visión no era definitivamente la de la toma del poder. Nuestra ilusión era la reforma agraria, y digo nuestra, porque fue de toda una generación de jóvenes, estudiantes, campesinos, indígenas o negros. Creíamos que el campesino podía hacer el cambio. De ahí la relación con los directivos progresistas del Incora. Inicialmente no éramos adversarios del Gobierno sino participantes en actividades relacionadas con la reforma agraria. Fue durante el gobierno de Lleras y también con Pastrana Borrero, que no la defendía, pero dejaba hacer algunas cosas. Alfredo dijo en una de las entrevistas que me hizo que Pastrana fortaleció la Acción Comunal y ese era un aporte significativo a la estructura del poder campesino.

Nunca fui funcionario del Incora. Colaboré con ellos porque en ese tiempo les interesaba tener voluntarios que se le metieran al trabajo de las recuperaciones de tierra y a organizar los campesinos. Entonces los grupos de voluntarios que





estábamos en el campo recibíamos un pequeño auxilio del Incora, al que en esa época le interesaba más que conseguir funcionarios conseguir activistas.

La base fundamental para ir cambiando el poder eran la organización campesina, la organización afro, la organización obrera, aunque en esta última nunca me metí. Nuestra visión era que había que luchar por el poder, y lo que entendíamos por poder era la organización de la gente, tanto a nivel rural como urbano. De la acción comunal hasta la conformación de organizaciones, como lo fue la ANUC, organización con la que trabajamos con la visión de ir construyendo paso por paso. En ese momento surgió el principio de vida que ya mencioné y que hasta hoy nos rige: “El poder no se toma, el poder se construye”.

Nos llamaban los “Invasores” porque ayudábamos a que campesinos ocuparan tierras. Yo era un activista como otros. Había funcionarios que estaban totalmente de acuerdo con la idea, pero había algunos que estaban sólo por tener un puesto con el Estado. Me acuerdo de Édgar Londoño, que era trabajador del Incora, con el cual acercamos a gente que ayudaba desde afuera, que iban como voluntarios, con funcionarios de la entidad. Todo lo que hicimos al inicio de nuestra actividad en Cauca tenía una relación con el Incora, pero nunca tuvimos pertenencia institucional. Lo que tenía era amistades en el Incora, como Eduardo Agudelo, Gregorio Ortiz y José Rodríguez. Eran como doce los del grupo de progresistas del Incora. Esos fueron mis contactos para entrar a la cuestión campesina.

Fue una época en la que mucha gente se fue al campo para ayudar a hacer la reforma agraria y así cambiar el país. Se dijeron todas las cosas que hoy se siguen diciendo: mayor equidad, respeto a la naturaleza, gobernabilidad más democrática. Lo mismo que los movimientos sostienen hasta ahora. La gente creyó que la reforma agraria era una oportunidad y germinó la ANUC, que realmente logró movilizar mucha gente.

Estuve primero en el Purificación, en Tolima, durante seis meses. Allá estuvimos en un proceso de recuperación de tierra con el Incora en la finca Baurá. La hacienda estaba medio al garete. No sé si tenía dueños o no, lo que sí recuerdo es que no hubo pelea con los propietarios. El Incora pudo hacerse a eso con tranquilidad, y mi papel, junto a Justiniano Durán, fue organizar a la gente para que conformara una empresa comunitaria. Yo no entré con los campesinos, no era mi estilo, participé en el proceso de capacitación, educación y alfabetización. En esa época nuestro ideal eran las empresas comunitarias. Esa fue una de las cosas que a la larga fallaron. De las que conocí, la única que sigue existiendo es la de Guamo-Tolima, donde nosotros ayudamos a formar algunos dirigentes. Después volvimos y nos dimos cuenta de que lo que arrancamos con ellos siguió y se consolidó. Esta recuperación se logró convertir en una empresa comunitaria, que era a lo que el Incora le apostaba. De ahí me vine a Cauca porque había gente interesada en saber de esos procesos, y yo también busqué en dónde podía ejercer una labor parecida. Así se





me presentó el parteaguas. Tenía que escoger entre dos posibilidades: Nariño y Cauca.

Del 71 en adelante estuve en Cauca todo el tiempo. Apenas me vine contacté al director del Incora y empecé a trabajar en Corinto. Mi principal conexión fue con el párroco de este municipio. Se llamaba Pedro León Rodríguez, era medio revolucionario y apoyaba las recuperaciones. Era amigo de guerrilleros liberales, y cuando llegué ya había dirigido una recuperación urbana que se llamó “La Colombiana”. En Corinto viví los primeros años, en los que me tocó la asamblea donde se fundó el CRIC. Actuábamos con un grupo al que pertenecían el padre Pedro León Rodríguez, Gustavo Mejía e Iván Bocanegra. En el momento no se sabía que los indígenas querían crear una asociación propia, porque ellos participaban por igual en las luchas campesinas, en las luchas populares y a través de eso, inclusive en lo político.

Corinto era el centro de nuestras actividades, y el grupo de Graciela, en el que estaban varios del Incora, actuaba más en Silvia y en Jambaló. Mi proyecto en Corinto fue buscar la recuperación de tierras donde se pudiera y organizar grupos de campesinos que formaran empresas comunitarias. Las primeras fueron en Siberia, en la parte montañosa, que realmente no era la parte importante de Corinto porque en la parte plana estaba la mejor tierra. Esto que nosotros impulsábamos era en la parte montañosa, que eran predios pequeños. Se hicieron varias en pedacitos de tierra que ya los campesinos venían trabajando. Con Pedro León participamos en las elecciones de 1970 cuando se las robaron a Rojas Pinilla. Él tenía una lista al Concejo con la cual ganamos varias curules.

De esa época también recuerdo a unos muchachos con los que conformamos un grupo político en Corinto y sacamos el primer periódico de “Unidad Popular”. Era la época en que estaba de moda la Unidad Popular en Chile. Me acuerdo de que sacamos como carátula principal la noticia del “Pacto de Chicoral”, con el que se acabó con la reforma agraria. Yo trabajaba de la mano de la ANUC con sectores negros. El plan del norte de Cauca y el sur del Valle se hizo con una mayoría de afrocolombianos que también se estaban organizando. Organizamos la toma del ingenio Ucrania, dirigido por los propios trabajadores, pero creo que la empresa les ofreció buena plata y hasta ahí llegó el intento. Hasta ese momento yo no sabía nada de indígenas.

También ayudé a formar la ANUC de Corinto y la de Miranda, municipio vecino. El presidente fue Luis Aurelio Erazo, quien era del sur de Cauca, de Mercaderes. Pero en esa asociación había dos dirigentes indígenas: Trino Morales, que era el presidente del Consejo Municipal del Silvia, y el de Jambaló, que se llamaba Francisco Jembuel, presidente de la Asociación de Usuarios de Jambaló. En el período que trabajamos con la ANUC hacíamos talleres departamentales para crear asociaciones. El grupo nuestro dictaba el taller. Ahí conocí bien a Luis Aurelio Erazo, que era mulato. De estas asociaciones y seminarios estuvo presente Édgar





Londoño, gente del ICA, y también personas de Argentina, de México, de Costa Rica, que eran quienes organizaban seminarios.

La verdad es que la ANUC en Cauca nunca cogió mucha fuerza. En ese momento la ANUC pretendía manejar la parte indígena, aunque en Corinto los indígenas estaban asociados en Fresagro, asociación que participó en el Congreso de la ANUC en Sincelajo. Allí se empezó a independizar la ANUC del Gobierno. El rompimiento fue porque el Gobierno organizó su propio congreso en Armenia. Durante el tiempo en que los movimientos indígenas estuvieron con la ANUC nunca hubo recuperaciones de tierra.

Cuando conocí a Graciela yo andaba con tareas del INCORA, y ahí la vi, de lejos. Fue en el trabajo con campesinos del oriente y el norte de Cauca. Yo era voluntario y Graciela funcionaria. Trabajaba en Silvia y Jambaló, y yo más en el norte, por Corinto, pero en esos días hubo muchas reuniones conjuntas entre voluntarios y funcionarios. Nos llamaban el “tren de la alegría”, porque manejábamos las cosas con autonomía y entusiasmo, hacíamos lo que queríamos. En el 71 echaron a los directores progresistas del Incora, aunque alcanzaron a apoyar las asambleas en Cauca y el Valle. Inclusive ayudaron económicamente a la organización. El gerente era Villamil Chaux, que no era muy revolucionario, pero apoyó a todo esto.

Después, en el famoso año 1971, fueron las grandes invasiones campesinas, sobre todo en la costa, en Córdoba, Sucre y Bolívar. Allí se encendió una movilización gigantesca que pegó luego en Tolima. La gente nuestra participó en esta gran invasión. Con Graciela nos conocimos, nos juntamos y nos casamos en el 72. En Corinto estuve hasta cuando mataron a Gustavo Mejía, ahí la represión se volvió muy fuerte y decidimos venimos a vivir a Popayán.

Gustavo Mejía, de guerrillero liberal a fundador del CRIC

Por ese entonces llegó Gustavo Mejía, que antes estaba en la cárcel, había sido un dirigente del MRL, diputado en Cauca. Lo acusaron de haber matado a un dirigente político y se lo llevaron a la Gorgona, luego lo pasaron a Palmira. Tenía antecedentes porque había participado de la guerrilla liberal, estuvo con “Peligro” en esa parte del sur de Tolima que limita con Río Blanco. Estuvo preso por guerrillero. Gustavo siempre fue líder y a donde llegaba organizaba a la gente, también lo hizo en la cárcel. Era un hombre fuerte y cuentan que llegó a Cauca porque desde las montañas de Herrera veía la llanura de Cauca, y que decía que su visión era trabajar en esa tierra tan bonita.

Como había muchos indígenas en la región de Tolima surgió la idea de trabajar con ellos. Mi puerta hacia los indígenas sin duda fue Gustavo, con él tuve una alianza muy estrecha. Algunos de los que estaban con él ya habían militado con él en el MRL y tenían relación con varios grupos de indígenas en el norte de Cauca. El voto de confianza que ellos me dieron fue gracias a Gustavo.





Mi idea era que todos los sectores explotados y excluidos del país, todos, debían luchar por un cambio, y noté cómo los indígenas reaccionaban favorablemente a la organización, incluso más que los campesinos, por eso seguí con los indígenas, pero yo no hacía distinción. Si hubieran sido los negros los que hubieran entucado, habría trabajado con ellos. O sea que yo no hacía diferenciación de ese tipo. Yo apoyaba a los que seguían en la lucha. No es que yo hubiera escogido de antemano, con estos sí o con aquellos no, sino que la dinámica de la lucha fue dando frutos. En ningún momento decidí dedicar mi vida al mundo indígena, quería era ayudar a organizar la gente contra el Estado. Campesinos, afros, indígenas, estudiantes. No fue una escogencia de amor especial. Graciela sí fue mucho más enamorada de la cuestión indígena y de su cultura.

Lo de los terrajeros cobró mucha fuerza, pienso que porque ellos se sintieron respaldados por esa incipiente organización que se venía creando. La recuperación de tierras de los resguardos era de lucha por la tierra, con una característica especial: que se podía alegar legalmente que eso era de la comunidad indígena, que se le había quitado a la gente, al resguardo. Entonces tenía un elemento que ayudaba a decir que no eran invasores de tierras, sino recuperadores.

Recuperación de los resguardos, el origen del CRIC

Empezamos con los afros antes que con los campesinos, y antes con los campesinos que con los indígenas. La reforma agraria me mostró un eje de la lucha que yo quería dar. Por eso fue mi participación en la ANUC. Las primeras tomas de tierras en las que estuve no fueron con el movimiento indígena y no se había fundado el CRIC. Fueron en el norte de Cauca, con Gustavo Mejía. Una de esas definió en gran parte nuestro destino. Con un grupo de afros nos íbamos a tomar una empresa azucarera que pertenecía al ingenio Beta y que quedaba en la parte plana de Corinto. Ya teníamos todo organizado: la gente, el plan, las relaciones en las ciudades. Pero resulta que el día indicado, a la hora pactada, que era las 12 de la noche, los recuperadores estaban era bailando en los sitios de diversión en el corregimiento Las Cosechas. Fue la primera intención en grande, y el primer gran fracaso.

Con los afros la mayoría de ensayos salieron mal, la gente echó para atrás muy pronto. El movimiento campesino en Cauca no tuvo mucha fuerza. Fueron pocos los que le metieron el hombro a eso. Uno de ellos fue Luis Aurelio Erazo, oriundo de Mercaderes y quien fue presidente de la Asociación Departamental de Usuarios Campesinos. Ni afros ni campesinos tuvieron la templanza de los indígenas, éstos ya tenían una larga trayectoria en eso. Mucho es lo que han peleado desde la llegada de los españoles. A la larga los indígenas cumplieron, fueron los únicos que siguieron adelante.

Mientras hubo el apoyo institucional de la reforma agraria, había más participación de los sectores indígenas que de los afros. Cuando llegó el Pacto de Chicoral y el





Estado se puso a favor de los terratenientes, los que no tenían la voluntad o la fuerza suficiente se retiraron. En cambio, a partir de ahí los indígenas le metieron con más fuerza. El primer paso que podíamos considerar histórico en el surgimiento del CRIC fue la recuperación de tierras. La conciencia clara de que había una injusticia y de que los terratenientes se habían tomado las tierras que legalmente eran de los indígenas. Una de las primeras recuperaciones importantes en el norte de Cauca fue la de la empresa San Francisco, en un resguardo en el municipio de Toribío. Y la que tuvo más repercusión fue la recuperación de la finca del arzobispo de Popayán, que era en Coconuco, de cuya organización eran los principales luchadores de la zona centro. Ellos conquistaron la finca que se llamaba Cobaló.

En esos tiempos, nosotros, hablo de los asesores, no escogíamos el sitio de la recuperación. La gente lo hacía y nosotros apoyábamos. Así mismo ocurrió con la creación del CRIC. Surgió de unos indígenas terrajeros en Corinto y quisieron hacer la asamblea en Toribío. Nosotros simplemente apoyamos y colaboramos en alguna de sus directrices. Trabajábamos con mucha gente, apoyando a quienes estaban dispuestos a participar en una aventura de recuperación. Apoyábamos todas las recuperaciones de tierras. Eso sí, nos metíamos donde la gente estaba dispuesta, avanzando y jugándonosela. En la asamblea de Corinto se construyó el programa de siete puntos que salió de Toribío y de la Susana y se lanzaron a la lucha. Los puntos centrales del movimiento eran el no pago del terraje y la recuperación de tierras de los resguardos.

La mitad de la asamblea transcurrió entre discursos radicales, hasta que surgió la propuesta de los que venían de oriente encabezados por Trino Morales de conformar una organización de los cabildos indígenas, y hasta traían el programa. Decidimos que íbamos a hacerlo, y ya tarde, en la noche, nos retiramos a un colegio a discutir. No habíamos terminado cuando a algunos los cogió el afán. Entonces se subieron a las chivas a pitar, a afanar, que necesitaban irse, entonces salió Gustavo con el revólver en la mano a decirles: "Ustedes no se mueven de aquí porque les va bala". Ese día se fundó el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) con un programa de diez puntos que es el que llevaron Trino y su gente al congreso de Toribío, en la Susana, en donde se realizó el Segundo Congreso, y lo que hicimos en el primero ya tuvo algunos cambios. Pero desde eso el indígena ya siempre tuvo conciencia clara de lo que significaban los resguardos para ellos. Entonces, al ver que parte de sus resguardos estaban invadidos por colonos y terratenientes, tomaron conciencia y sin mucho problema empezaron a pensar que se podía hacer la recuperación de sus tierras.

Pero entre una asamblea y otra hubo tiempo de silencio. El CRIC prácticamente desapareció del mapa y nosotros seguimos trabajando con la ANUC porque después de la asamblea de Toribío detuvieron a Gustavo Mejía y a Antonio Mestizo, que fueron los principales oradores. Los metieron a la cárcel de Caloto y a todo el cabildo de Toribío se lo llevaron para la Tercera Brigada, a Cali. Consideraron culpable al cabildo de haber hecho esa reunión "subversiva", y a todos los





gobernadores los tildaron de comandantes. Los acusaban de haber sido los que enrojecieron la asamblea.

En ese lapso lo de los terrajeros cobró mucha fuerza. La recuperación de tierras de los resguardos materializaba el anhelo de la lucha por la tierra, con fundamento legal. La autoridad de esa época eran los cabildos, pero el CRIC se creó sobre todo con grupos de terrajeros. Los terrajeros eran gente que pagaba terrajes. Los terrajes consistían en dos días de trabajo a la semana para los propietarios de las fincas a cambio del derecho de vivir allí y tener sus propios cultivos. Los terrajeros no tenían tierra porque los terratenientes habían invadido sus resguardos.

La mayoría de los cabildos indígenas en Cauca se mantenían cuando se fundó el CRIC, pero cuando empezó la recuperación de tierras y el no pago de terraje, la mayoría de esos cabildos se pusieron en contra nuestra porque tenían una fuerte influencia religiosa y política del Partido Conservador. Muchos cabildos consideraron que recuperar la tierra era pecado y trataron de detenernos. Inicialmente tuvimos que luchar contra la misma organización indígena que existía. No fue planeado, sino que fue la misma relación de los hechos, de las cosas que iban ocurriendo, que nos dieron la dirección de las luchas. Y nos metimos más con los indígenas terrajeros que con cabildos porque los primeros respondían mejor. Luego volvimos a fundar varios cabildos.

Ahora bien, si no es por ese breve espacio de reforma agraria del Gobierno y por la participación de gente externa, como nosotros, que fuimos a apoyar eso, prácticamente se habría acabado todo lo de la organización indígena. Ya en las décadas anteriores habían abolido muchos cabildos. Inclusive en los gobiernos nacionales y hasta departamentales buscaron la forma de desaparecer los resguardos. Hubo cierta resistencia y se logró frenar en un momento dado, y luego, revertir esa tendencia. Pero existe un montón de lugares de Cauca en donde fueron abolidos. En Cauca más del 50 % de la tierra fue rescatada. La gente ayudó a recuperar sus escrituras. La cultura fue la que mantuvo la conciencia indígena.

Los cabildos eran pequeños. Algunos tenían escritura, otros habían logrado conservar la memoria de las luchas indígenas de Cauca, Por ejemplo, el resguardo de Tierradentro, Huila, tenía viva la historia de Juan Tama de 1700 y de Quintín Lame. Por eso fue uno de los primeros que se asociaron al CRIC. También pasó en Toribío, que conservaba la memoria de su primer dirigente, Manuel de Quilo y Sicos. En muchos lugares había un recuerdo histórico de los principales líderes indígenas. No de toda la población, pero en cada comunidad y en cada resguardo había diez o doce personas que sabían sus historias. Recordaban varias cacicas de la época, no sólo a la Gaitana, que es la más conocida, sino también Mandiguagua, en la zona de Tierradentro, y otras.

Unas de las innovaciones del CRIC, muy distinto a lo que hicieron otras organizaciones de izquierda, fue plantear un programa de siete puntos. Uno de ellos era la desaparición de la entidad de asuntos indígenas del Gobierno; el rechazo a





la Ley 89, porque allá aparecían los indígenas como menores de edad; y otros puntos que se cambiaron para la segunda asamblea, en el 71, que se realizó en el resguardo de Tacueyó. Se cambió totalmente la posición sobre la Ley 89, se dijo que el punto que quedó en el programa es defender las leyes sobre indígenas y exigir su justa aplicación, en vez de rechazar la Ley 89, que era de los españoles. A pesar de que decían que los indígenas eran menores de edad y otras cosas negativas, lo importante es que tenía el reconocimiento de resguardos y cabildos. Aunque las recuperaciones se hacían sin tener en cuenta la ley, a la larga esta terminó sirviéndonos de protección, pues se acogió algo que estaba en el sistema, en las leyes colombianas.

Luego se hizo la *Cartilla de la Ley indígena* donde se utilizó la Ley 89. La protección al indígena se dio sólo porque a España le interesaba la mano de obra indígena. Esa ley no era invención de Núñez ni de Caro, sino que venía de la legislación española. Frente a esto Alfredo tenía la inquietud de si la Regeneración había dado un paso hacia atrás en materia de reconocimiento de los derechos indígenas, pero para mí eso venía de los tiempos coloniales, que tenía una política frente a los indígenas que era ciertamente favorable en un cierto grado con la sola intención de que los amigos colonos del Gobierno no acabaran totalmente con los indígenas. Hubo una protección de la Corona española.

La Ley 89 se decretó, pero no significa que la estuvieran aplicando al pie de la letra. La mayoría de los gobiernos iniciales no la tuvieron en cuenta. Las luchas de Manuel Quintín Lame, su programa, era semejante al programa que sacó el CRIC varias décadas más tarde. Lo de la defensa de las tierras, de los resguardos, era una de las banderas fundamentales de Quintín. Al igual que la defensa de la autonomía, por eso Quintín nunca se sometió a las fuerzas dominantes de la aristocracia de Cauca, encabezadas por Guillermo Valencia, nuestro poeta. Ese fue uno de los que más persiguieron a Quintín Lame. También luchó por lo de la lengua propia, la educación, la salud propia, la producción.

Hubo regiones donde la Iglesia dominó totalmente. Un caso interesante es el de Tierradentro, que en las épocas cuando empezaron de las luchas del CRIC estaba en manos de monseñor Vallejo y de los conservadores. Allá mataron liberales a dos manos. Sin embargo, en el mismo Tierradentro, y en ciertas regiones como Huila, sobrevivió la tradición indígena, la autoridad de los cabildos. Es decir, los indígenas sintieron que tenían su autoridad y que era el cabildo. Eso no fue en la mayoría de las zonas indígenas, pero en la parte norte de Tierradentro fue muy importante. Tanto así que la lucha del CRIC en Tierradentro era distinta, porque ahí no había tierra que recuperar o terrajeros. La lucha fue contra la Iglesia, contra monseñor Vallejo, que al poco tiempo tuvo que renunciar. Terminó sus años en una casa para curas ancianos en Cali. Terminó su vida sin ninguna influencia, pero robó en cantidad.





Graciela decía que un factor que incidió en los procesos de recuperación fue que la gente fue el elemento central de lucha y que muchas de esas zonas tenían sus escrituras, pero se las habían quitado. Ella contaba que en algún momento le pusieron a leer y guardar una enorme cantidad de escrituras de predios de todas las zonas y que llegaban hasta Huila. Era la prueba de que las tierras eran de esas comunidades. Las tenían todas conjuntas en Pitayó y luego se las entregamos al CRIC. Las guardábamos en cajitas, como baúles de cuero y otras de madera. Años después fui a preguntarlas, pero no las encuentran. Al poco tiempo de iniciar la conformación del CRIC conformamos el grupo de dirección. En ese grupo mirábamos las coyunturas, las situaciones y el panorama político. Era la dirección real, el mismo comité directivo que estuvo en la asamblea de la Susana, el cual fue presidido por Julio Tunubalá, que era guambiano. También estaban los del Chimán, en Silvia, que era como una empresa comunitaria que se fundó y recuperó esa tierra en el marco del Incora, y los nasas en el Norte, que tenían una empresa comunitaria.

Los que tenían cierta experiencia de organización eran los que venían con Graciela, que trabajaba con el Incora. Estaban la zona oriente de Silvia y Jambaló. Tenían antecedentes en la cooperativa de Zumbico, en Jambaló, y en la cooperativa de Las Delicias, en Silvia. Ellos tenían gente que trabajó en Fanal, una organización campesina que surgió después de la violencia, cuando se empezaron a formar nuevamente organizaciones populares como los sindicatos agrarios, por ejemplo en el Valle, que tuvieron una gran participación de la UTC. Entonces estos amigos indígenas se organizaron más que todo con la cooperativa de Zumbico, que existe todavía en Jambaló, y que producían cabuya para comerciar con Popayán. Estos fueron unos esfuerzos incipientes de organización cooperativa, pero no aparecían como movimiento indígena, aunque fueron importantes.

Dirigentes fundadores, el censo del 72 y el Congreso del 73

Trino Morales fue el que propuso la conformación de una organización indígena en la Asamblea de Toribío en 1971. Él encabezó la Coordinadora Nacional Indígena provisional entre 1980 y 1982, luego fue presidente de la ONIC de 1982 a 1986. Fue secretario Indígena de la ANUC y el delegado de Colombia a varios encuentros indígenas a nivel internacional. En los últimos años se fue con Benerexa, su compañera, a la Sierra Nevada de Santa Marta, donde ambos han hecho un trabajo importante. Desde hace algún tiempo Trino se ha venido afectando en su salud y actualmente le queda difícil salir de la Sierra, pero su lugar en la historia del CRIC es fundamental.

Los otros directivos del CRIC se han ido muriendo. Se murió Julio Tunubalá, el primer presidente que tuvimos. Se murió Juan Gregorio Palechor, que fue uno de los principales directivos. Desapareció del mapa Antonio Mestizo, quien promovió la Asamblea en Toribío en la que se fundó el CRIC y fue directivo del CRIC también. La influencia mía fue fundamentalmente en la etapa inicial, en el nacimiento del CRIC. En los veinte primeros años yo tuve una influencia decisiva, aunque no única.





Después seguí asistiendo a esas instancias colectivas, donde nos reuníamos y también mi voz era escuchada, pero ya no tenía un papel principal. En lo del Quintín Lame también fue importante mi voz. Yo siempre he tenido un papel y ha sido importante, pero en un modo colectivo. Nunca he dado la línea definitiva, ni he sido última palabra, lo que yo he hecho es proponer, discutir y participar de las decisiones colectivas, porque en el CRIC lo colectivo sí es lo único definitivo y absoluto.

En los últimos años he participado del equipo político con la consejería del CRIC. Esto que ayudamos a formar orgánicamente ya tomó cuerpo y los responsables son los oficiales, no hay ninguna organización por debajo de cuerda que esté ahí dirigiendo nada. En el inicio, el equipo de dirección sí tenía alguna incidencia, era la forma de mantener el apoyo y la orientación porque todavía la dirección del CRIC no estaba muy consolidada y no había programas específicos. En ese momento no contábamos con la fuerza suficiente para fijar las políticas solos. Entonces era un equipo de colaboración y de visión general política y social del CRIC. Después esto cogió su cauce y yo seguí apoyando con otros compañeros que jugaron un papel importante, como Henry Caballero, José Domingo, Trino Morales, Édgar Londoño, Graciela y varios compañeros asesinados como Genaro Sánchez.

En el año 72 se iba a hacer un censo indígena en Cauca. Nosotros teníamos amigos en el Incora y en el DANE, y se logró que al CRIC le dieran la dirección del censo. Al grupo de Corinto nos tocó tomar una decisión y la sometimos a votación. Dos compañeros votaron que no, pero la mayoría dijimos que sí. ¿Por qué? Porque era la manera de hacer conocer el CRIC en todas las comunidades indígenas. Fue fundamental la participación en ese censo porque en el día hacíamos el censo y en la tarde o por la noche se hacían reuniones y se presentaban unos documentos sobre la importancia de las tierras indígenas en Toribío, Jambaló, Tacueyó, Pitayó y Tierradentro. También recuerdo que trabajamos el informe del procurador agrario de la zona, un informe que demostraba los derechos de los indígenas. Eso fue un documento oficial que nosotros expusimos durante el censo indígena en todas partes y después organizamos un viaje a Bogotá para hablar con el gobierno nacional.

La creación del CRIC y la reacción que tuvo en los indígenas provocó que la Prefectura apostólica aprovechara sus contactos políticos para prohibir que se hiciera el Tercer Congreso. Era el año 1973 y estaba programado en Tierradentro, pero Víctor Mosquera Chaux se atravesó e hizo que el Gobierno, estando ya todo organizado, obligara a cancelarlo. La disculpa fue que era una zona de orden público. Las FARC ya existían y estaban en Tierradentro y en todo el norte de Cauca. La cancelación despertó malestar, y el Gobierno, para no alimentarlo, permitió a última hora que el Congreso se realizara en Silvia. En ocho días nos tocó organizar esa bendita asamblea, la cual tuvo un éxito muy grande. Aquí fue muy importante la dirección de Gustavo Mejía.





Llegaron indígenas de todas partes del país, de Arauca, la Sierra Nevada de Santa Marta, vinieron los uwás, y hasta hubo unos de Ecuador, donde se acababa de organizar el Ecuarunari, que es la segunda organización indígena en Latinoamérica, después del CRIC. Fue interesante que cada uno se presentó en su lengua y después se traducía al castellano. Tuvo una gran repercusión en los niveles nacional e internacional. Estuvo Víctor Bonilla, que aportó un registro en video que tuvo mucha circulación.

De ese Congreso también recuerdo que en la delegación de Moras vino una señora, cuyo nombre siempre se me olvida, que habló en nasayuwe y denunció todas las atrocidades de monseñor Vallejo en Tierradentro. La tradujeron para que no se perdiera esa intervención, que fue muy beligerante y lúcida. Eso de todas maneras contribuyó mucho al desprestigio de monseñor Vallejo. Allá en Moras, que es el puro páramo, hubo una experiencia de lucha muy importante. Se logró atajar a la Anglo Gold Ashanti, que tenía la autorización para extraer el oro y quería apoderarse del territorio. Se hizo una gran movilización de la gente, fuimos todos y logramos que la minera se fuera. Esa fue de las primeras luchas contra la minería.

Las movilizaciones que han sido un eje de trabajo del CRIC. La primera grande que recuerdo fue a raíz de la huelga de Industrias Puracé, que tenía capital mayoritariamente extranjero y la mayoría de sus trabajadores eran indígenas. Era una mina de azufre pues esa zona es de las más ricas, después de Aguascalientes, subiendo al volcán de Puracé. El sindicato realizó un paro en 1973 y el movimiento indígena del CRIC los apoyó. Fue una marcha grande en Popayán y con eso prácticamente la empresa llegó a negociar, a buscar un acuerdo con el cabildo. Reconocieron los daños ambientales y quedaron de darle al cabildo como \$2.000.000 de indemnización, que era buena plata en ese entonces. Cuando tenían que entregar la indemnización dijeron que no lo hacían porque la plata era para comprar armas y simplemente nos incumplieron. En ese momento ni el CRIC, ni el cabildo tenían la fuerza suficiente para imponer la entrega de parte de la empresa. Sin embargo, esa situación cambió tres años después, en 1976, pues ante la amenaza de un paro, y ya con un CRIC fortalecido, decidieron pagar la indemnización por cuotas. La pagaron y ya la comunidad del cabildo hizo un plan de desarrollo para las distintas cooperativas y empresas que había en el Puracé. Eso fue casi la primera movilización en que el CRIC estuvo presente.

En 1986, la marcha de Santander a Popayán fue una de las primeras marchas relativamente grandes. Eso fue por Honduras, Agua Negra y el Chimborazo. La construcción de la represa de la Salvajina tenía afectados los resguardos de esa zona. La empresa quedó de indemnizar a las comunidades con obras, carreteras, y lanchas. El acta se vino a suscribir después de la marcha, que fue de tres días y salió de Santander. El segundo día se quedaron en la comunidad de La Viuda, donde había una lucha campesina por la tierra. El día que llegaron habían matado a dos dirigentes campesinos allá en La Viuda. Al día siguiente se marchó con los ataúdes de los dos compañeros y no quisieron dejar entrar a Popayán. En la tarde





lograron entrar con los ataúdes y tuvieron el aplauso de la gente de Popayán que estaba allá.

En Mosoco, yendo hacía Tierradentro, en el Pisno, que era la zona donde se pasa de la cuenca del Cauca a la del Magdalena, se ganó otra la pelea contra la Golden. Los indígenas no quieren minería en su territorio, en varias partes han impedido que estas empresas mineras exploten. Ahora están intentando en el municipio de la Sierra y también se logró frenar. Hay una dificultad en Caló, río que baja de Toribío, cerca de Corinto, porque hay campesinos y negros que intentaban participar en una explotación de oro, entonces los indígenas y algunos sectores campesinos se opusieron y se enfrentaron a machete. La posición del CRIC es radical contra las grandes explotaciones de oro; la artesanal es otra cosa, esa se admite. La de la Toma era artesanal, de la que viene Francia Márquez, la sacaron y la cogió entre ojos Álvaro Uribe y le echó la represión encima.

La ANUC, auge y decadencia

La separación con la ANUC se vino a dar en el Congreso de Tomalá, en 1977. La ANUC se desmoronaba. Entonces en Cauca, se pasó directamente a las luchas indígenas. La separación formal se dio porque trataron mal a los delegados indígenas que fueron al Congreso. Para ese momento ya el control de la organización se lo había tomado esa directiva de la ANUC de Armenia. Entonces el Congreso era manejado totalmente por el Gobierno, y ahí partimos cobijas.

Mientras tanto, en Cauca se vio que los indígenas respondían, se movilizaban y luchaban. En cambio, los campesinos no. Lógicamente eso nos llevó a los que estábamos asesorando y acompañando la lucha de la tierra a que tomáramos camino para donde se movía la cosa: al mundo indígena. Los indígenas tenían algunas características que le daban sentido a la conformación de organizaciones propias. El propósito no era distanciarse de la ANUC, fue más la consecuencia.

Las características propias de las que hablo son: que existían los resguardos, los cabildos, la herencia cultural e histórica. Las luchas anteriores: la de la Gaitana, la de Juan Tama, y posteriormente la de Quintín Lame, mantenían una memoria de lucha. Cuando llegamos no sabíamos de Quintín Lame. Al año de este congreso la gente de la Rosca, encabezada por Orlando Fals Borda, vino y creamos una relación cercana con ellos, ahí nos hablaron de Quintín. Con ellos vino Gonzalo Cárdenas, un escritor evangélico porque los de la Rosca eran principalmente evangélicos. Cárdenas fue quien rescató muchos de los escritos de Quintín e incluso escribió un documento sobre su vida.

Aunque la mayoría de los indígenas no sabían mucho del Quintín Lame, algunos mayores sí sabían. Pero como estábamos trabajando con líderes jóvenes, entonces no estábamos al tanto. Apenas supimos de su historia, se extendió el interés y





reivindicar sus luchas como propias se convirtió en un objetivo. Después, supimos lo que pasó en los años 20 y 30. El auge de las luchas populares, incluso de la relación con los obreros y con los sindicatos. Era la época del Partido Revolucionario Socialista y ya en el 30 se creó el Partido Comunista. En eso participó José Gonzalo Sánchez, que fue el segundo dirigente indígena más importante de Cauca en ese tiempo. Era de Totoró, Cauca.

El movimiento campesino decayó rápidamente, según la ANUC porque el Gobierno había creado la línea Armenia y reprimió la de Sincelejo. Mi opinión es que fueron estos grupos revolucionarios peleándose entre sí y tratando de llevar a los campesinos a la guerra, a la toma del poder, lo que le quitó entusiasmo. Esos fueron los que los acabaron. Los campesinos no les copiaban; aunque se aprendieron algunas consignas marxistas leninistas maoístas, nunca se sintieron a gusto con la imposición de las líneas.

Los tres grupos que se peleaban la dirección de la ANUC eran maoístas. Uno era el Partido Comunista marxista-leninista con el que le tocó pelear a Fals Borda, e incluso en el segundo congreso de la ANUC, realizado en Bogotá en el 73, lo señalaron como un miembro de la CIA. Hubo un enfrentamiento abierto entre la gente de Fals, que en ese momento estaba de acuerdo con ese grupo que se tomó la dirección de la ANUC. Froilán Rivera y los principales dirigentes eran influidos por gente de Jorge Gamboa, al que le achacaron el secuestro y el asesinato de Gloria Lara. El EPL también era maoísta pero poco combatió. Hacía emboscaditas sin mucha importancia militar. Vásquez fue el principal líder del EPL. Y que dizque la consigna de él era “dos tiros y a correr”.

La idea de que lo militar era lo preponderante sobre lo político fue la línea de estas organizaciones. Y lo militar no era que saliera de las comunidades propiamente, era impuesto por un grupo, por eso no lograron consolidar ni la guerra ni el movimiento. Era una orientación totalmente errada. Pasó igual con Sendero Luminoso, de Perú: a los campesinos les quisieron imponer la guerra también, matar gente a dos manos, pero los campesinos se les rebelaron. A nosotros también nos pegó lo del Chicoral. Sin embargo, el movimiento indígena logró superar la mala actitud del gobierno nacional, la persecución y todo, porque el movimiento indígena estaba muy enraizado en las mismas comunidades.

El poder del resguardo

Los conceptos de resguardo y de cabildo fueron hechos para un sector de la población indígena, el “más civilizado”, digámoslo así. Se hizo pensando en comunidades de la región andina, y venía de la Colonia y donde jugó un papel importante la Ley 89 como forma organizativa, pero al final estos conceptos se impusieron en todo el movimiento indígena, incluso llegó a gente que nunca en su vida había tenido resguardos ni cabildos; por ejemplo, a los Llanos orientales o la





Amazonia. Es decir, de ser un arma de los terratenientes para controlar la tierra, terminó por convertirse en una herramienta en contra ellos mismos y hoy prácticamente todos los indígenas organizados están en resguardos y en sus cabildos.

Antes tenían otras formas de organización, dirigidas por caciques, capitanes, no era tan democrática como los cabildos y resguardos. El hecho de tener una autoridad colectiva hizo que los cabildos se fortalecieran y pudieran incidir en procesos de una manera más amplia. Las luchas que se daban eran prácticamente comunitarias. Cuando hablábamos de la lucha por la tierra, se habla de la comunidad de tal parte: de la comunidad del Puracé, de la comunidad de Tacueyó, no se hablaba de la organización dirigida por fulano de tal, por el cacique X o por el líder Y, se hablaba de la lucha de las comunidades.

No sé cómo era el sistema de elección de cabildos antes, pero seguramente había políticos o terratenientes “mandamases” que tenían su indio personal favorito y que lo hacían nombrar. Es posible que en muchos casos sí fuera escogido por participación de todos y que el cabildo gobernador fuera elegido por mayoría, sin embargo, este se debía someter a las autoridades del momento: al alcalde respectivo y al terrateniente que era su patrón. Es decir, aunque las elecciones fueran democráticas, no eran autónomas.

Los poderes eran tres: la Iglesia, los políticos y los terratenientes. Esos tres eran los que mandaban. Eso fue también un proceso largo para cambiar esto. En el momento en que se creó el CRIC los cabildos auténticos eran minoría. Y eso, diría yo, también fue un acierto nuestro, que en vez de ponernos a organizar asociaciones de terrajeros, como sí se organizaron las asociaciones campesinas, nosotros consideramos que los cabildos debían seguir siendo las autoridades de las comunidades indígenas. Y logramos, poco a poco, convertir los cabildos a la causa. Hoy prácticamente todos los cabildos indígenas que existen en Cauca reconocen al CRIC como autoridad, con excepción de los guambianos, la suya propia.

Esta idea de la democracia como la entendíamos nosotros chocó con algunos dirigentes que intentaron convertirse en mandamases. Pensaron que porque en la parte política electoral se distinguían iban tomar el mando de la organización. Pero nunca pudieron hacerlo, y, por ejemplo, la Consejería –que es el organismo superior del movimiento– se renueva cada dos años y está prohibida la reelección. Ninguno de los actuales se puede reelegir. Y aunque la prohibición de reelegirse es para la elección siguiente, no conozco ninguno que se haya reelegido después.

El consejero mayor es elegido por los cabildos o, cuando hay, por el congreso en pleno. Aquí se hace una asamblea mayor, con cinco o seis por cabildo que participan en la elección del consejero mayor. Todas las comunidades tienen una vocería significativa. La Consejería se llamó Comité Ejecutivo en algún tiempo, pero en 2001 retornamos a la figura anterior. La Consejería está integrada por un representante de cada una de las nueve zonas del CRIC, que elige su consejero.





A medida que los cabildos iban entrando al CRIC iba desapareciendo la influencia de los terratenientes. La Iglesia llegó a tener una influencia muy fuerte, sobre todo en la zona de Toribío, aunque era una iglesia progresista. Mirando para atrás creo que el que la organización fuera democrática no fue una cosa calculada, fue el resultado del proceso. En esos primeros años no pensamos en lograr algo democrático, sino que estábamos en la lucha y lo lógico era que fueran los cabildos los que conformaran la organización. Y en cada cabildo, la elección sería democrática.

En general, cuando una comunidad adquiere tierras, sea por recuperación o por acuerdos con el Gobierno, el cabildo es el encargado de distribuir. Puede ser en una empresa comunitaria o para programas de organización. Eso no está a cargo del adjudicatario, sino de la comunidad del resguardo. Cuando la gente se va o no colabora con la comunidad, dejan la tierra en manos de otro, pero el cabildo puede recuperar eso. Siempre ha habido conflictos, pero no han sido notables.

Las comunidades se organizaron solas alrededor de la Ley 89, el CRIC fue sólo como el coordinador de este proceso, pero ninguna elección de cabildos tenía que ver con el CRIC. Es posible que usted le pregunte a un comunero de Caldon: ¿Usted es del CRIC? Y le responda: “No, yo no soy del CRIC, yo soy del cabildo, del resguardo de Caldon”. Es decir, la gente directamente pertenece a su comunidad y eligen los cabildos. El CRIC no es una organización vertical, ni su dirigencia decide sobre nada de lo que pasa en cada comunidad.

El CRIC tiene un organigrama. La directiva la eligen las nueve zonas, y cada una termina eligiendo un miembro de la dirección. El único que eligen entre todos los cabildos es el consejero mayor. Y no hay reelección. El CRIC es una organización perfectamente democrática. Creo que fuimos nosotros los que dimos esa cualidad, pero con pleno acuerdo de los indígenas.

Eso de que uno por zona empezó a regir cerca del año 2000 o 2001, cuando fue elegido Anatolio presidente del CRIC. Yo creo que en esa época se empezó a organizar así por zonas, pero lo raro es que no hubo discusión sobre eso, aunque Graciela siempre me corregía y afirmaba que sí las hubo en los congresos, donde se desarrollaba el análisis. En muchas partes hacían las asambleas por zonas. Todos los cabildos pertenecen de alguna manera al CRIC y actúan con el CRIC. Pero el CRIC son las comunidades. Creo que muchos cabildos se sienten orgullosos de haber existido, de no haberse acabado, aunque en un tiempo estuvieron al servicio del enemigo, pero el hecho de existir el cabildo lo consideran importante.

Democracia, autonomía y correlación de fuerzas

El espíritu democrático del movimiento indígena tiene su antecedente, eso fue surgiendo de manera natural y no se impuso a la fuerza. Digamos que el que sea democrática se fue dando con el tiempo, pero el que fuéramos conscientes de que era democrática surgió al oponernos a las organizaciones de vanguardia que





querían manejarla. Claramente es anticapitalista la posición de la organización, aunque no le marchó a ninguna de las vanguardias armadas que había en el país.

El marco permanente del CRIC sostiene que la realidad del país es un sistema de dominación frente al cual nosotros ejercemos la resistencia. La resistencia ha sido, digamos, una búsqueda de una cosa fundamental, un eje. Consideramos que el poder se construye y que, mal que bien, hemos construido algo de eso en Cauca. Ese poder se construyó de abajo hacia arriba. En ese terreno nosotros le dimos mucha importancia a la correlación de fuerzas. Eso es algo que se ha tenido en cuenta desde hace siglos.

Para nosotros la correlación de fuerzas significa no meternos en peleas que vamos a perder. Una de las primeras veces que vi que no está tan segura la correlación de fuerzas es en la actual minga, que ha llegado a un posicionamiento de carácter nacional. El concepto de autonomía ha sido fundamental para todos los sectores en lucha, como el movimiento indígena. Aunque después se haga la coalición, la relación, nos juntemos con otros para luchar, la única garantía de persistencia es la autonomía. Es un concepto muy amplio, algo gaseoso, pero ha sido una de las claves del CRIC para mantenerse y crecer.

La acción conjunta con otros sectores sociales y populares es lo que se pretende con la minga. En el caso de Cauca prácticamente todos los sectores sociales están participando. Esa idea se ha tenido desde el principio y no siempre ha resultado. Pero hay que decir que la vocación de la organización a nivel de dirección ha sido siempre esa. Digo a nivel de dirección porque a nivel de base no todos entienden eso claramente y, a veces, podemos tener problemas.

Y finalmente, otro principio que nos ha regido es el rechazo al concepto de vanguardia. Durante una época varias organizaciones de izquierda pretendían ser la vanguardia de la revolución. La vanguardia del cambio en Colombia. Fíjese que la autonomía sirvió para no dejarnos arrastrar por otras organizaciones, que más de una vez quisieron apoderarse del CRIC o del movimiento indígena. Inclusive, no sé si todavía, pero la visión de la izquierda ha sido la de los movimientos sociales como una correa de transmisión. Es decir, sirven en función de las organizaciones políticas de vanguardia. El modelo leninista clásico. Nosotros nunca le jalamos a eso, aunque tuvimos cierta cercanía, simpatía, con la izquierda en general. Nos considerábamos parte de ellos, pero en ningún momento dependientes de ellos.

Ahora, todo lo que estoy anotando no era un punto de partida. Era algo que íbamos desarrollando a partir de varias actividades, algunas eran claras desde el principio. Yo, por ejemplo, no creo que haya tenido un aporte tan importante como todos creen. Un aporte que sí considero que hice es resistirme al arrastre de las vanguardias armadas que querían apoderarse de la organización. Por ejemplo, en lo de la ANUC y el intento de las organizaciones políticas armadas que pretendían dirigirla con el fin de organizar a la gente por la pelea por el poder. Ahí consideramos





que la correlación de fuerzas no daba para la toma de poder en ese momento y no le jalamos.

Nosotros no nos oponíamos a un proceso revolucionario. Estábamos de acuerdo con el cambio del modelo de desarrollo neoliberal. Creemos que debe haber un cambio, pero nuestra consideración fundamental fue de tiempo. Es decir, a qué le vamos a hacer. Ahí entraba la correlación de fuerzas. Ahí consideramos que el poder se debía cambiar para algún día influir en el sistema. Nosotros siempre hemos luchado contra el sistema, pero hace cincuenta años no veíamos que existieran las condiciones para ese cambio.

Nunca pensé en la revolución universal o en la revolución internacional, ni en la teoría leninista-marxista. Nuestro método de formación de la gente era distinto al de la mayoría de las organizaciones de izquierda, que era un catecismo marxista-leninista. Yo los leí, los estudié y me llamaban la atención muchas cosas. De Lenin, más bien poco. De Mao bastantes, por ejemplo, una de las tesis que siempre hemos utilizado –no con excesiva frecuencia, pero que siempre tenemos presente– es la de las contradicciones antagónicas y las contradicciones no antagónicas.

Dentro de las contradicciones no antagónicas están las que ocurren en el seno del pueblo. Para ver qué alianzas se puede hacer siempre apelamos a este concepto. Las otras organizaciones revolucionarias rechazarían muchas de nuestras particularidades, podrían considerar que es una entrega al sistema o al Estado. Y es que nosotros valoramos muchas cosas del sistema, a pesar de que rechazamos el sistema. No es un rechazo general. Por eso, nos funciona la tesis de Mao sobre el tipo de contradicciones.

En mí siempre sirvió más el sentido común que el dogmatismo. Veía la situación del país y era evidente que nuestra fuerza era escasa y que no íbamos a poder apoderarnos del sistema de un momento a otro. Siempre consideré que el avance sería paso a paso. Mal que bien, el CRIC en estos cincuenta años de existencia ha podido avanzar, lentamente pero sin retroceso.

Escuelas de formación y cursillos políticos gremiales

Desde el principio del CRIC tuvimos un sistema de formación muy importante. Teníamos una escuela y los “cursillos políticos gremiales”, que tenían tres niveles y en los que casi siempre estaba yo. El primer nivel era de reuniones generales en una vereda, casi siempre de noche, y se trataba de que la gente entendiera su realidad, es decir, análisis de contexto y de coyuntura. En ese primer nivel veíamos el concepto de amigos y de enemigos, estos últimos encabezados por los terratenientes, por supuesto, pero también entraban otros capitalistas, el Estado o el Gobierno. Veíamos el programa de siete puntos, repasábamos historias de luchas indígenas recordando un poco a la Gaitana, a Juan Tama y a Quintín Lame,





antepasados que lucharon. Nosotros los rescatamos de la ignominia en que los tenían. Por último, el reconocimiento de los cabildos y resguardos de la Ley 89, es decir, la recuperación del cabildo como autoridad central a partir de la cual se fue conformando toda la estructura de gobernabilidad.

En el segundo nivel se hablaba de coyuntura nacional, la historia del CRIC y se mencionaban las luchas indígenas en América Latina. Y el tercer nivel era muy variado y dependía sobre todo del contexto de coyunturas y con análisis del sistema, mejor dicho, entendíamos cómo funcionaba el sistema de dominación que se sufría en Colombia. Desde ese momento ya estaba muy claro que el movimiento indígena era ante todo un movimiento de resistencia frente al sistema dominante. Teníamos que explicar lo que llamamos sistema, cuáles eran los sectores dominantes, es decir, la base de la formación era conocer en contra de quién se debía luchar. Ya después de un tiempo todos llevaban sus cartillas de legislación donde estaba lo de la Ley 89 y otros puntos. Con eso ellos mismos hacían sus reuniones, pero yo dirigía la mayoría de los cursillos.

La formación y los cursillos hacen parte del nacimiento del CRIC, de cómo se iban dando los pasos para entrar a la tierra indígena, a las comunidades, pero al mismo tiempo, nosotros seguíamos trabajando con la ANUC con algunos sectores.

En el origen, hubo una discusión sobre la identidad del CRIC y del movimiento indígena. Estábamos entre dos fuegos: el sector más indigenista, donde estaban Víctor Daniel Bonilla, Luis Guillermo Vasco y otros, decía que el CRIC no era realmente indígena, que era más campesinista y no tenía clara la identidad como pueblo indígena, entonces lo descalificaban por campesinista. Y por el otro lado, desde los sectores populares donde alguna incidencia tuvieron las FARC, decían que el CRIC no hacía parte de las luchas populares porque no estaba vinculado a ninguna de estas organizaciones de vanguardia, o de las organizaciones sociales que estaban luchando contra el sistema. Entonces también descalificaban al CRIC por no estar metido en uno de esos grupos. Y después de mucha discusión, sobre todo entre el sector de la dirección, porque eso a los indígenas de base poco les importaba, llegamos a la conclusión que hoy se sigue conservando: el CRIC sí respondía a pueblos ancestrales, pero también hace parte de las minorías oprimidas de este país. Tiene un doble carácter: hace parte del movimiento popular y de los sectores oprimidos, y a la vez responde como descendiente de pueblos ancestrales, con sus propios valores, con sus propias tradiciones, al mundo indígena.

Represión y autodefensa

Los políticos de Mosquera Chaux en Corinto eran nuestros competidores en el año 70. En las elecciones que le robaron a Rojas Pinilla, nosotros les ganamos. Se logró elegir dos senadores indígenas, uno liberal y el otro conservador, porque en ese tiempo todavía funcionaba el bipartidismo, aunque eso no evitaba que dentro de los





partidos hubiera una guerra a muerte por las curules. En ese tiempo supimos que los suplentes estaban pagando para que mataran a los dos principales de los partidos tradicionales. Y aunque esto parece una anécdota para morir de la risa, en realidad es una muestra dramática de lo que nos costó abrir camino en la política. Fueron años de persecuciones, angustias y velorios, que sembraron la inquietud de cómo hacer para defendernos y evitar que siguiéramos matándonos.

Cuando el Partido Comunista entró a la zona no existía el Quintín. Fue al principio de la recuperación de tierras. Entonces, un sector del Partido Comunista aprovechó esa situación para repartir afiliaciones entre la gente y ya había entrado un grupo de las FARC a Toribío. Esto fue en la segunda mitad de los años 70. Inicialmente nosotros con los del Partido no tuvimos problema, suponíamos que estábamos del mismo lado, porque sus reivindicaciones eran, en parte, las mismas de las luchas indígenas. En un momento dado ellos se cerraron y no permitían que la gente se uniera al Quintín. Hubo muchos muertos. Yo no sé bien la causa de eso, pero las FARC en ese momento mataron a mucho médico indígena. La gente a veces decía que los médicos eran los que mandaban los males en ese tiempo, pero murieron bastantes. Ocho o diez, sobre todo en el resguardo de San Francisco. De todos modos, aunque se tuviera esa dificultad, el problema fundamental eran los pájaros.

Hasta finales del gobierno de Pastrana no tuvimos mayores dificultades para que los indígenas recuperaran las tierras de los resguardos. Luego llegó Alfonso López y nombró ministro de Gobierno a Cornelio Reyes, que había sido el pájaro mayor en la época de la violencia en Tuluá. Con él el cambio fue fuerte en la relación entre el gobierno nacional y el gobierno de Cauca, incluso, hubo un cambio en la misma sociedad de Cauca, en el sentido de que ya tienen el apoyo del Gobierno para defender las tierras. Eso se tradujo en atentados contra los dirigentes y las comunidades indígenas.

La represión fuerte comenzó con el asesinato de Gustavo Mejía. Lo mataron en la noche del primero de marzo de 1974, en una pequeña fábrica de muebles en Corinto, por recomendación de Víctor Mosquera y con la colaboración de la Alcaldía. Él no andaba armado y ese día no tenía ni una pluma. Fue un dolor enorme. Yo estaba en Bogotá cuando me avisaron, ahí mismo busqué avión, volé para Cali, me uní a sus familiares y a los compañeros del CRIC que estaban haciendo la velación en Palmira. Gustavo tenía muchos discípulos, era un gran líder y muy apreciado. El sepelio fue bonito, sentido y profundo, mientras los medios oficiales sacaron una nota con un frío titular: “Muerto Bejuco”.

El asesinato de Gustavo fue el primero pero no el único, después fueron por otros líderes indígenas, sobre todo de la parte norte. Mataron también a un nieto de Quintín, Justiniano Lame, dirigente de San Ignacio. Lo mandó matar la dueña de la finca San Isidro, que se llamaba Josefina Arboleda. En San Isidro precisamente nació Quintín Lame, en la casa que queda cerca de donde es ahora la iglesia. Otro bien conocido fue Avelino U., nasa, asesinado en la vereda de San Ferney, en el





resguardo de San Francisco, municipio de Toribío. Había sido militante del Partido Comunista y de las FARC, no obstante, era muy cercano al CRIC y eso le causó problemas con estos movimientos. Fue concejal de Toribío en un momento en el que el Partido Comunista fue mayoría. Un terrateniente lo mandó matar.

La persecución contra el movimiento indígena fue ejecutada a través de los llamados pájaros, que eran pagados por los terratenientes. Una técnica que no ha desaparecido del todo, porque las luchas que se están dando ahora en el mismo norte de Cauca están siendo respondidas con idéntico método por parte de los dueños de la hacienda. Los pájaros, propiamente, era como llamaban en los tiempos de la Violencia a los combatientes conservadores que operaban en el norte de Cauca y el centro del Valle. Lo que nosotros llamamos pájaros eran viles sicarios. Los terratenientes le pagaban a un tipo para que matara a nuestros dirigentes. A veces había varios juntos, pero por lo general eran asesinos solitarios que se ganaban su sustento a través de lo que les pagaba el terrateniente. No eran reconocidos, era simplemente gente pobre, muchachos de ahí mismo que por ganarse unos pesos estaban dispuestos a hacer eso.

Entonces vimos la necesidad de empezar a defendernos, de defender a los principales dirigentes antes de organizar el grupo armado permanente. Primero fueron pequeños grupos de autodefensa, de defensa de las comunidades. Como no teníamos formación ni ayuda en lo militar, intentamos hablar con las FARC, pero imponían la condición de que fuéramos parte integral de la organización. Entonces empezamos a buscar la manera de defendernos. Los siguientes que aparecieron, no sé a través de quién, fueron los de replanteamiento del ELN. Juan se llamaba con el que teníamos la relación, un muchacho alto, acuerpado y amable. Pero después también tuvimos problemas con el ELN, pues decían que teníamos que devolverles esas armas porque les pertenecían a ellos. Ellos empezaron a darnos una ayuda muy superficial desde el punto de vista militar y nos conectaron con el M-19. Juan tenían buena relación con el M-19, sobre todo con Iván Marino Ospina, quien era conocido como Felipe. Era el comandante del Eme que más influencia tuvo en Cauca. A él lo mataron después en Cali.

Al final fue el M-19 el que nos brindó el apoyo para el entrenamiento militar, entonces hacíamos algunas salidas, pequeñas incursiones y rodeos. Esto fue antes de que surgiera el Quintín Lame, y realmente armados eran muy pocos, y los que tenían armas eran algunas escopéticas. El CRIC no se metió en esto, fue más desde adentro de las comunidades que se organizaban para defenderse. Y a veces nosotros tratábamos de apoyarlos en eso.

Una de las primeras acciones fue prevenir el asesinato de un dirigente de Toribío, y como ya sabíamos el nombre del pájaro que tenía el encargo de matar a este amigo dirigente de Toribío, logramos encontrarlo y le salimos adelante. Allá había un grupo con don Antonio Navarro que nos ayudaba, también nos dio apoyo el Flaco Bateman. Después los del Eme tuvieron sus escuelas internas, propias, sobre todo





por los lados de Coconuco arriba. Allá estuvieron después de que habían hecho la sacada de las armas del Ejército entre el 79 y el 80. Ahí nos cogieron la relación con por un compañero de Gladys, externo, que cogieron, lo torturaron y cantó más de la cuenta. Contó con quiénes trabajaba el Eme dentro del movimiento indígena y nombró a varios. En esa redada cogieron a Graciela, se la llevaron para la Brigada.

Encarcelamiento de Graciela

A Graciela la cogieron presa varias veces. Una fue cuando lo del Eme, pero no fue la única, y eso es mejor que se lo cuente ella:

“Fue con la represión del 79, me cogieron presa durante un año y me torturaron. Un día llegamos de Silvia en el carro del INCORA, entonces salió la niña que cuidaba a Libia y a Pablito y me dijo: ‘Aquí llegaron unos señores que ni idea quiénes son, quién sabe si pueden ser ladrones’. Entré a la casa y me di cuenta de que cuando oyeron que entré, cerraron la puerta del baño. Yo me asusté y me fui directo al baño, abrí la puerta y estaban ahí como escondidos. Les pregunté quiénes eran y dijeron: ‘Somos del ejército, estamos cuidando, así que vamos a quedarnos aquí’. Yo tenía que ir hasta la ONIC a dejar unos papeles, les dije a los soldados que necesitaba ir allá y me dijeron que no podía salir. Después de un tiempo logré convencer a uno de los soldados, que parecía una buena persona, para que fuera conmigo. Como a los tres años de esto supe que ese soldado había desertado del Ejército. Así que comprobé que no era como todos y le agradecí porque él me salvó de que me mataran por el camino.

Cuando regresé a la casa me cogieron y me llevaron al Palace, a Popayán. Me amarraron las manos y me encerraron con llave en un espacio pequeñísimo y oscuro donde se sentía uno como en un hueco profundo en el que todo el tiempo me caía un chorro de agua en la coronilla. El hueco era hondo y estrecho. No me podía ni mover. Ahí estuve como desde las 8:30 de la noche hasta las 3 de la madrugada. Así que me tocó aguantarme ese chorro toda la noche. El muchacho que me vigilaba me dijo que la orden era dejarme ahí toda la noche, sin embargo, él entró de madrugada y me dijo que me iba a dejar descansar un poquito y me llevó a un corredor donde había una silla y ahí me quedé sentada el resto de la noche.

Como a las 5 de la mañana llegaron otros soldados a decirme que yo era una guerrillera, que cuál era mi labor allá, y les dije que me dedicaba a la educación social. Al otro día, otro tipo todo envalentonado me hacía preguntas y preguntas, siempre en tono amenazante, y yo le contestaba lo que él quería oír. Una vez me sacaron de noche y me dijeron que me iban a tirar al río. Me llevaron a un sitio que yo ya conocía porque allí íbamos con un grupo de estudiantes que colaboraban con el INCORA. Lo recordaba porque justo ahí casi se nos ahoga un muchacho un día. No sé cómo hice, pero abrí las manos que tenía amarradas y salí corriendo. Me alcanzó el muchacho que estaba vigilándome en el cuarto oscuro y me dijo: ‘Venga,





no se vaya así, que esto es peligroso aquí. Yo la voy a defender'. Entonces me llevó, y les habló a los tipos que estaban ahí. Les dijo que él era el encargado de la investigación.

Me quedé sentada por un largo rato. Eran como las 4 de la mañana y los tipos habían estado todo el tiempo haciéndome preguntas para corroborar que yo era guerrillera. Me insultaron mucho, me decían de todo, que allí estaban los gallinazos, que me iban a echar al agua, fue una tortura psicológica. Ese señor era muy mala gente, supe después que por ahí en Venezuela lo habían matado. Los quince días que estuve en el Ejército me tuvieron siempre con el chorro que caía en mi cabeza, en el piso se hacían unos charcos de agua negra inmundos y lo único que había era una estructura de palos que no dejaba ni dónde sentarse. Estuve parada todo el tiempo, vendada y amarrada. Me llevaban la comida, pero yo no era capaz de comer nada con el torturador al frente. Cuando me sacaron me tenían cercada de soldados.

El investigador malo me decía que si no hablaba me iban a torturar horriblemente, y me daba golpes. 'Le vamos a hacer el tratamiento', decía. Después ya me llevaron a un sitio donde había armas y me obligaban a que cogiera un arma, yo al principio me negué y les pregunté para qué querían que la cogiera, hasta que me cansé, cogí un arma, la puse en una mesa y ya me dejaron salir. Después me llevaron a una salita con asientos donde uno ya se sentaba, y me llevaron comida, eso fue a los catorce días de haber sido detenida. El torturador malo me decía: 'Con usted no hay nada qué hacer'.

Lo que estaban buscando es que dijera que era del Eme y nombrara a nuestra gente. Después me llevaron para donde el abogado para hacerme un interrogatorio. Lo que preguntaban era si yo era del Eme y qué otra gente nuestra tenía relación con la guerrilla. Que cómo y en dónde permanecía, que cómo actuaban ellos. Finalmente me dieron salida del Ejército y me llevaron a la cárcel. Durante el tiempo que estuve presa mandé a los niños a Pasto, a vivir con los abuelos. Libia tenía tres años, una vez llegó a visitarme, y ella creía que yo estaba en una casa de monjas, entonces cuando ya era hora de que se fueran ella dijo que nos fuéramos, y como no era posible, les gritaba llorando a las monjitas que me soltaran. Fue un tiempo muy difícil".

La clandestinidad

En la época de la persecución, que estaban buscando a Graciela en Popayán, yo había logrado salir de la ciudad antes de que me encontraran. Pude hacerlo gracias a la solidaridad de los vecinos del barrio, incluido un policía que fue quien nos avisó que me estaban buscando. Uno de mis vecinos me sacó al terminal, donde cogí bus para Pasto, a donde vivían los familiares de Graciela. En el aeropuerto de Pasto, yo sabía que me estaban buscando e iban a impedir que yo subiera al avión, supongo





que tenía orden de captura. Entonces salí del aeropuerto de Chachagüi que estaba rodeado de zonas verdes y me mandé por los potreros hasta salir cerca a otro pueblito y ahí me recogieron. Allá me estuve un tiempo, pero la persecución seguía y me tocó irme al monte.

Yo ya había estado preso en los años 70, cuando empezamos en Corinto las recuperaciones. Esa vez estuve tres días preso en Corinto, luego me llevaron a Popayán, y finalmente, con la ayuda de un sacerdote que intervino ante con la Gobernación, me sacaron. Otro momento difícil fue cuando condenaron a muerte los del EPL y el PCML, dizque por ser enemigos de la revolución. Habían matado a algunos de sus correligionarios y a algunos de los compañeros del CRIC les tocó salir. Yo era profesor de matemáticas en la Universidad del Cauca, supe de amenazas y me tocó hasta andar con revólver. Fue como en el 72 o 73.

La peor época de persecución judicial y sicarial fue durante el gobierno de Julio César Turbay. En el año el 79 u 80, después de que el M-19 sustrajo las armas del Cantón Norte, soltaron una ola de detenciones arbitrarias, espionaje y persecuciones. En eso, el Ejército cogió a Guillermo Amórtegui, un compañero nuestro que torturaron y obligaron dar mucha información sobre los dirigentes del movimiento, y entonces fue cuando todo se complicó. Agarraron a casi todo el comité ejecutivo del CRIC, incluida Graciela, y los metieron a la cárcel. Me salvé de que me cogieran en la casa por 10 minutos. Los vecinos me alertaron. Yo no tenía ninguna acusación concreta, aunque estaba en la lista de los más buscados. A partir de ahí me tocó esconderme en el monte. Estuve un largo rato, como un año, hasta que soltaron a los compañeros.

Cuando liberaron a los del comité ejecutivo, y estaba elegido a Chucho Avirama como presidente, se hizo una reunión en el Paniquitá. Ahí me tocó irme a vivir a Bogotá por los riesgos que se estaban corriendo en Cauca. Esta decisión fue aprobada por el comité ejecutivo del CRIC, y quedamos en que nosotros no nos separamos de la organización y que nos íbamos a vivir en Bogotá. Llegamos a vivir en arriendo en una casa cerca de la avenida de Boyacá como con 40, y después mis papás nos ayudaron a comprar una casa.

A nuestros hijos les tocó todo el período de la persecución. Ellos sintieron bastante esa situación de esa zozobra, les tocó ver cuando nos tocaba huir, cuando cogieron a Graciela y yo me fui para Pasto, cuando me escondí en el monte. Las muchas veces que tuve que salir corriendo de la casa y las muchas noches que estuve sin ellos. Cuando tenía que dejarlos sentía una honda tristeza, un vacío horrible, pero me daba ánimos con los compañeros con los que compartíamos el trabajo. Todos teníamos el mismo problema, incluso nuestras separaciones fueron menos fuertes que las de quienes se iban para la guerrilla.

La ONIC tuvo su origen en esa época del Estatuto de seguridad de Turbay. El Gobierno quería hacer un estatuto de seguridad exclusivo para los indígenas y así controlar totalmente al movimiento indígena. Nos tocó enfrentarlo con el gran primer





encuentro de la Coordinadora Nacional Indígena que se realizó en Lomas de Ilarco, en Tolima. Participaron casi todos los pueblos indígenas de ese momento. Fueron delegados de ocho o nueve regionales; Amazonas, la Costa, Antioquia, Tolima, e invitados especiales como Rigoberta Menchú, de Guatemala, y otra indígena más o menos notable que tenía un gran liderazgo en Ecuador. En esta reunión ayudaron mucho Adolfo Triana y Myriam Jimeno. También varios intelectuales y antropólogos que hicieron campaña en contra del estatuto indígena. En ese encuentro salió el proyecto de hacer una asamblea Indígena para crear una organización de todos los pueblos.

En 1982 se constituyó la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC). Apoyaron los curas en Bosa y el congreso fue organizado totalmente por el CRIC. El encuentro fue todo un éxito a pesar de que era como semiclandestino porque muchos de los dirigentes que asistimos estábamos como escondidos. Se nombró presidente a Trino Morales. El proceso se sustentaba por el desarrollo que tenía el movimiento indígena, que ya contaba con programas como educación, salud, educación política, y nosotros ya estábamos comenzando con las universidades.

De Autodefensas Indígenas a Movimiento Armado Quintín Lame

Cuando se conformaron los primeros grupos de autodefensa surgió un compañero muy importante que fue el primer comandante del Quintín: Luis Ángel Monroy. No era ni indígena ni blanco, sino afro. Monroy formó parte de nuestro grupo de Corinto en las luchas por la tierra. También participó en el censo indígena junto a Gustavo Mejía. Ellos dirigieron el censo en Tierradentro y Monroy se convirtió en un líder importante para las comunidades de esa zona y fue de los que empezaron a preocuparse por la parte armada, aunque tampoco tenía experiencia. Realmente se llamaba Luis Ángel Cruz, porque el papá era Monroy pero no lo había reconocido. La mamá era de apellido Cruz y era de los lados de Puerto Tejada, una zona afro.

Siendo comandante del Quintín se fue a Cali, donde tenía sus contactos con un grupo disidente del ELN que se llamó "Democracia" y que eran los que le iban a conseguir las armas, porque, la verdad, no teníamos muchas. Pero los contactos tenían relaciones con el Ejército, con el enemigo, y entonces lo capturaron, lo torturaron y lo mataron. Eso fue el mismo año del Palacio de Justicia, en el 85. Creo que a Édgar Londoño le tocó ir por él, recogerlo y traerlo. Monroy jugó un papel muy importante, muy entregado, fue quien prácticamente hizo funcionar el Quintín Lame. Ese movimiento no tenía ninguna significación, inclusive creo que estaban negociando ya la entrega y cuando vieron cosas raras se escaparon de las concentraciones.

La primera escuela de formación en la que participé fue en Tierradentro, en la Irlanda, Resguardo de Huila. Al otro lado de Mosoco. Ahí tuvimos un primer taller al frente del cual estuvo Jaime Bateman. Estuvo también la dirigencia: Trino Morales





y Luis Ángel Monroy. Esa vez se trabajó en conocimientos mínimos de la milicia y Bateman se mostró siempre muy dispuesto a colaborar. No trató de atraernos hacia el M-19, pero era claro que era un servicio que prestaba como aliado en ese momento. Cuando acabó el taller e íbamos a salir a una pequeña población de Irlanda, les avisaron que estaba tomada por el Ejército. No sabemos si eso tenía que ver con nosotros, pero lo cierto es que logramos salir de noche. Los que participamos en la escuela éramos diez o doce, sólo hombres. Y había otros que eran simples compañeros de la organización, sobre todo de las veredas de los resguardos más o menos cercanos: Jambaló y Tierradentro.

La instrucción de Bateman fue principalmente de manejo de armas. Varios compañeros tenían sus escopetas y no eran totalmente ignorantes. Había algunas Mauser, pero allá se logró llevar unos revólveres y tal vez apareció algún fusil. Lo llevaron los del Eme o algunos muchachos del EPL. No fue la gran cosa. Yo anduve armado, pero la verdad es que nunca disparé. A duras penas lograba cargar el fusil. Luego los participantes al taller que no eran dirigentes del CRIC se pusieron al frente de la tarea de organizar los grupos de defensa. Durante los años 78 y 79, se comenzaron a formar estos grupos de defensa que le dieron origen al Quintín, que apareció públicamente en 1983.

Duró como tres años como grupo de autodefensa, pero después, por decisión del grupo de dirección, se constituyó un grupo permanente y otros siguieron como grupos de defensa. El Quintín fue integrado por gente del norte de Cauca, del oriente, Tierradentro y de Coconuco. Es decir, las principales zonas de Cauca participaron en el Quintín Lame. El motivo para la creación del Quintín Lame fue claro: había que defenderse de las persecuciones y de los asesinatos que estaban haciendo los terratenientes a través de los pájaros; y a veces la misma Policía y Ejército.

Entonces hubo un grupo que comenzó a andar con el compañero Luis Ángel Monroy, primero esporádicamente, pero después el grupo de dirección del CRIC decidimos que era conveniente instalar un grupo permanente, basado en los grupos de autodefensas que ya existían en varias comunidades. En ese grupo de dirección estaban Trino Morales y Édgar Londoño. Cuando tomamos la decisión de instalar el grupo permanente discutimos bastante sobre qué nombre darle. La mayoría quería que se llamara Gustavo Mejía, después surgió la propuesta de que se llamara Movimiento Armado Quintín Lame, en honor a ese dirigente de luchas, que, inclusive, tuvo unos períodos de acción armada con piedras y escopetas, con eso se tomaron Inzá y Belalcázar. Y ese fue el nombre que elegimos, de una guerrilla que tuvo más renombre a nivel nacional que su verdadera capacidad militar.

Yo era del Estado Mayor, participé principalmente en las escuelas de formación política y en la planeación estratégica de acciones. En la dirección política nos reuníamos en un sitio aislado, en una montaña, y hacíamos los talleres: hablábamos de las luchas indígenas, de la defensa de la tierra, de la historia de Quintín Lame y





su defensa de las comunidades, de problemas latinoamericanos, y analizábamos cuestiones de otros sectores sociales. El objetivo nunca fue tomarse el poder, a pesar de que se participó en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, que organizaron las FARC. Para nosotros era claro que no íbamos por la toma del poder, sino en defensa de las organizaciones indígena y campesina y de otros sectores sociales.

La primera acción armada importante fue en 1985: la toma de Santander de Quilichao. Tocó hacerla en compañía del Ricardo Franco, una disidencia de la FARC que después hizo barbaridades. La dirigía José Fedor Rey, que había sido tesorero de las FARC y desertó con una plata. También estuvo Hernando Pizarro, el hermano de Carlos Pizarro, que fue el segundo. Ellos no mataron más indígenas porque la dirección del CRIC fue a hablar con ellos a salvar a los indígenas cuando estaban matando toda la gente. Los asesinatos del Ricardo Franco fueron fundamentalmente en Tacueyó y Caldoño, y fueron salvajes porque asesinaban a la gente a golpes. En todo caso con ellos se hizo esa toma de Santander.

La toma era una respuesta a los intentos de desalojo de la comunidad asentada en López Adentro. A partir de esto el Gobierno miró de otra manera la posibilidad de que los indígenas pudieran quedarse en López Adentro. A los cinco o seis días de estar ahí dañaron las carpas donde vivía la gente, y los cultivos; hubo hasta dos muertos. Después se hizo una negociación y pudimos volver y se constituyó López Adentro como uno de los baluartes importantes, sigue ahí, es un territorio grande que posteriormente se convirtió en resguardo. En pocas palabras el detonante fue López Adentro, lo de Santander fue una consecuencia. Más tomas no hubo porque casi toda la labor del Quintín fue persiguiendo a los sicarios. La desmovilización fue una demanda de las comunidades, en el sentido de que en ese momento ya el CRIC se veía comprometido con las cosas que hacía el movimiento armado.

Conflictos con las FARC

Al mismo tiempo que enfrentábamos al Gobierno, empezaron los problemas con las FARC. En general, el Sexto Frente siempre buscó tener el control sobre los territorios, pero como los cabildos no se dejaban, entonces había diferencias casi permanentes. En 1981 ejecutaron la masacre de Munchique Los Tigres, donde asesinaron a siete comuneros. Me escapé de vivirla, porque ocho días antes yo había estado allá reunido con los compañeros que mataron. A todos los que mataron las Farc los acusaron de cuatreritos y ladrones. Entonces en el Congreso en Toribío denunciarnos lo ocurrido ante unos milicianos que asistieron. Ellos también llevaban toda clase de denuncias contra el CRIC. A los milicianos les fue mal porque la gente no aceptó disculpas

La peor época de las relaciones con las Farc fue como en la segunda mitad de los 80 a pesar de que en el 84 se firmó el acuerdo de Bitongó. En el 85 me tocó





refugiarme unos días en Nariño, en casa de los familiares de Graciela, cuando me estaban buscando y yendo para allá oí la noticia de que en Jambaló habían matado a la compañera que compuso el himno del CRIC, Rosa Helena Toconás, y seis personas más. Ella se les enfrentó y les dijo que eran unos asesinos. A la mamá le tocó presenciar ese asesinato, y así hubo varios crímenes más de las FARC en Tierradentro.

Los que más nos combatían eran las tropas de Pablo Catatumbo, que era comandante del Frente Occidental. Ellos veían que el movimiento indígena se resistía a su dominio y esto se agravó cuando se juzgó a unos militantes de las FARC por el asesinato de unos guardias indígenas de Toribío. Los del cabildo los juzgaron y condenaron como a 30 o 40 años en la cárcel de San Isidro, en Popayán. Lo hicieron en una asamblea grande en Toribío en la que participaron también los cabildos de Tacueyó, San Francisco y otras partes. Los condenaron no por ser de las FARC, sino por asesinato. Catatumbo respondió con unos comunicados muy agresivos, que el único que tenía derecho de juzgar a sus compañeros era el Estado Mayor de las FARC, que el movimiento Indígena no tenía ningún derecho, decía.

A finales de los 80 hubo espacios de conversaciones con las FARC para lograr la paz en las comunidades. La principal relación fue en Tierradentro. En el año 86 el CRIC presentó una propuesta de paz que planteaba la salida de los grupos armados de la zona. Los de las FARC aceptaron la propuesta, pero la condicionaron a que también saliera el Ejército, cosa que evidentemente no pasó. La propuesta de paz consistía en tres puntos: Consenso social, plan de desarrollo, y desmilitarización de lado y lado. En el 88 o 89 Anatolio Querá, un dirigente indígena, intercedió por los compañeros de Tolima que querían hablar con las FARC para lograr apaciguar un poco el enfrentamiento, entonces fue un grupo grande a Casa Verde y habló con Jacobo Arenas y Marulanda. Estuvo Henry Caballero, que era de la dirección del CRIC, y yo lo acompañé.

Desde el encuentro de allá se distensionaron las relaciones porque se logró un acuerdo de que las FARC iban a respetar la cultura indígena, que no se iban a meter a molestar a los cabildos, y eso se cumplió como durante 10 años. También hubo el acuerdo de Bitongó, que fue en Tierradentro, donde el conflicto con las FARC también fue muy intenso. Se acordó que iban a respetar las comunidades indígenas. Esos acuerdos siempre sirvieron, pero no duraron tanto. Acercamientos hubo varios, pero llegaba el momento que ellos, especialmente Catatumbo, se plantaban en que esto era de ellos y punto.

Eso duró hasta el Acuerdo de Paz con Santos. Estaban celebrando el aniversario de la muerte de Alfonso Cano en Toribío y Tacueyó, y ponían papeles y avisos en todas partes y se les desmontaron algunos y ellos mataron dos guardias indígenas, eso fue como en 2014. Los capturaron, los juzgaron y los condenaron. A dos de los principales responsables los mandaron a San Isidro y ahí están todavía. Nosotros colaboramos bastante con el proceso de paz. Hicimos varias reuniones y





movilizaciones a favor del Acuerdo. Una reunión importante fue Villarrica, Cauca, participaron los gobernadores del suroccidente y varios alcaldes. Para eso tuvimos contactos con las FARC, con el mismo Miguel Pascuas. Miguel creo que representaba un sector como más moderado, abiertamente no nos hizo la guerra, Catatumbo sí.

Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, el camino a la desmovilización

Al mismo tiempo que el CRIC tenía serios conflictos con las FARC, el Quintín Lame se integró a los intentos de paz de los 80. Al principio, las FARC no habían querido participar de la Coordinadora Nacional Guerrillera, que se creó en 1984 y fue conformada por el M-19, el EPL, PRT, el Movimiento de Integración Revolucionario Patria Libre (MIR-PL), el ELN y el Comando Ricardo Franco. Por nosotros participó Luis Ángel Monroy en una reunión que se hizo en Medellín donde se habló de hacer la Coordinadora. La objeción de Las FARC era que participaba el Ricardo Franco.

Más adelante, en el 87, se conformó la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, donde sí participaron las FARC y todos los movimientos armados hasta que nos desmovilizamos. Funcionó Desde 1987 hasta mediados de la década de 1990. Después de la desmovilización del M-19, el Quintín Lame, el EPL, y el PRT, en 1991, sólo continuaron en la Coordinadora las FARC, el ELN y una facción del EPL, hasta que en 1994 cada grupo resolvió continuar la lucha armada por separado. Durante esta época fue la toma de Casa Verde. Hubo un grupo que no se desmovilizó.

En la Coordinadora teníamos más cercanía con el M-19 que con a las FARC y el ELN, pero incluso cuando el Eme se retiró de la coordinadora, seguimos asistiendo a las reuniones. Ya cuando el M-19 se desmovilizó en Santo Domingo, porque al tiempo estaba en las conversaciones con el Gobierno, tuvimos enfrentamientos fuertes con ellos, que habían sido nuestros amigos, porque estaban en el cuento de meter a todo el CRIC en esas mismas conversaciones.

Nuestra decisión de participar inicialmente en la Coordinadora Nacional Guerrillera, y después en la Coordinadora Simón Bolívar, era que no queríamos quedarnos solos en la represión. Queríamos la compañía de los demás grupos armados. Yo estuve en unas de las reuniones que se hicieron en La Uribe. Allí estuvieron el ELN y la dirección de las FARC. Henry Caballero asistió a la tercera o cuarta cumbre. A eso se llamaban cumbres. Las reuniones eran de coordinación de las distintas organizaciones.

En todo esto también estaba el Partido Revolucionario de los Trabajadores, que no era revolucionario y mucho menos de los trabajadores, pero tomaron ese nombre. Fueron buenos amigos nuestros. Incluso, tuvieron fuerza en Caloto, en el resguardo





de Huellas. Allá hubo un importante dirigente indígena, Moisés Acosta, a quien mataron los del octavo frente de las FARC.

El Eme ya se había desmovilizado, entonces el Quintín Lame, el EPL y el PRT nos reunimos varias veces y pusimos como condición para la desmovilización de estos grupos que se hiciera la Asamblea Constituyente. Tanto es así, que se tuvo participación en la Constituyente. El Eme fue por votación. A nosotros nos dieron dos representantes para el EPL y el Quintín y el PRT. Participamos, pero sin el voto. La razón principal de la desmovilización fue un mandato prácticamente del CRIC, es decir, de las comunidades en una reunión en Paniquitá, donde nos dijeron que le agradecían al CRIC todo lo que hizo de existencia para salvar a los dirigentes y comunidades, pero que en ese momento ya eran más los problemas que causaban. A la gente de la organización la estaban persiguiendo, le estaban achacando que tenía que ver con la guerrilla. Además, las comunidades consideraban que en ese momento ya tenían la capacidad de defenderse solas.

El Quintín Lame nada tuvo que ver con la organización de las comunidades. Los enemigos del CRIC, para desprestigiarlo, decían el Quintín era su brazo armado. No fue exactamente así, pero sí bastante parecido, es decir, los que éramos del estado Mayor del Quintín Lame no éramos miembros de la dirección del CRIC, aunque habíamos sido algunos de sus fundadores. Ese mandato de salirse de la Coordinadora, de salirse de la lucha armada, no fue por votación ni por aplauso general, sino que no hubo ninguna propuesta contraria. Fue una reunión de la parte civil del movimiento indígena. Los del Quintín Lame que estuvimos allá, pues simplemente escuchamos lo que la Asamblea decía. No hubo nadie que se opusiera.

Precisamente los desmovilizados del Quintín volvieron casi todos a sus comunidades y siguen actuando con el movimiento indígena y cumplen papeles dentro de sus cabildos en los programas del CRIC: salud, educación o producción. Algunos trabajaron con la Fundación Sol y Tierra, que surgió de la desmovilización del Quintín. Hubo varios proyectos que se hicieron con las comunidades, o sea que se siguió en contacto con la mayoría de las comunidades. Tengo entendido que eso no pasó con todos los grupos desmovilizados. En el caso del Quintín prácticamente la gente siguió en lo mismo, es decir, en la lucha política a favor de los derechos indígenas. Se menciona este movimiento armado como uno de los ejemplos positivos de una desmovilización.

Después de la desmovilización el Gobierno cumplió la mayoría de los acuerdos. En lo que no cumplió y no podía cumplir es en el control de la violencia. Es decir, la violencia seguía existiendo, pero no exclusivamente contra el Quintín. La violencia siguió y sigue. Pero en general la desmovilización fue positiva en educación, en salud; para los desmovilizados y para las comunidades hubo proyectos financiados por el Gobierno. A diferencia de otros movimientos que privilegiaron lo político, como el M-19, y se perdió la relación directa con los desmovilizados. En el caso del Quintín





el punto más importante de la desmovilización fue el apoyo a las comunidades donde tuvo presencia el movimiento. Por ejemplo, en Inzá se consiguieron una chiva y una casa para la Asociación Juan Tama. La Fundación Sol y Tierra ayudó a diligenciar eso y a organizar esas cosas, pues el Gobierno daba la plata y había que mirar cómo se construían las cosas. El papel que se jugó fue el de servir de canal para que estos servicios llegaran a la gente: educación con el bachillerato por la paz, lo de salud, y la asignación que duró como seis meses de un recurso mensual a cada uno de los desmovilizados.

A mí como persona del Quintín, posteriormente a la entrega no me generó ningún señalamiento o persecución por parte de la fuerza pública. Inclusive seguí funcionando como representante nacional del movimiento Quintín Lame y ahí estuvimos en varias cosas conjuntas con las otras fundaciones que se formaron tras la desmovilización para hacer seguimiento a los acuerdos. Yo era delegado por parte del Quintín, inclusive por unos años nos dieron algunos recursos a los cinco o seis delegados por cada movimiento. Estuve como delegado hasta que me tocó firmar con el ministro Fernando Londoño la terminación de sus compromisos con el Quintín Lame.

Asamblea Nacional Constituyente, el fin del movimiento armado indígena

En el contexto de final de los 80 y principio de los 90, nosotros habíamos estado en reuniones con el PRT y EPL y teníamos la decisión de dejar las armas si se convocaba a la Asamblea Constituyente en determinadas condiciones. Al fin los indígenas participaron en la Constituyente por votación. El día que llegamos nos ubicaron en un cuarto que tenía unos ventanales enormes. Recuerdo que alguien dijo que por favor tuviéramos cuidado de no ir a romper un vidrio, y no fue sino que dijeran eso para que yo me tropezara con la ventana y partí el vidrio. La gente se dio cuenta y empezaron a averiguar quién había sido, yo, muy apenado, no fui capaz de confesar mi responsabilidad.

El Quintín entregó las armas el 31 de mayo de 1991 y la Constituyente había comenzado en febrero, es decir, llegamos tarde. Antes de esa fecha se había enviado como delegado Alfonso Peña. Yo ingresé con él a la unidad legislativa y fuimos a la comisión de tierras, donde trabajé con la dirección de Orlando Fals, quien tenía una propuesta de ordenamiento territorial que incluía provincias, territorios, entidades territoriales Indígenas. Muchas veces hicimos fuerza para que se promulgara la ley orgánica de ordenamiento territorial, aunque al final la gente dijo que había mejores garantías en las entidades territoriales, y abandonamos eso.

El logro de la Constituyente para el CRIC fue una serie de derechos indígenas que se plasmaron en la Constitución. Quedaron derechos en lo cultural, entre otras cosas hablar y enseñar en su propia lengua, el reconocimiento a sus autoridades, el derecho a su sistema de justicia, a que las comunidades indígenas elijan su cabildo, y los derechos territoriales del resguardo.





En las elecciones de 1991, en octubre, Anatolio Quirá fue candidato a senador por la ASI, partido que tras la constituyente había quedado con personería jurídica. Anatolio quedó de tercero entre los indígenas y sólo había dos curules para el Senado. Pero tuvo más votación que otros candidatos por la lista normal, por lo que se alegó que debía entrar por la jurisdicción ordinaria. Se hizo una marcha de Santander a Cali, exigiendo la aceptación de Anatolio como senador. La marcha sólo llegó a Jamundí, porque habían aceptado la candidatura. De hecho, yo fui de la Unidad Legislativa de Anatolio entre el 91 y el 94.

Movilizaciones y Guardia indígena

Durante la década de los 90, el CRIC desarrollo una importante capacidad de movilización. Una de las grandes fue en el año 99, en el resguardo La María, en Piendamó. El movimiento indígena bloqueó la carretera. Ahí se aprobó el reconocimiento del CRIC como autoridad tradicional y salió el Decreto 982, que contenía un compromiso del gobierno nacional con el CRIC en lo que tenía que ver con tierras, programas de desarrollo, educación y salud. Eso ha debido cumplirlo el Gobierno en todos estos años, pero poco ha hecho. Aquí empezó una era de fortalecimiento organizativo y de consolidación de las capacidades para la movilización.

En 2001 se presentó la masacre del Naya, en la que los paramilitares, con ayuda del Ejército, atravesaron dos departamentos y mataron más de cien personas. La supuesta razón fue que las FARC habían pasado por allá con los secuestrados de la iglesia la María en Cali. Entonces los paras, al mando de HH, supusieron que los cabildos y las comunidades fueron cómplices de la guerrilla.

Lo que la gente sabe es que los paramilitares venían con instrucciones de la Tercera Brigada del Ejército que les estuvo organizando eso desde antes. También dicen que uno de los instigadores fue Mosquera Chaux, que era propietario de una gran hacienda cañera que quedaba en el camino de Santander hacia Timba. A los que no mataron tuvieron que salir desplazados. Inicialmente llegaron al municipio de Santander, allá estuvieron un buen rato en un grupo grande, otros se fueron a Timbío, donde consiguieron unas tierras que les dio el Gobierno y ahí formaron otro resguardo y otro cabildo, pero siguen en relación con sus tierras iniciales del Naya. La gente, así viva en Timbío, sigue yendo hacia el Naya, allá tienen sus cultivos de coca.

En 2004 se formó la Guardia Indígena. Primero especialmente en la zona norte de Cauca; ahí hubo exmilitantes del Quintín que ayudaron a organizarla y su función principal era ayudar a las comunidades en los casos de enfrentamientos armados entre Ejército y guerrilla. Llevaban a los indígenas a unas zonas de refugio mientras podían volver a la comunidad para evitar el abandono de sus tierras, atendían heridos y trasladaban a los hospitales. Y la Guardia Indígena se fue organizando poco a poco, creciendo.





La Guardia Indígena está a cargo directamente de los cabildos. Hay un representante ante el cabildo que hace las veces de comandante, aunque ese término no se utiliza. En medio la guerra, la guardia se hizo indispensable para las comunidades, y hasta tiene un papel de control político. En algún momento los conflictos con las FARC fueron gravísimos. La guardia estaba acabando con los laboratorios de coca que tenían esas guerrillas en la zona norte, por eso mataron al encargado de la Guardia Indígena de Jambaló, y ni así lograron intimidarla.

En el mismo 2004 se realizó “la minga indígena y popular”, en la que salieron como 60.000 indígenas. Se marchó contra la violencia y en apoyo a la Constitución del 91. La movilización salió de Santander de Quilichao a Cali y se hizo en tres etapas: la primera hasta Villarrica; la segunda etapa fue a Jamundí, en la cual se caminó tres días, y por último a Cali. Allá la recepción fue muy gratificante. Salieron a las calles a aplaudir, y nos quedamos en el coliseo. Allá se hizo una gran asamblea y vinieron indígenas de otros sectores; al día siguiente se hizo una especie de taller con participación de toda la gente. Fue, hasta ese momento, la marcha más grande.

La marcha coincidió con las acusaciones de malos manejos que le hicieron a la Asociación Indígena del Cauca, que es nuestro operador de salud no sólo en el Cauca sino en varias regiones indígenas del país, como La Guajira. Cuando llegaron los paramilitares a La Guajira, se lo tomaron la EPS, se robaron parte de eso y estaban acusando al gerente general, que era Alcibiades Escué, un importante dirigente de Cauca, de cooperar con esos malos manejos. Por eso capturaron a Alcibiades y se lo llevaron a Bogotá; cómo la minga todavía estaba en acción, una parte se fue para Bogotá para rescatar a Alcibiades y lo soltaron a los dos días.

Ya con ese ejemplo de que sí se podía, se empezaron a movilizar muchas comunidades del país. En 2006 fue la cumbre social que juntó a las principales organizaciones sociales. Nosotros hicimos la Cumbre ahí en La María, pero a nivel nacional fueron realmente muy pocos los que se movieron. Hubo unos en Nariño que salieron a bloquear la carretera en Taminango, en el límite entre Cauca y Nariño. A esa cumbre inclusive llegaron unos helicópteros, tanques de guerra, entraron a La María las tanquetas del Esmad. A mí me tocó con los del sector del Macizo, con los dirigentes del CIMA, y a Graciela se la llevó el Ejército para Piendamó.

En 2008 hubo una minga social y comunitaria dirigida por el CRIC. Nosotros fuimos los primeros que le movimos ese control absoluto que tuvo Uribe de las movilizaciones. En esa minga a Uribe le tocó ir a la María a enfrentarse con Aida Quilcué. Las comunidades caminaron primero hasta La María cuando los del resguardo caminaron hasta Cali. Cuando la gente nuestra se marchó, a los cinco minutos llegó Uribe a hablar con un megáfono desde un puente peatonal. Había una comisión de garantías de la que hicieron parte, entre otros, Pacho de Roux y Manuel Ramiro Muñoz.





Estaban reclamando lo de siempre, reivindicaciones del sistema de tierras, y temas sociales. Uribe se puso bravo en La María porque los indígenas no cantaron el Himno nacional y ellos respondieron que no habían respetado la bandera nasa. No hubo consenso y decidieron seguir hasta Bogotá. Esa vez se llegó a la Universidad Nacional de Bogotá, donde profes y estudiantes nos recibieron. Al final se firmaron unos acuerdos y en 2009 volvimos a revisar su cumplimiento en La María. Obviamente casi todo había sido incumplido, sólo había avances en el 10 % de lo pactado. Ese año fue una minga con menos participación y se desanimaron. Y así acabó el gobierno de Uribe.

Durante el gobierno de Santos también hubo movilizaciones. En 2013, cuando Santos dijo la famosa frase de “el tal paro no existe”, la minga recibió un apoyo urbano muy importante, se unieron los paperos, los camioneros, los cafeteros y terminó siendo una enorme movilización. El día que el Gobierno citó para la firma del Pacto Agrario, las organizaciones indígenas y campesinas estaban en la UNAL. Recuerdo que hubo un discurso vibrante de Piedad Córdoba y la gente no fue a donde el Gobierno. En los ocho años de gobierno hubo varias movilizaciones: 2014, 2016 y 2018. Con cada una de ellas la guardia fue ganando mayor visibilidad y reconocimiento, ya en 2019 y 2020 los recibimientos en Bogotá fueron apoteósicos. Con calle de honor por la 26, y se ha convertido en símbolo de la movilización social a nivel nacional y en una garantía para quienes protestan.

El balance del CRIC en estos cincuenta años es ampliamente positivo y si se ha venido ganando cosas a nivel nacional con la participación en el paro nacional y la de la Guardia Indígena que jugó un papel muy importante. Hoy en día la Guardia Indígena es una organización reconocida a nivel nacional, claro que ya no sólo en Cauca, pues hay guardias indígenas en casi todas las regiones del país. Bueno en eso mi papel fue mínimo, pero hay gente que era del Quintín que participó en las primeras etapas.

Cincuenta años del CRIC

El 2021 se cumplieron cincuenta años de la fundación del CRIC y me causa una gran satisfacción que sigue la línea que yo ayudé a construir bajo la premisa de que el poder no se toma, el poder se construye. Esto debe seguir así. Me acuerdo que los primeros días que volví, en marzo de 2020, ya con la pandemia, me reuní con el equipo político del CRIC y al final ellos me preguntaron si estaba de acuerdo con sus decisiones, porque yo poco hablé. Ahora hablo poco porque estoy de acuerdo con todo, siento que la organización sigue desarrollando la línea histórica que hemos defendido. Lo poco que puedo aportar lo hago, pero ya hay un grupo importante que está trabajando. En 2020, antes de la minga que llegó a Bogotá, nos hicieron un homenaje muy bonito a la dirección del CRIC. Fue emocionante sentir el aprecio y el agradecimiento a la labor nuestra. Ya en estos días considero que mi misión fundamental está hecha.





Se consiguió lo que se podía conseguir. El fortalecimiento de la organización de las comunidades indígenas de Cauca, y a partir de esto el mejoramiento de la vida de la gente. El autogobierno. En educación ha habido un desarrollo muy importante en el cual Graciela aportó mucho, como también lo hizo en salud, en comunicación y en el aspecto cultural. Es muy gratificante ver a la gente peleando por su identidad. Y en los últimos tiempos el movimiento indígena caucano se lanzó a hacer lazos con los otros sectores sociales. Esto sigue, como la minga misma, que pretende lograr un papel político. Esta apertura hacia distintos sectores es un logro en el cual yo tengo mucho que ver. Nos jugamos la vida, un papel importante defendiendo la tesis de que el movimiento indígena no es separado del movimiento campesino ni de ningún movimiento social.

En retrospectiva, mi aporte fue la construcción de un movimiento con esta característica: un movimiento social y político de resistencia al modelo económico. Se alojó en el lema del CRIC la visión del cambio, de buscar un país distinto, a partir de potenciar las posibilidades y capacidades propias. Hemos querido que el movimiento lleve lo de cada pueblo, cada cultura, cada región. Una visión amplia y diversa. Todo ha sido una visión conjunta donde no ha habido divisiones. Otro aporte muy importante es el carácter democrático del CRIC, que no es muy común en las organizaciones sociales, como en lo sindical, o en las organizaciones de estudiantes o maestros.

También hay cosas con las que no estoy muy de acuerdo, por ejemplo, en el distanciamiento con la ONIC. La creación de un CRIC nacional no me convence. Para mí no hay todavía las condiciones y sería mejor ayudar al fortalecimiento de otras organizaciones indígenas. Otro aporte mío importante fue no permitir que otras organizaciones o movimientos armados se tomaran el CRIC. Mantener la independencia y el espíritu democrático ha sido una de mis batallas personales.

La lucha contra el caudillismo me importó mucho. La defensa democrática del CRIC es la cosa que más me interesa, y creo que se ha logrado conservar hasta ahora. Nadie puede repetir cargos, nadie puede volverse el mandacallar de la organización. La participación hasta ahora es amplia. En el futuro no sé, porque ha habido ejemplos de cosas que terminaron en lo contrario de lo que las inició. No se puede confiar totalmente en los humanos.

Otra cosa es la correlación de fuerzas, esto es, que avanzamos paso por paso, según la fuerza del adversario. El logro es la existencia del CRIC, en todo, en política, en educación, en salud, la minga que fue producto del CRIC y ya la practican en otros grupos étnicos y campesinos. Se han recuperado como 80.000 hectáreas. Muchos dicen que es la única reforma agraria efectiva en Colombia. Tenemos justicia, gobierno propio y hasta senadores.

Uno de los aciertos del grupo inicial fue entender la importancia del cabildo, en momentos en que muchos cabildos estaban en contra de las luchas indígenas. Algo distintivo del CRIC fue basarse en los cabildos. En el CRIC no se ha dado





politización y corrupción. Hay compañeros que han tratado de tomarse la organización, como Marcos Avirama, Samuel Tungo y Jesús Piñacué, que pretendieron ser caudillos, pero no les funcionó. Hubo resistencia, ahí están, pero no han logrado volverse caudillos

En el aniversario cincuenta del CRIC repasé en mi cabeza toda esta historia personal y colectiva. Fue lindo sentir lo que hemos construido. Cada uno tuvo su participación en esta historia, y nosotros los viejos no éramos el centro de la conmemoración. Se nos hizo un reconocimiento a los como 120 mayores. La gente de las zonas nos decía: “Ustedes estuvieron ahí en tal época, ayudaron en esto, nos enseñaron esto”. Sentí un afecto auténtico. Nuestro truco fue caminar al lado de un proceso colectivo.

La verdad es que yo me siento satisfecho, creo que he hecho lo que he debido hacer. Lo que pasa es que en este momento ya mi posible contribución es mucho menor por razones de edad y de salud. Entonces pues yo sigo muy metido con el CRIC, asistiendo a reuniones, asistiendo a varias cosas, pero mi influencia es muchísimo menor que en otros tiempos. Ya ni se necesita. Veo cómo ha evolucionado, y estoy de acuerdo con todo lo que se ha hecho y lo que se está haciendo. Y he venido acompañando con participación importante en algunos casos sobre todo de orientación política. Pero mi influencia o mi responsabilidad ha venido disminuyendo poco a poco a medida que la organización crece, y hoy es mucho más grande de lo que yo quería que pasara.

Y lo digo porque aún hay riesgos en esa ampliación. El peligro más grande hoy es el narcotráfico, que tienen muy penetrado en Cauca. El CRIC no lo apoya, pero algunas comunidades sí están metidas en esto y eso a la larga puede desbaratar la organización. Es la principal preocupación que tengo. Hasta ahora no ha habido divisiones importantes, pero hay la posibilidad de que surjan.

Cultivos ilícitos, el gran reto del movimiento indígena

Para mí el problema principal hoy del CRIC son los cultivos ilícitos. Mientras eso no se logre controlar hay un riesgo enorme para el movimiento. Hemos propuesto hacer unos proyectos para cultivos alternos para que la gente realmente salga de eso, pero es un tema muy complicado y generador de violencia también. Hoy en día es el principal motivo de violencia y de ataques contra los compañeros en las distintas comunidades. Como la Guardia Indígena estaba al frente de no apoyar los cultivos ilícitos, entonces ha sufrido las consecuencias también: una cantidad de guardias han sido asesinados. Son sobre todo las disidencias de las FARC.

Veo estos grupos de supuestas disidencias de las FARC como organizaciones de narcotraficantes. Su pelea no es por un motivo político sino por el negocio, porque realmente sus actuaciones son principalmente contra quienes se oponen a los cultivos ilícitos. Y es que ahora en Cauca están los de la Nueva Marquetalia, la Jaime Martínez, la Dagoberto Ramos y, para rematar, están los de Sinaloa. La cosa





es preocupante porque varios de sus integrantes se vuelven militantes de los grupos armados y pues parece que inclusive hay algunos gobernadores comprometidos con eso. En esa medida va perdiendo fuerza la comunidad.

El narcotráfico le quita fuerza a la organización, y el poder se lo van tomando los jefes de las mafias. También se ha visto el aumento del mismo consumo de la cocaína. Una cosa es el mambeo propio de la cultura indígena, otra, que consuman cocaína. Y vienen pasando cosas. Cuando mataron a la dirigente de la Laguna Siberia, la compañera Sandra, hubo una reacción de la comunidad que erradicó los cultivos de coca y entonces personas de la Marcha Patriótica se pusieron bravísimas porque ellos defendían los cultivos de los indígenas y campesinos y hubo casi un enfrentamiento con el CRIC.

Los indígenas cultivan marihuana y se me parece a los tiempos en que hubo amapola, que en Cauca hubo mucha violencia, sobre todo en el sur: en Guachicono y Rioblanco mataban mucho. Al negociador de la amapola lo mataron a garrote porque fue el culpable de muchos asesinatos. Lo que acabó con la amapola fue la baja del precio, porque Afganistán y África la está cultivando. Uno de los principales dirigentes murió por la guerra de la amapola, se opuso y lo mataron.

Ahora, sí es muy preocupante que hay lazos con los carteles mexicanos. Gente de ellos alquila terrenos enormes y por el acento es que uno se da cuenta, hay formas de asesinatos que antes no había y que usan los carteles mexicanos. Han matado comuneros que están metidos en drogas y les dejan billetes, les dejan letreros. A la última autoridad que murió, de Corinto, le dejaron un letrero que decía “sapo no sé qué”. Los indígenas se vinculan al negocio alquilando su terreno para que los colonos siembren coca y marihuana, pero se pasan de la cantidad autorizada. La Guardia Indígena se tomó en serio la lucha contra los cultivos indígenas y les costó muchos muertos, hicieron una masacre las disidencias. Cuando cargan las avionetas son filas de carros, eso quien lo controla.

De Pablo para el futuro del CRIC

Yo espero que el CRIC mantenga la misma línea que ha seguido hasta ahora. Seguir yendo paso por paso en la construcción de la organización. Que no tratemos de dar saltos o cosas espectaculares. Hasta ahora la construcción del CRIC ha sido seria y juiciosa. Yo en eso siempre me fijé bastante y participé en algunas orientaciones de cómo lograr avanzar paso por paso, seguir siendo una organización democrática. Con relaciones horizontales entre las comunidades y otras organizaciones. El CRIC, a pesar de que tiene a veces mucha influencia, nunca ha tratado de tomarse la dirección de las cosas, el CRIC aparece, lidera, pero no excluye a ninguna de las otras organizaciones que participan y aportan.

Entonces a mí me parece que son cosas importantes que hay que continuar. Sólo hay que ver esas organizaciones sociales y políticas de la izquierda en esos agarrones violentos donde cada organización excomulga a la otra, habla mal de la





otra, que todos eran mamertos, que anarquistas, y así. El CRIC nunca se ha dejado llevar a pelea ideológica de las organizaciones alternativas. Creo que es un logro que hay que consolidar. Sí, porque no podemos excluir que en algún momento un compañero quiera lanzarse de gran caudillo, de ser el dirigente máximo del CRIC, pero no le va a quedar fácil porque las comunidades no están dispuestas a recibir órdenes. Eso hay que subrayarlo como cosa importante. Mantener el principio de que las comunidades tienen su autonomía, las asociaciones municipales también tienen su independencia.

Así que del legado estoy plenamente satisfecho y nunca he dicho que es un legado mío. Aunque a veces unos intentan darme más protagonismo del que he tenido, yo siempre les digo que yo participé, pero junto muchos otros, y que es un resultado colectivo. Yo nunca me he visto como un líder. Yo simplemente tenía la idea de echar para adelante, inicialmente con los campesinos, y trabajé en la medida que podía. Nunca pensé en ser dirigente, sino que así se dio. En ningún momento pretendí llegar a la dirección, porque siempre creí que la vanguardia no existía, ni para el proletariado, ni para el campesino, ni de las luchas sociales. Pienso que hice lo que debía hacer y que mi vida no fue en vano.





La lucha por la Tierra

Como la mayor parte de los indígenas en Cauca, de niño mi familia y yo existíamos en el terraje, recortando caña, mirando al patrón de ladito. En la comunidad había necesidades, sobre todo de tierra, pero yo era muchacho y mi mente no estaba ahí. A los 16 o 18 años comencé a observar personas distintas al resguardo que iban a conversar, a compartir lecturas. Llegaba el mayor Juan Antonio Pelechor, a pie limpio, sombrero de paja, ruana y un morral grande de cabuya. Con él venían Valentino Morales y alguna otra gente del resguardo como Valentino Aguilar. Mis tíos y mi mamá estaban dedicados a asistir a esas reuniones, que las hacían principalmente en la noche. De a poco comenzaron a llamar personas de las once veredas del resguardo y así fue trascurriendo el tiempo, reuniones, reuniones y más reuniones, hasta que terminaron haciendo asambleas grandes para entrar a lo de la tierra. En esas asambleas fuimos conociéndonos con los del resguardo vecino. Yo era joven pero avisado, y fui parando oreja.

Por allá en el 74 o 75 iniciamos las primeras recuperaciones de tierra de la zona. Entrábamos de noche, cortábamos los alambres y picábamos la tierra. Después de varias, ocurrió una espectacular. Una lucha por una finca muy grande que pertenecía a la arquidiócesis de Popayán, en Cobaló. Hicimos lo mismo de siempre, pero esa vez la represión nos agarró de sorpresa. Nosotros pensando que no iba a pasar nada, porque había mucha gente recuperando y como era de la Iglesia, los mayores decían que no había que tener miedo. Pues según lo que dice el cura en la misa, todo lo que produce la tierra es de los fieles, y nosotros éramos fieles y necesitábamos la tierra. Pero eso no ocurrió así. ¡Fue una lucha la berraca! Los trabajadores se oponían a nosotros, entonces se armó el barullo, los gritos, los jalones. En eso se llevaron a mucha gente en camiones, se llevaron hombres, mujeres, niños, echaron encima a los perros, las gallinas, todo. Y a la cárcel de Popayán fuimos a parar. Yo estaba asustado porque de cárceles no sabía nada, y para un indígena estar encerrado es duro. Pero en la cárcel conocimos al negro Luis Ángel Monroy, Moncho, quien después fue comandante quintinero. Él nos comentaba: “No tengan temor, la lucha por la tierra hay que seguir haciéndola, la estamos haciendo en Tierradentro, en el norte, y hay un equipo de trabajo importante. Nosotros los vamos a apoyar”. Ahí comencé a escuchar el nombre de Pablo Tattay, el de Graciela Bolaños; Gustavo Mejía; el cura Pedro León, y el de la esposa del finado Moncho Monroy.

Para ese tiempo, en el norte de Cauca, los compañeros estaban recuperando tierra con los campesinos, sólo que ellos hablaban de invasiones y los indígenas de recuperación, porque se tenía el soporte de que esa tierra era de los indígenas desde siempre y que se iba a recuperar. Claro que para llegar allá fue un





proceso, porque en esa época los indígenas teníamos la cabeza gacha. No sabíamos de derechos ni estábamos organizados. Pero poco a poco el proceso fue creciendo y nos fuimos formando con Gustavo Mejía, Pablo Tattay y Pedro León Rodríguez, un cura de Corinto que era muy formal con los indígenas. Cada misa que daba decía: “El indio tiene que levantar la cabeza, hay unas leyes, ¿por qué el indio está todavía en terraje?” En esas misas también hablaban Gustavo y Pablo Tattay, decían que el indio tenía que levantarse y organizarse. La mayor parte de la gente no entendía qué era un resguardo, qué era cabildo, qué era organización. Entonces los compañeros bregaban a hacer la misa y el taller, esa era la consigna. Y así fuimos levantando cabeza y organizando el movimiento indígena, que para ese entonces éramos puros terrajeros.

La ANUC orientaba, piquen la tierra, la recuperan y entra el INCORA y la compra, pero los socios tienen que pagarle al INCORA. Entonces montaban empresas comunitarias para ayudar a pagar la deuda. Pero hubo un momento en que la cosa tuvo que empezar a cambiar. Con la formación del CRIC, en el 71, la estrategia indígena decía: “Esta es mi camisa, me la quitaron hace tiempos, pero voy a recuperarla, yo no tengo por qué pagar mi camisa”. Es que al principio aceptamos la intervención del INCORA porque era un respaldo institucional, porque si no, nos mataban a los recuperadores. Pero eso fue antes de la firma del Pacto de Chicoral, por supuesto, porque ya después del 72 el INCORA se alejó del pueblo y se puso a favor de los terratenientes. Nosotros en esa época no teníamos apoyo de nadie, ni de los cabildos ni de nadie, porque no existía la chonta. Antes los mismos indígenas nos señalaban, decían que éramos comunistas porque el Partido Comunista tenía presencia en la zona y se comenzaba a oír de la JUCO. El pecado más grande era la palabra de Cuba, y ni hablar de Fidel Castro. Me acuerdo de que algunos cargaban la bandera roja y hablaban de China y de los marxistas-leninistas. También circulaban cartillas de Fensuagro que hablaban de las luchas sindicales. Pero había mucha división y peleábamos entre nosotros. Mientras algunos nos tildaban de comunistas, los del partido nos hacían a un lado porque no nos dejábamos mandar.

En el 73 se hizo el tercer Congreso en Silvia, que casi no se logra porque el Gobierno estaba retrechero. Pero lo hicimos y fue una asamblea grandotota, con gentes de todas partes, hasta de afuera de Colombia. Se oía hablar en muchas lenguas y había harta fuerza. Ahí el Gobierno se dio cuenta de que el indio se había organizado, de que tenía su programa, su plataforma política, que eran los siete puntos, dos de los cuales eran: el no pago del terraje y la recuperación de tierras de los resguardos. Ya la cosa venía caliente con el Estado y con la Iglesia, pero con el Congreso se puso peor. Nosotros, por un lado, con la necesidad de fortalecer los cabildos en todas partes, que era una de las tareas que estaban a cargo de Pablo Tattay y Gustavo Mejía. Y por el otro, con la necesidad de defendernos. Porque la forma del Gobierno era hacer la represión cada día más fuerte y acabar con los líderes, exterminarlos. Eso lo hacían a través de los “pájaros”, que los traían los terratenientes. Ellos fueron los que asesinaron a Gustavo en el 74, un golpe muy duro para el movimiento indígena. Detrás de Gustavo mataron otros líderes indígenas, sobre todo en el norte. Entonces nosotros comenzamos también a





organizarnos, a formar autodefensas para defender a los recuperadores y las recuperaciones. Era un trabajo muy clandestino. Formábamos grupos pequeños con compañeros armados y nos poníamos en un palo a hacer la guardia, a defender a la comunidad que estaba haciendo las recuperaciones de tierra.

En esa lucha fuimos caminando meramente para fortalecer los cabildos y seguir con el proceso de recuperación. Con el programa de los siete puntos y las escuelas de formación política, los indígenas fuimos ganando conciencia de lo que significaban los resguardos y la gravedad de las invasiones de terratenientes y colonos. Había muchas amenazas y asesinatos, por lo que se empezaron a formar grupos de autodefensas en las diferentes zonas. En Huellas, Caloto, San Francisco y Paniquitá había reuniones de orientación política para todos los grupos. Paniquitá era la cuna de reuniones, de construcciones. Esa era la casa nuestra. La mayoría de los compañeros de ese tiempo ya no están; algunos están muertos, otros se fueron a otra tierra. Por esa época se formaron los cabildos de Canoas, los Tigres, Delicias y Huellas, siempre con el taller político gremial. Cuando se oía: tal fecha hay un taller político gremial, aparecía Pablo y era el maestro de nosotros, mucha gente fue la que formó ese señor.

Pero mientras más nos organizábamos, más jodida se ponía la cosa. ¡Llegó cruel la violencia contra la organización indígena! ¡Las torturas que hacía el Gobierno eran horribles! Entonces, ya tuvimos que andar de noche. Los Aviramas, Pablo y otros compañeros que orientaban tuvieron que migrar hacia las montañas. Pablo estuvo un poco de tiempo allá en Canoas, y Libiecita era pequeña, lo mismo que Pablito. Yo también estaba joven y mi mamá y mis tíos me mandaban a llevarle el almuerzo a Pablo. Yo pasaba detrás de las matas y eso estaba en un silencio de esos de miedo, buscaba a ver dónde estaba Pablo, y siempre me lo encontraba leyendo entre una mata de monte. Aprendí a andar pasito, a buscar la noche y a no tener miedo de los muertos. Para el temor estaban los vivos, los pájaros a sueldo que querían acabar con nosotros.

Durante dos años hicimos miles de reuniones sobre los derechos de la tierra. En ese proceso se generaron tres espacios: había una gente que estaba en la puerta, en los linderos de la finca, para echar ojo. A esos les llamaban centinelas y estaban para cuidar la gente que llegaba a picar la tierra, que era el segundo espacio. Se picaba de noche, entre las 3 y las 5 de la mañana, ya con el sol salíamos. Picábamos para marcar territorio y mostrar la necesidad. Inicialmente era picar e irnos, hasta que un día Trino Morales y Édgar Londoño orientaron que no se podía seguir picando y escondiéndose. Dijeron: “Esa era la estrategia de antes, pero ahora tenemos que dar la cara. Salgamos en comunidad, que si nos van a llevar que nos lleven a todos”. Esa fue una orientación muy bonita porque recogía muy bien lo que somos como movimiento indígena. Cuando llegaba gente distinta de la comunidad y preguntaba quién era el gobernador, quién era el líder del movimiento, nosotros respondíamos: la comunidad. Y era verdad. Hasta ahora, en lo indígena no ha habido caudillo. Estos movimientos son como Francia, son rebeldes, son difíciles de mandar, y el que quiere presentarse como caudillo, lo bajan.





El tercer espacio ya era la negociación. En ese momento el CRIC no tenía abogados, era subversivo, *robotierras*. Nos colaboraban, eso sí, alguna gente del Valle, Antioquia y Bogotá. Había una fundación, FUNCOL, que dirigía Adolfo Triana. Ellos fueron los que terminaron apoyándonos para sacar a mucha gente de la cárcel, porque hubo un momento en que en todas partes teníamos detenidos.

Para las recuperaciones también se utilizó la mano prestada. Los de acá iban a ayudar a los de allá, y luego se devolvía la ayuda. Nosotros íbamos a recuperar las fincas de otro sector, porque los vecinos del terrateniente no podían entrar a sacar al mayordomo y luego vivir ahí. Tenía que ser de otra parte. Entonces el método que usamos fue el mismo con el que hemos trabajado siempre, la mano prestada. Llegábamos a pie como a las 2 de la mañana, saltábamos la cerca y nos poníamos a picar la tierra; al otro día volvíamos a sembrar la yuca, el plátano, y así íbamos ocupando la tierra con gente y vida.

Cuando había mayordomo, normalmente los de la otra zona iban y le hablaban, le decían que estábamos recuperando los resguardos, se le explicaba que nosotros teníamos unos derechos, que nos defendía la Ley 89 por ser territorio de resguardo. Les explicábamos que el terrateniente no era propietario y que él, el mayordomo, no era más que un trabajador a sueldo. Lo primero, le pedíamos que se fuera y le ayudábamos a sacar las camas y a coger el caballo, las vacas, lo que tuviera. Si se oponía, la misma gente cargaba todo lo que encontraba y lo ponía afuera de la finca.

Por los años 80 ocurrió una recuperación que duramos mucho tiempo en liberar. El dueño de la finca se enchipó y se fue a vivir a la tierra, el mayordomo salió y quedó la gente en la finca y el dueño en la casa. Al principio nos hicimos en la casa del mayordomo, pero después nos salimos y empezamos a rondarlo. Nosotros nos tapábamos la cara, pero andaba gente siguiéndonos para ver quiénes éramos y así aventarnos a los pájaros y evitar que siguiéramos en las recuperaciones. Pero se vino la destorcida de los terratenientes. Nos cortaban los cercos, nos tumbaban los ranchos, nos quemaban lo que habíamos hecho y nos metían el ganado a las huertas.

La gente se estaba desanimando porque ya habían apresado a muchos compañeros y los tenían en la cárcel de San Isidro. Entonces nos craneamos una estrategia para un fin de año que consistía en tumbar la casa del terrateniente. Tocaba así porque si dejábamos que se afincara, nos iban a seguir capturando gente y desmotivando al movimiento. Entonces, en la fiesta del 31 de diciembre, los emborrachamos desde las 3 de la tarde y juntamos como a cuarenta personas para ir a tumbar la casa. En esa conocimos a Anatolio Quirán, un sindicalista indígena que llegó a ser gobernador, pero a los pocos días lo cogieron con otra gente y los llevaron a San Isidro. El gobernador suplente, Alfredo Barrios —que lo mató el Ejército—, pasó a ser gobernador principal y yo, que era capitán del cabildo, subí a ser alcalde mayor.

El movimiento indígena siguió haciendo fuerza en el sentido de que no se debían pagar ni los terrajes ni las tierras. Por eso se empezaron a buscar los títulos coloniales de los resguardos, que de alguna manera nos daban la razón. La gente





casi siempre luchaba en tierra que tenía títulos de resguardo. Desde el principio fue importante lo de tener derechos: no se roba tierras, se recuperan. Todo el mundo llevaba la cartilla sobre la legislación indígena, allí estaba explicada la Ley 89 de 1890. Pero en el año 81 sucedió una cosa terrible. Los señores de las FARC mataron siete indígenas en los Tigres. La Unión Patriótica se estaba creciendo como espuma. Presionaban a la gente para hacer parte de la revolución y hasta obligaban a comprar el periódico *Voz Proletaria*. Leyera o no, tenía que comprarlo. Los comunistas decían que así el indio iba entendiendo qué era ser revolucionario. La gente se iba sumando más por presión que por convencimiento. Entonces hicimos una escuela grandísima, de más o menos noventa compañeros. Los mayores dijeron: “¿Ustedes qué piensan, van a seguir con esa bandera roja y el martillo a la espalda? Porque ustedes están dejando la cultura nuestra y están remedando la cultura que no es nuestra”. Fueron tres días de conversa y nosotros todos locos, no sabíamos qué hacer. Hasta que después de tres días con sus tres noches dijimos: “Merecemos hasta una fuetera porque estamos cambiando la mentalidad. Ahora hablamos de China, leemos libros como los de Ho Chi Minh, aunque no sabemos ni dónde queda Moscú, pero no miramos la madre tierra que nos da de comer”.

Ese día, después de la reunión, botamos todo, quemamos libros y banderas rojas. Y llegó el castigo que nos dio la revolución, que fue matar a los siete compañeros. Cuando asesinaron a esos compañeros se cayó totalmente la organización de ellos, porque ya el indígena dijo: “No más, hasta aquí llegamos”. Con la masacre de los Tigres se acabó nuestra militancia comunista y se abrió una herida incurable con las FARC.

A eso se sumó la aparición del Ricardo Franco en las comunidades de la cordillera. Ellos mataron muchos líderes indígenas. Entonces nos tocó apretar y fortalecer el brazo armado. Ya no sólo teníamos que defendernos de los terratenientes, los pájaros a sueldo, el Gobierno, la Iglesia, sino que se sumó el Ricardo Franco y las FARC. Los comunistas decían: “Usted se nos salió del PC, así que muere”. El Estado, indio robatierra. La Iglesia, indios infieles. La vaina se puso muy dura, muerte aquí, muerte allá, muerte por todos lados. Así es que apareció Luis Ángel Monroy en San Francisco y dijo: “No nos matemnos entre nosotros y no dejemos que nos maten los otros. Organicémonos”.

En las negociaciones que vinieron después comenzó mi relación más fuerte con Pablo Tattay. También con Édgar Londoño y Chucho Avirama. Era 1983. Por esos días ellos tenían de gancho el mecanismo de formar cuadros organizativos a través del programa *Tractores*, en el que le enseñaban a la gente a manejar maquinaria. Ellos le propusieron al grupo de trabajo que venía mirando lo de las tierras que prestaran unos tres muchachos de cada cabildo para que formaran parte de la capacitación política del CRIC y la formación en el manejo de maquinaria. Ya por esos días se entraba a trabajar en las Delicias y el norte de Cauca, con la gente de López Adentro. Como esas eran tierras planas de una hacienda grandísima, se necesitaba gente que manejara los tractores. Entonces recogieron gente de todas las zonas, más o menos salieron unos veinte compañeros jóvenes. Se había hecho un acuerdo con el Sena para eso del manejo de los tractores. Para la parte política





organizativa, los que nos daban los talleres eran Pablo, Édgar y Moncho. Había sesiones en la mañana y en la tarde.

La formación del Quintín

Para el movimiento indígena, la conquista de la tierra plana se volvió una bandera que marcó el impulso que traíamos los indígenas. Cuando la gente se bajó a López Adentro fue un golpe para los terratenientes porque nunca pensaron que íbamos a ser capaces de bajarnos al plan. Entonces los hacendados soltaron la represión con mucha sevicia. Una represión muy dura.

En el primer desalojo la policía mató como a tres o cuatro indígenas. Luego se fueron y nosotros volvimos a empujar con el dolor de nuestros muertos. Pero la cosa no paró ahí y en el 84 regresaron a desalojar López Adentro. Fue un día viernes 9 de noviembre, que recuerdo cruel, y el día sábado mataron al padre Álvaro. Lo hicieron premeditadamente. Ellos le echaron la culpa al padre Álvaro porque en las misas, como también lo hacía Pedro León Rodríguez, hablaba de la tierra de los indígenas, de derechos, de cultura, de esas cosas que los terratenientes no les gustaba que hablaran los indígenas, y menos en misa. Entonces lo asesinaron. Pero nosotros no podíamos aflojar, al contrario. La idea no era asentarnos solamente en López, sino en toda el área. Se luchó en el Fílamo y ganamos una hacienda grandísima, en la vereda el Rodito, que fue una de las primeras recuperaciones, y también en Vista Hermosa. Todas esas veredas componen el resguardo que se declaró en el 84.

Pero tras la muerte del padre Álvaro, los viejos se llenaron de miedo. Me acuerdo de las palabras de mi papá: “Nos van a matar a todos”, dijo, y se cogía la cara de purita preocupación. Por eso yo siempre que me preguntan que cómo me vinculé al Quintín, respondo: No es que yo me haya vinculado, no, sino que papá me dijo, “Váyase, mijo, porque nos van a matar a todos”, y me dio un par de boticas y una maletica. Mi mamá lloraba para que no me fuera, y mi papá decía que tenía que irme para salvar la vida. Nos mataban compañeros de Tacueyó, de Toribío, de San Francisco, y así. El finado Moncho decía: “¿Hasta cuándo nos vamos a dejar matar?” Así fue como la gente, cansada de que el Gobierno nos siguiera matando, buscó protegerse y en el año 1984 se creó el Movimiento armado Quintín Lame.

Se hizo una escuela político-militar en el resguardo de San Francisco. Allá fue donde se hizo una relación directa con el Ricardo Franco y con los del “Eme” que también participaron de esa reunión. En ese proceso conocimos a Pizarro, a Álvaro Fayad, a Navarro y a Iván Marino. Porque el Eme acompañó al Quintín para hacerse respetar. No sólo del Gobierno, sino de las FARC. Es cierto que las FARC hablaban de apoyar a la clase pobre, pero en la práctica veíamos que no nos respetaban, había diálogos con ellos y a los ocho días estaban matando a los compañeros. Gracias al M-19 el Quintín se fortaleció. Ellos nos dieron entrenamiento e inclusive nos dieron armas. Nos paraban en fila, nos enseñaban a hacer ejercicio, a manejar armas. De lo político se encargaban los compañeros del CRIC. Siempre se dijo que nunca se iba a hablar de la toma del poder, sino de la construcción del poder. En esas, aparecieron dos carabinas M1 de las que se robó el M-19 del Cantón Norte. Nos enseñaron a manejarlas y a hacer puesto de guardia. Ya iba la vaina como





tomando forma, pero nosotros no sabíamos forma de qué, y menos pensábamos que sería algo tan grande. O sea, ya había algo que estaba bullendo, pero nosotros no lo entendíamos en su verdadera dimensión.

Llegábamos a la escuela, que queda al frente de lo que hoy se llama Loma Redonda, y ahí el Ejército tenía un grupo de paramilitares. Nosotros los mirábamos desde el otro lado, y se decía: Estos tipos son capaces de aparecer esta noche boleando bala, entonces hay que estar preparados. Y nos corría un miedo mezclado con rabia que nos mantenía despiertos la noche entera.

Para salir a la luz pública la gente se preguntaba cómo nos íbamos a llamar: unos propusieron que Benjamín Ulcué, otros que Álvaro Ulcué. Había muchos nombres y no nos poníamos de acuerdo. Entonces dijeron Quintín Lame, porque la historia cuenta que él era político, pero también militar. Quintín organizó su quintinada, como se le llamaba, y se tomaron Paniquitá. Así que se llamó Quintín Lame, porque nosotros éramos políticos y también militares. Y entonces planeamos nuestra primera arremetida. Se habló de la toma de Silvia o de Piendamó, hasta que se decidió que era Santander.

El 4 de enero, cuando todo el mundo seguía celebrando la bienvenida del año 85, nos tomamos Santander. ¡Fue una sorpresa la berraca! La consigna que pintamos en las paredes era: “López Adentro, tierra indígena o tierra de nadie”. También escribimos: “Movimiento Indígena Quintín Lame”. Eso nos sirvió porque empezó a correr la bola. En muchas zonas donde apenas estábamos empezando la recuperación de tierras, los mayordomos huyeron porque decían, “ahora llegan los indios armados”. Y era verdad, nosotros ya estábamos calienticos y echando bala.

En el proceso de las recuperaciones, a nosotros como quintines nos tocaba que guardar, siempre clandestinos, tanto que ni siquiera la comunidad sabía. Porque esa era la estrategia, no decirle a la comunidad que el Quintín lo estaba acompañando. Al Quintín lo apoyaron mucho. Éramos bien recibidos en cualquier parte. Donde llegábamos nos sobraba comida, hasta gallinas nos regalaban. Ese era el aprecio que la comunidad tenía.

Nosotros como guerrilla tuvimos la oportunidad de estar en Casa Verde dos veces negociando: pasábamos quince días hablando, quince días arreglando la situación de este país y oyendo las locuras de Jacobo Arenas, que decía que en ocho años se tomaban el poder, que en ocho años él tendría la hamaca guindada en el capitolio nacional. Ahí estaba Fabián Ramírez y la plana mayor. Nosotros salíamos como al descanso y Pizarro decía: “¡Esos viejos están locos!” Los del ELN y las FARC se juntaban porque eran las organizaciones más grandes y entonces los del Eme y el Quintín nos juntábamos para hacerles nuestras propuestas, ¡eso era una locura! Se hizo un documento que nosotros dijimos que no lo firmábamos porque la posición era que fuéramos en un solo costal. Nosotros les decíamos que Colombia era multiétnico, es decir, tiene diferentes etnias y culturas. Los quintines decíamos: “Nosotros somos indios, tenemos nuestros cabildos”. Pero Jacobo, que era el más radical, insistía: “Todos en el mismo costal porque todos somos colombianos”. Entonces el que mediaba era Alfonso Cano, que era más profesional, antropólogo,





tranquilo, y se armaba una pelea entre ellos. Al final no firmamos ese documento. Pizarro sí lo firmó.

Antes de irnos a Casa Verde nos reuníamos para que Pablo, que le decían el comandante Braulio, nos orientara. Él nos decía: “No se vayan a dejar amarrar de ellos”. Cuando llegábamos, nos reuníamos otra vez con Pablo, los Avirama y los viejos, y siempre nos preguntaban que cómo nos había ido, y nosotros les contábamos la güevonada de la toma del poder en ocho años, y nos tirábamos a reír.

Hubo un momento en que quisimos crecer. Unos compañeros arrancaron para la costa, otros para Chocó, y algunos al Putumayo. Pero después nos dio miedo crecer mucho porque no estábamos en capacidad, de pronto sí militarmente, pero se nos salía de las manos en términos políticos. Hubo gente en Putumayo que nos decía: “Ustedes están sin plata, aquí está la coca, eso da mucho para financiar la guerra”. Pero nosotros no aceptamos, siempre hemos estado en contra del narcotráfico, porque si aceptábamos nos íbamos a convertir en una mula del narco, como les pasó a las FARC. Incluso el M-19 intentó no meterse en eso. La voluntad la pusimos todos, porque la plata estaba ahí y la necesidad también. Pero nos dimos cuenta del riesgo y de una vez mandamos a recoger a la gente que estaba en Putumayo. Si no hubiera pasado lo que está pasando con las disidencias, y es que termina ocurriendo que primero es el narcotráfico y luego los ideales.

La política de los indígenas, armados y desarmados, nunca fue la toma del poder. Ni en los catorce años que se estuvo en la clandestinidad, ni el tiempo que vino después del 91 como Movimiento Indígena Quintín Lame. Se cometieron errores, claro que sí, pero no fueron por ambición de poder, fueron los errores que se comenten cuando se usan las armas.

La dejación de armas

El 31 de mayo de 1991 dejamos las armas en Pueblo Nuevo. Despuesito de eso fue la masacre del Nilo, y nosotros decíamos, si hubiera estado el Quintín no habría pasado esto. Pero había una orden de las mismas comunidades y autoridades de que había que entregar las armas, que ya no podíamos seguir armados. Llegó la hora de que el proceso indígena, la lucha del CRIC, siguiera fortaleciéndose netamente desde lo político. Entonces entregamos las armas y volvimos a las comunidades a seguir apoyando políticamente. Gracias a la formación que tuvimos en el Quintín, la mayoría de los compañeros hemos sido gobernadores, alcaldes, líderes y miembros de la Guardia Indígena.

Esas fueron nuestras luchas, las de quienes de jóvenes defendimos la tierra y el movimiento indígena. Hoy ya estamos viejos, muchos ya muertos, pero no olvidamos. Yo les digo a los niños: No hay que olvidar los que dejaron el rastro y la memoria. La historia no se puede perder, hay que mantenerla. Hoy, mucha de esa tierra que liberamos la ocupan los narcotraficantes y los disidentes que matan al mismo indio. Pero mientras tengamos viva la memoria, seguiremos peleando por lo que nos costó tanto sufrimiento.





Los caminos hacia el Cric

I

Por distintas vías todos fuimos llegando. Éramos aquellos que sin ser indígenas nos fuimos acercando a los que vivían en Cauca y que por siglos los terratenientes y la burguesía habían explotado y quitado las tierras que les había reconocido la Corona. Llegamos, nos conocimos y nos pusimos a trabajar para que los indígenas recuperaran su tierra. Pero esto no nos sucedió de un momento a otro. Para llegar a Cauca tuvimos que recorrer un camino, escoger una vida que no fue otra cosa que luchar por aquello que estaba tan de boga en los años 60, la tierra para quien la trabaja.

Cada uno de nosotros, no importa donde hubiéramos nacido, donde hubiéramos estudiado, o qué hubiéramos estudiado, en un momento de nuestras vidas nos habíamos dedicado a trabajar por hacer realidad la reforma agraria, que el liberal Carlos Lleras Restrepo se había propuesto en su gobierno. Tal vez porque cuando éramos estudiantes, unos de la Nacional de Medellín, otros de la Universidad de Antioquia y algunos de la Universidad Nacional de Bogotá, habíamos sido formados o al menos tocados por el movimiento estudiantil que fue tan fuerte en los años 60 y 70. Bien sea influidos por la revolución cubana, por la revolución soviética o la china, el movimiento estudiantil corría detrás de una de estas utopías. Algunos compañeros militaban en la Juventud Comunista o en las FARC, otros en el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), en el Partido Comunista Marxista Leninista o en el Ejército Popular de Liberación (EPL) prochinos, y muchos en el Ejército de Liberación Nacional (ELN) procubano, como decíamos en esa época. Cada grupo tiraba para un lado, porque no eran movimientos que hubieran surgido para apoyar las luchas nuestras, sino que cada uno dependía de lo que dijeran los países que habían hecho su revolución comunista. También había otros como Pablo Tattay, Édgar Londoño, Alejandro, o muchos otros de los que colaboraron con el CRIC, que no nos dejamos convencer para militar en alguno de esos partidos o movimientos guerrilleros, pero que comulgamos con muchas de las luchas de la izquierda.

Me encontré con Pablo a principios de los 60, cuando estudiábamos en la Universidad Nacional y él organizó unos grupos de estudio cuyo objetivo no era crear un partido o afiliarnos a algunos de los existentes, sino tener claridad sobre los hechos que estaban aconteciendo y reforzar el trabajo con el campesinado, que era lo que en realidad queríamos hacer. Cada semana alguien exponía un libro de economía, filosofía o de política. Uno de los expositores fue Héctor Abad Gómez, que era muy cercano a nuestros grupos y que después, por su compromiso con la defensa de los derechos humanos, fue asesinado en Medellín, junto con Leonardo Betancourt, dirigente de izquierda, también defensor de los derechos humanos y miembro de nuestros grupos de estudio.

Uno de estos grupos fue el de Equipos Universitarios, de inspiración cristiana, dirigido por unos curas bastante progresistas, algunos de los cuales pertenecieron





a Golconda, movimiento de sacerdotes con un fuerte compromiso por las causas sociales, militantes de la teoría de la liberación. El movimiento Golconda fue perseguido con saña por monseñor López Trujillo, que pertenecía a la extrema derecha del conservatismo y cuyo deleite era perseguir a estos curas o a cualquier movimiento que le oliera a comunismo. Fuimos muy amigos de dos de sus principales representantes en Colombia, monseñor Valencia Cano y René García, que posteriormente sería otro de los curas que ingresarían a la guerrilla del ELN. La principal enseñanza de Golconda para nosotros fue: “Ver, juzgar, actuar”, un lineamiento que utilizamos de ahí en adelante en todos los procesos sociales en los que participamos.

Pablo empezó a organizar los campamentos universitarios en la Universidad Nacional de Medellín, apoyado por los curas, y a los que posteriormente se unieron la Universidad de Antioquia e incluso la Bolivariana. En vacaciones, algunos estudiantes nos juntábamos y nos íbamos al campo, en general cerquita a Medellín, a trabajar hombro a hombro con los campesinos en los proyectos que estuvieran desarrollando, por ejemplo, construcción de caminos o de escuelas. Cuando estábamos de buenas nos acompañaban algunos profesores. Esa fue la forma como muchos estudiantes nos fuimos acercando a la realidad campesina y a la izquierda estudiantil. Tengo que decir con franqueza que nunca nos acompañó la idea de formar una organización política, y menos un partido, sino más bien la de dar una formación política a los sectores académicos y al campesinado. A pesar de que esta idea fue craneada por los curas en los campamentos, nunca estuvo ese componente religioso.

Saliendo de los campamentos volvíamos a Medellín con la espinita que tanto nos mortificaba: a pesar de todas las lecturas y grupos de estudio, nada sabíamos del campesinado. Por eso mismo nos dimos a estudiar a sociólogos colombianos o latinoamericanos que hubieran escrito sobre ellos. Uno de los teóricos que más nos orientaron fue Fals Borda. Me acuerdo el de la violencia en Colombia y el del campesinado en Boyacá.

Como ya dije, estábamos en los años 60, la época en que apareció Camilo Torres y el Frente Unido, que estaba compuesto por todos los movimientos y partidos de izquierda que existían en ese momento en Colombia que llamábamos no alineados. Los de nuestro grupo no nos perdíamos ninguna de las grandes reuniones y asambleas que hacía Camilo Torres en Medellín y distribuíamos el periódico *Frente Unido*.

Nos impactó mucho la muerte de Camilo, y aunque éramos cercanos al movimiento, fue en ese momento cuando nos enteramos de que él se había subido al monte a guerrear con el ELN. Formado previamente en Cuba, participó en dos acciones militares importantes: la toma de Simacota y la de un tren en el Magdalena medio. La muerte de Camilo fue una especie de trampolín para que muchos jóvenes universitarios se fueran pal monte, entre ellos Hermidas Ruiz y Jaime Arenas Reyes, quienes pertenecían a la dirección del Frente Unido y posteriormente fueron asesinados por órdenes de Fabio Vásquez, su comandante. La muerte de Camilo se llevó también el movimiento del Frente Unido, que había logrado calar con mucha





fuerza. Toda la organización de los comandos camilistas, base de su movimiento, se evaporó el mismo día de su muerte.

Algunos de los compañeros de la Nacional y otros de la de Antioquia se fueron a París a completar su formación política, en tanto que en esa época la universidad francesa era para nosotros el tipo ideal de la formación revolucionaria. Ese fue el caso de Pablo Tattay, quien presenció Mayo del 68, lo que fortaleció su rebeldía.

A mí no me llamó París, ni me picó el mosco de la guerrillerada, tampoco quise pegarme a los movimientos existentes como un metal a un imán. Seguí buscando mi camino. Por esos tiempos conocí a Édgar Londoño, maestro de profesión, graduado en la Normal de Medellín y que ya estudiando medicina en la Universidad de Antioquia se metió de lleno en el movimiento estudiantil. Édgar estaba en la Universidad cuando Camilo Torres fue a dar una charla y dijo que la juventud debería dejar de estudiar y salir a las calles y a los campos para hacer la revolución. Que ya habría tiempo de estudiar cuando se hubieran tomado el poder. Esto caló hasta el fondo y muchos estudiantes, entre ellos Édgar, se retiraron de la universidad para salir a trabajar con los campesinos o con el movimiento obrero. Dio la casualidad de que el Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA), sacó una convocatoria en el año de 1968 para trabajar como divulgadores y promotores de la reforma agraria, trabajo que a Édgar le cambió la vida y lo llevó directamente a conocerse con Pablo en Cauca.

En el INCORA escogieron setenta jóvenes, la mayoría –hay que decirlo– hombres, que recibieron cursos sobre la reforma agraria con profesores como Estanislao Zuleta, Humberto Molina y Alfredo Molano, todos de izquierda. Estos maestros les dieron una formación amplia y crítica que les ayudó a entrar a las regiones a fortalecer el proceso de organización campesina, que era la idea de Lleras. Muchos de ellos, además, participaron en los distintos grupos que se formaron para estudiar *El Capital* de Marx, ya sea con el profesor Llanos, con Molina, o con el mismo Estanislao Zuleta.

Nadie se explicaba cómo una institución del Estado reclutó setenta promotores, así como muchos de sus profesionales, todos de izquierda. Fue tan impactante, que decíamos: “¡La revolución se tomó el Incora!” Por supuesto que esto fue un proceso. Primero, entraron tres o cuatro sociólogos militantes de izquierda a dar las directrices para el trabajo de campo, y luego ellos mismos escogieron los promotores para todo el país. El hecho, sin duda alguna, es que el INCORA de Lleras Restrepo fue un forjador de luchadores para implementar sin miedo y con berraquera la reforma agraria en el país.

Los setenta promotores salieron a todos los rincones de Colombia para fortalecer la organización campesina y para incitar al campesinado, que trabajaba como arrendatario o aparcerero, a inscribirse en el Incora. Pero, sobre todo, y con la anuencia de los directivos que se hacían los de la vista gorda, promover la toma de tierras no explotadas, para que el Incora entrara a negociar con el dueño, les comprara la tierra y se la adjudicara a los campesinos. Este proceso se repitió y se repitió en muchas regiones del país, especialmente en la costa atlántica, donde el problema de la tierra era muy grave. Estas invasiones de tierra, como las llamaban





los terratenientes, no siempre fueron fáciles, a pesar de que estaba el Estado de garante. En Cesar, por ejemplo, la toma de la hacienda Bella Cruz, una acción pacífica por parte de los arrendatarios y aparceros que trabajaban allí, se convirtió en un enfrentamiento extremadamente violento y muy sonado, pues hasta salió en la prensa. Los Marulanda Grillo, dueños de la hacienda, no se amedrentaron, sino que formaron unos grupos armados con los cuales sacaron a los campesinos de su propiedad, no una, sino varias veces. La cosa terminó cuando Carlos Marulanda, ministro de Virgilio Barco, hizo componendas con los paramilitares y tras asesinar algunos líderes, los forzaron a aceptar una tierra que el Incora les dio cerca de Ibagué.

Paralelamente a la presión sobre las tomas de tierra de las haciendas, los promotores organizaron a los campesinos inicialmente en asociaciones municipales de usuarios campesinos y después en asociaciones departamentales, todas ellas base para la creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). La ANUC fue muy fuerte en sus primeros años, pero se debilitó, entre otras, por ser objeto de la rebatiña de la izquierda para conseguir militantes para sus partidos o movimientos.

Cuando los promotores iban a los pueblos a constituir las asociaciones de usuarios, los alcaldes y la Policía, que desconocían por completo que esta era una política de Estado, sentían que había llegado un grupo de revolucionarios a organizar los campesinos en contra de ellos. Entonces los perseguían y hasta los encerraban, tal como le sucedió a Édgar dictando un taller de política agraria. En esos talleres no hacían otra cosa distinta a enfatizar las bondades de la reforma agraria, pero al oír la palabra expropiados, los gobernantes sentían que el comunismo les estaba llegando al lado de su casa, y se aterrorizaban.

Pero nosotros estábamos convencidos e ilusionados con la reforma agraria y nada nos amedrentaba. Así que nos pusimos en contacto con algunos de los directivos progresistas del INCORA y, sin pensarlo dos veces, nos volcamos como voluntarios a realizar las famosas “invasiones”. Nuestro papel no estaba tanto en la toma en sí misma, es decir, no rompimos cercas, no sembramos, ni construimos cambuches, y tampoco pusimos el pecho cuando entraba la Policía a desalojar a los campesinos. Nuestro rol, que considerábamos la base de la organización, fue formarlos políticamente de tal manera que ellos, los sintierra, tuvieran claridad de la fuerza que les daba la propiedad sobre la tierra que trabajaban y, claro, explicar que esta fuerza se multiplicaba si no se repartía individualmente, sino como colectividad. Con este fin, el Incora había decidido conformar las empresas comunitarias, figura bajo la cual se reconocía la propiedad colectiva de la tierra recuperada y les garantizaba más facilidad para vender sus productos. Es decir, en ese momento nosotros, y particularmente Pablo, íbamos perfilando el ideal de democracia y la importancia del trabajo colectivo. Lo que no sabíamos era que sólo podríamos alcanzar este ideal con el trabajo con los pueblos indígenas. Porque con el tiempo se demostró que el campesinado no estaba preparado para la propiedad colectiva, y poco a poco las empresas comunitarias se fueron disolviendo sin que ni al Estado, ni a los dirigentes de la ANUC les doliera.





Pero en ese momento aún no sabíamos que nuestro destino era el movimiento indígena y seguimos trabajando al ritmo que imponía el campesino. Éramos respetuosos de sus formas, sus tiempos y no llegábamos a imponer credos. Le teníamos resistencia a la vanguardia, tan en boga por esos tiempos, porque sentíamos con claridad que sus dogmas orientaban la acción, que era todo lo contrario a lo que nosotros queríamos hacer. Aceptar el vanguardismo era aceptar la dirección de un grupo y nosotros no teníamos vocación de rebaño.

En otras palabras, no nos interesaba para nada la toma del poder. Nuestra ilusión era la reforma agraria. Creíamos que el campesino era el que podía hacer el cambio. En los territorios, esto significaba apoyar las diferentes formas de organización que la ANUC había desarrollado. Nuestra línea de acción era construir organización, convencidos de que “el poder no se toma, el poder se construye”. Y así, y sin saberlo, ya nos íbamos acercando a Cauca. Pero para llegar allá, estuvimos primero en Antioquia y Tolima, impulsando la invasión de tierras.

A Cauca, ya Édgar había llegado en el 68. Allá conoció a Graciela Bolaños, quien sería la compañera de Pablo Tattay toda la vida. Ella era funcionaria del Incora y ya tenía bastante trabajo realizado en el sur de Cauca, donde fueron organizando invasiones y creando las Asociaciones de Usuarios Campesinos. Gracias al trabajo de Graciela y otros funcionarios del Incora en el oriente caucano, los guambianos de Silvia habían coronado una de las primeras, si no la primera recuperación de tierra. Se habían tomado la hacienda San Bernardo y habían creado la cooperativa Las Delicias, que jugó un papel muy importante en la organización de los indígenas. En ella se formaron líderes como Trino Morales, Julio Tunubalá, Pacho Jenvuel, que posteriormente jugarían un papel fundamental en la creación del Consejo Regional indígena (CRIC). Así que, empujados por Édgar o por otra providencia que no recuerdo, llegamos a Cauca para nunca volver a salir. Cuando esto pasó aún no existía el movimiento indígena, y los indígenas eran organizados por el Incora igual que como si fueran campesinos.

Una vez participamos en la primera gran manifestación de los Misak, o guambianos, quienes fueron a Popayán para reivindicar el derecho a la reforma agraria y en apoyo a la ANUC. Fue emocionante, salieron todos, ancianos, mujeres, niños, jóvenes, acompañados por rebeldes del Incora, como ya nos llamaban.

Dentro de ese grupo de rebeldes, Pablo comenzó a tener un lugar importante, porque siempre estaba buscando formas de hacer mejor las cosas. Cuando llegó a Cauca, se instaló en Popayán donde consiguió un puesto como profesor de la Universidad del Cauca. Pero, en sus palabras, como él no había ido hasta allí para vivir de la academia, se puso en contacto con el director del Incora regional, el progresista Eduardo Rodríguez, y éste lo enganchó como voluntario para trabajar en el norte de Cauca. En Corinto, hizo buena amistad con el cura Pedro León Rodríguez, quien tenía un fuerte compromiso con los sintierra. Era revolucionario y había fomentado la invasión de tierras urbanas para los carentes de vivienda en el municipio, la primera de las cuales se llamó La Colombiana.

Liderados por el cura, Pablo y quienes estábamos a su lado, empezamos a impulsar pequeñas recuperaciones de minifundios, que habían sido ya trabajados por los





campesinos en las montañas de Siberia y a organizar empresas comunitarias, aun cuando no eran las mejores tierras por ser muy montañosas. Pablo lideraba los talleres políticos, gracias a los cuales se comenzó a tener claridad sobre la importancia de las luchas para toma de la tierra y la consolidación de organizaciones. De la mano de la ANUC, trabajábamos con sectores de población afro, en el plan del norte de Cauca y sur del Valle. Se planteó la toma del ingenio Ucrania, para que fuera dirigido por los propios trabajadores, pero mi recuerdo es que la empresa les ofreció buena plata y hasta ahí llegó el impulso.

Trabajamos también con Gustavo Mejía, con quien planeamos la toma de una empresa azucarera que quedaba en la parte plana de Corinto, que pertenecía al ingenio Beta. También organizamos una gran recuperación en Las Cosechas, municipio de Padilla. Esa fue una historia bien particular porque, teniendo todo ya organizado, los recuperadores faltaron a cita, a las 12 de la noche, por estar bailando en el corregimiento más conocido como “Agua tibia” porque allá le echaban agua caliente a la gente que llegaba. Fue nuestra primera intención en grande y nuestra primera gran decepción.

En ese proceso ayudamos a formar la ANUC de Corinto y de Miranda, y a conformar la Asociación Departamental de Usuarios Campesinos que nombraron como presidente a Luis Aurelio Erazo, un mulato nacido en Mercaderes, sur de Cauca, en la que ya participan dos dirigentes indígenas que serían vitales para el movimiento indígena: Trino Morales, que era el presidente del Consejo Municipal del Silvia, y Francisco Jembuel, presidente de la Asociación de Usuarios de Jambaló. No obstante todo este trabajo, la verdad es que la ANUC en Cauca nunca cogió mucha fuerza.

Sin embargo, la fuerza organizativa existía, sostenida por este grupo de izquierdistas sin partido que llegamos a estas regiones a hacer viable la reforma agraria. Como miembro destacable de este grupo está Gustavo Mejía, un liberal radical que había pertenecido a las guerrillas liberales y que había sufrido la persecución y la cárcel, sin que esto quebrantara nunca sus ideales. Pero las guerras internas de los militantes izquierdistas de la ANUC y su concepción impositiva con los campesinos reventaron esa cuerda que aún nos ligaba al Incora y a la ANUC, de por sí debilitada por Pastrana Borrero.

Y así, con el liderazgo de Gustavo, secundado por Tattay, fuimos acercándonos al trabajo con los compañeros indígenas, la mayoría terrajeros que sufrían la explotación de los terratenientes. Un camino largo en el que poco a poco vamos construyendo una senda hacia el fortalecimiento del movimiento indígena y las recuperaciones de tierra, camino que conduce a la creación del Consejo Regional Indígena del Cauca, haciendo realidad la máxima *El poder no se toma, el poder se construye*.





II

Llevo cuarenta años andado con una serie de compañeros y compañeras que hemos hecho parte del Movimiento Indígena y que durante algunos años, más de diez, hicimos parte de la vida militar netamente indígena.

Si lo miramos, tenemos dos historias: el antes y el después de la dejación de armas en el 91. Voy a contar el antes, que es el que menos se conoce. Hice ese ejercicio de portar las armas del 80 al 90, primero en las filas del M-19 para luego formar parte del Quintín, durante la mayor parte de mi vida en armas. Y es paradójico, porque no soy de ningún resguardo ni tengo pertenencia a ningún grupo étnico, aunque en el fondo mis raíces sean étnicas. Nací en Popayán y ahí me crié, pero por razones académicas me contacté con una gente del M-19 y así fue como fui a parar allá. Muchos dirán: ¿Cómo es que no siendo indígena llegó al Quintín? Las cosas pasan por alguna razón de ser, y en ese ir y venir llegué directamente a Huila, a San Agustín, donde estaba el Eme. Me enrolé y con ellos pernocté como un año y algo más.

Una vez, atravesando el Pan de Azúcar, por el Puracé, nos topamos con un comando del Quintín, como los llamábamos, pues para nada parecían una guerrilla amplia y fortalecida. Mal armados, sin uniformes ni botas. No sé qué tenían esos combatientes, qué movieron en mi interior, pero sin pedir permiso me quedé con ellos. Como era de esperarse, los del Eme fueron a recuperarme. Me pusieron una sanción ni la berraca, a cocinar y a fregar hasta vomitar. Pero, aun así, cuando llegó la nochecita, aunque estaba bien jodido y bien cansado, me les volví a volar para el Comando del Quintín. Cuando fueron a buscarme, les dije que yo quería quedarme con ellos, pero me dijeron tajantemente que no. Como sería mi capricho que un gobernador fue a hablar con el comandante y le dijo: “Si él quiere pertenecer al Quintín, ¿por qué no lo deja?” Como había buena relación entre los quintines y el Eme, el comandante a regañadientes aceptó. Por fortuna no estaba un mando así tan importante, porque si hubiera sido Calitas, o Pupo, hasta me habrían mandado a fusilar.

De ahí en adelante me dediqué a conocer del proceso del Quintín Lame, y pasados algunos meses, e inclusive años, llegué a entender todo el proceso del movimiento indígena. Pude entender por qué muchos de los compañeros que hacían parte del Consejo Regional Indígena eran parte de las directivas del movimiento armado y comprender por qué el movimiento indígena tenía su forma muy especial de levantamiento en armas.

Hay muchas formas de interpretar la guerra. En el movimiento indígena no se trataba de discutir cómo accionar contra el Estado, sino cómo se defiende a las comunidades indígenas de la guerra sucia, que en ese momento la hacían los pájaros mandados por los terratenientes. Cómo podían las comunidades decir: ¡Alto ahí, paren la matazón de compañeros líderes! Y es ahí cuando apareció como último recurso el movimiento armado. Antes de entender todo esto, pensé: ¿Por qué todos sus miembros son indígenas? Mientras en el M-19 y en las otras guerrillas había mestizos, indígenas y negros. Muy adentro se me venía el pensamiento de que





estaba en el lugar equivocado; la gente poco hablaba español y para mí era como complicada la comunicación.

Al Quintín llegué precisamente cuando el Ejército los había correteado del Puracé y de Silvia y andaban despelotados. Sólo se veían comandos de máximo cinco hombres que parecían duendes corriendo. Es que todos eran pequeñitos, ¡hasta nuestro comandante medía menos de 1,50! Era tan bajito, que se escondía detrás de un matojo. Eso lo digo con todo respeto. Por eso nos dicen patojos, porque somos chiquitos. De dotación nos dieron unos de esos que llaman *fijack*, uniformes militares como rusos, y claro, ¡eso les quedaban nadando! No sé cómo no se caían pues les daban hasta el piso. Ellos mismos me decían: Pero ¿qué hace aquí con nosotros, si estamos casi acabados y ni siquiera tenemos armamento ni equipo? Cargaban era estopas amarradas, que fue lo único que me dieron cuando entré. ¡Ni siquiera una escopeta me dieron! Así duré como cuatro días cuando nos encontramos la tropa. Preciso bien desarmado que andaba yo y era difícil reconocer el personal porque cinco estaban aquí, otros cinco por allá, eso era increíble. Pero yo tenía muy buena puntería, así que bajé a un soldado, agarré la única carabina y les protegí la retirada después de herir a varios soldados. Los correteamos filo abajo y nosotros nos subimos a la loma para seguir avanzando. No entiendo cómo pudimos hacer eso, porque de verdad era para que ellos nos hubieran quitado hasta la carabina. Así me gané mi primera arma.

Fuimos avanzando por Paletará, pues ya habían avisado a Popayán que había una refriega de compañeros quintines llevados del berraco y unos heridos. Carlos, el comandante, se había refundido no se en dónde putas y por allá lo había recogido una señora que lo tenía oculto. De Popayán nos mandaron a Tomatico para que comandara. Y yo que lo veo y pienso: ¡Sacamos un gorgojo y nos mandan otro! Apenas llegó nos dijo que teníamos que enfilarnos para encontrarnos con una gente que venía de Popayán. Hicimos toda la trayectoria hasta llegar a Paniquitá como en cinco días. Recogiendo, recogiendo, siempre reunimos como unos veinte que andaban escondidos.

Ahí en Paniquitá es donde yo distinguí a Braulio, que llegó con Avirama, Ricardo y el negro Wálter. Tomaron datos de los heridos y de los que no aparecían y de pronto me quedé viendo a este personaje tan grande y me pregunté: ¿Quién será? Nos lo presentaron como Braulio e iba a darnos un taller de política. Ahí fue cuando en verdad vine a entender dónde era que andaba metido. Hasta que Braulio y los otros compañeros no nos dieron ese cursillo no sabía que estaba parado en un lugar muy distinto a lo que pretendía el M-19, que era la toma del poder. Por primera vez vine a entender en sí el panorama completo del movimiento indígena, qué era lo que estábamos haciendo ahí. Hasta ese momento ni siquiera sabía por qué se llamaba Quintín Lame y que el fin de todo era defender las recuperaciones de tierra que se estaban iniciando. Comprendí que el Quintín era significativo para el avance del movimiento indígena y para las recuperaciones de tierra. Nosotros apoyamos las recuperaciones de varias fincas de la zona centro, lo que fue Puracé, Paletará, Coconuco y parte de Quintana.





Ellos salieron, pero el enemigo ya tenía información de que había una escuela político-militar del Quintín Lame y su ubicación exacta. Y así como es la vida, nosotros teníamos cubiertos todos los lados menos uno, y preciso por ahí se nos metieron ¡y nos pegaron qué cascada! Los compañeros que daban el taller ya se habían ido como a las 9 a. m. Nosotros estábamos haciendo el almuerzo en unas piedrotas, ya teníamos una buena candela, cuando tenga, ¡el traqueteo! Eso le volaron pólvora a esa olla que daba miedo. Silbaban las balas. Hirieron a un compañero y nos tocó cargarnos ese herido al hombro en plena huida. Por fortuna el comandante tenía dotes de buen militar y pudimos salir de allá. Cuando Braulio y ellos supieron, dijeron: ¡De la que nos salvamos!

Braulio se identificó como del estado mayor del Quintín Lame. Me dejó cuatro o cinco cartillas de construcción del movimiento indígena porque se pilló que mientras a los otros compañeros sólo les interesaba lo militar, a mí sí me gustaba leer. Lo veíamos cada mes, cada dos meses, cuando teníamos escuelas político-militares. Terminado el taller, caminaba con nosotros de un poblado a otro, siempre por la noche.

Para mí lo importante del Quintín Lame es que con su presencia muchos de los hacendados optaron por irse porque ya ni las fuerzas del Estado podían cuidarlos. Dijeron, una de dos, o nos secuestran o nos matan. Porque en ese tiempo sí era real y beligerante el secuestro. La verdad, nosotros no secuestramos mucho, pero sí algunos. Los otros movimientos guerrilleros secuestraban mucho más. Me acuerdo que en ese tiempo pasaban los capos del dinero y capturamos a varios. Subían por la trocha los carros de valores, entonces les echábamos mano, ahí les ayudábamos un poco a las directivas de suavizar esa responsabilidad de mantener a la quintinada, porque era muy duro. Pero la verdad es que en general a nosotros nos mantuvieron las propias comunidades.

En esa época no estaban los paramilitares propiamente, pero sí había pájaros e informantes de las mismas comunidades que no congeniaban con el movimiento indígena, ni con el CRIC, y contaban quiénes eran los líderes y quiénes estaban en la guerrilla. Fue muy complejo. Pero supimos manejarlos y gracias al trabajo que hicimos, las recuperaciones crecieron y las comunidades se sentían más tranquilas. Pero se llegó el momento de pensar que el movimiento Quintín Lame era peligroso para el movimiento indígena, y las comunidades solicitaron que dejáramos las armas. Así que hicimos caso, porque nuestra razón de ser siempre han sido las comunidades, el movimiento indígena, y no las armas por ellas mismas. Entregamos las armas, pero no la conciencia, porque la conciencia la tenemos tal y como nos fue formada desde un principio.

III

Soy bogotano. De la pobreza en que vivíamos como familia, sólo salí cuando pude estudiar administración de empresas en la Universidad Nacional. Una carrera que no sólo estudié teóricamente, sino que para poder sostenerme monté dos pequeñas empresas, una de fotocopias, para lo cual me caminaba por todas las facultades





para ofrecer mis servicios, y una cafetería en la facultad de economía. Viví, como la mayoría de mis compañeros, una militancia universitaria, que en mi caso fue con las brigadas marxistas-leninistas. Para mi fortuna, las brigadas no tenían como objetivo la lucha armada porque de lo contrario quién sabe dónde estaría, o si estaría. Y aunque esta organización finalmente no hizo gran cosa, si me dio formación y, sobre todo, me salvó de militar en organizaciones armadas.

Estas empresas me duraron hasta el 80, año en el que el M-19 se tomó la embajada dominicana y retuvo como a quince embajadores para pedir la excarcelación de los compañeros presos por el robo de armas en el cantón norte. Tal fue el alboroto, que cerraron la universidad y a mí me tocó acabar con esos negocios. Pero como la necesidad continuaba, alquilamos con algunos compañeros una casa en chapinero donde hacíamos libros de fotocopias para los estudiantes.

Ya cansado de la militancia con esos grupos revolucionarios, que en mi opinión hablaban mucho pero hacían poco, me enfoqué en el trabajo con obreros y campesinos. Pero mi rumbo cambió un día que a una reunión llegó Édgar Londoño y me enganchó para trabajar con los indígenas de Coyaima. Lo increíble era que el único pueblo que conocía fuera de Bogotá era precisamente Coyaima, porque siempre pasaba allí mis vacaciones en la finca de los papás de un compañero. Nunca, durante ese tiempo, oí hablar de indígenas. Es más, si uno preguntaba dónde estaban, le contestaban que habían salido huyendo despavoridos desde que San Roque los intimidó con unos perros, animales que ellos no conocían.

Empecé a trabajar en Coyaima los fines de semana porque estaba estudiando el primer semestre del posgrado en economía en la Nacional. Pero la presión de Édgar fue tal, que resolví salirme de la universidad, dejar mis negocios y trabajar de lleno coordinando la cooperativa indígena. Empezamos a traer estudiantes de administración de empresas, de medicina y de antropología de la Nacional y organizamos un grupo de trabajo. Estando en esas, nos invitaron a Cauca a conocer el proyecto de tractores e intercambiar experiencias con las cooperativas de allá. Así conocí a los Avirama, que eran tractoristas de Totoró. Luego llegó Pablo a Coyaima a realizar sus famosos talleres políticos y Édgar me embarcó en una comisión política. En esa época, dentro del movimiento indígena, había una aceptación muy grande hacia los colaboradores mestizos.

Empecé a asistir a la comisión política de Cauca-Tolima. Una de ellas fue con la dirección del Quintín Lame, y ahí aterricé y me di cuenta de que esta comisión era también la que orientaba el movimiento indígena armado. Así que, sin darme cuenta, estaba metido en el Quintín Lame. En esas me mandaron a Casa Verde como uno de sus delegados. Allí creamos la coordinadora guerrillera Simón Bolívar (CGSB), con presencia de todos los grupos armados que había en el momento. Esa coordinadora se hizo para reemplazar la Coordinadora Nacional Guerrillera en la cual no habían querido participar las FARC porque estaba el Ricardo Franco, una disidencia que actuó en Cauca y que asesinó a casi todos sus militantes. Todos en la coordinadora respetaban que el Quintín no estuviera luchando para tomarse el poder sino para defender las luchas de indígenas, las recuperaciones de tierra y, sobre todo, evitar que siguieran matando a sus dirigentes.





Estando en Coyaima mandaron la invitación para una segunda reunión de la CGSB, así que me tocó ir no sólo a la segunda conferencia, sino a la tercera y a la cuarta. Desde entonces cargo con un seudónimo que le debo a Pablo. Estando en la Coordinadora, Jacobo me preguntó cómo me llamaba, a lo que respondí, sin pensarlo mucho, que Ciro, y Jacobo, burlándose de mí, me dijo: “No hay nombre sin apellido”. Ahí saltó Pablo y dijo: Tique, porque ya se volvió tolimense. Así que allá me conocían como Ciro Tique y a Pablo como Braulio.

Esta relación con la coordinadora fue muy positiva para el Quintín porque, entre otras, se aprovechó para tratar los problemas que había en Cauca con las FARC. Cuando poníamos queja de alguno de los comandantes de la zona, los mandaban llamar y los tenían allá, tres, cuatro años, entonces muchos de ellos no se iban a arriesgar a eso y preferían arreglar los problemas en terreno.

En la tercera cumbre ya empezamos a hablar de una propuesta de paz, lo que causó una polémica tremenda. Muchos movimientos guerrilleros no estaban de acuerdo, especialmente el ELN, que era el más radical de todos. Tras días de discusión se logró firmar una declaración conjunta, pero a los delegados del ELN los desautorizaron y ellos en minoría se salieron y crearon tolda aparte con la Corriente Socialista. Se quedó en que cada grupo hiciera las gestiones para acercarse al Gobierno, pero sin llegar a ningún acuerdo por separado, porque los acuerdos se tomarían en reuniones conjuntas. En esa cumbre se vivió el mundo al revés. Pizarro era el más radical en contra del proceso de Paz, y Jacobo y Manuel Marulanda los más entusiastas de poner fin a la guerra y actuar políticamente como partido. No sé a dónde se fueron el radicalismo de Pizarro y la posición conciliadora de las FARC, pues cuando nos dimos cuenta, el M-19 ya estaba en Tacueyó en conversaciones con el gobierno de Gaviria, y las FARC en plenos combates.

Después vino la cuarta conferencia, en la cual, después de muchas discusiones, no se pudo sacar una declaración conjunta. Luego la quinta y última para nosotros, donde se llamaba a una guerra sin cuartel. Decidimos retirarnos pues ya estábamos iniciando un proceso hacía la paz y discutiendo sobre nuestra participación en la Constituyente. Nos habíamos puesto de acuerdo con el EPL y con el PRT para hacer un solo proceso. Hicimos unas reuniones en un apartamento en Bogotá y sacamos un comunicado desde las montañas de Cundinamarca, firmado por los representantes de cada uno de los movimientos. Pero nos pasó igual que con el M-19, de pronto vimos la quema de fusiles del EPL por un lado y la tirada al mar del armamento del PRT, por el otro.

Iniciamos el proceso de paz haciendo una correría por la mayor parte de las comunidades indígenas dando a conocer el porqué de la decisión. La razón más fuerte era que la represión había aumentado sobre los dirigentes indígenas porque no se podía distinguir claramente entre el CRIC y el Quintín, dado que la dirección de los dos era la misma. En realidad, fue una petición de las comunidades. Era insostenible que un movimiento social tuviera una relación tan estrecha con la guerrilla. De hecho, el Gobierno ya había empezado a tomar acciones en contra de las propias comunidades, tales como limitar el apoyo a los programas de educación y de salud. Entonces las comunidades empezaron a exigir al Quintín Lame que





solucionara estos problemas y, obviamente, el Quintín no podía responder a estas demandas.

Entonces iniciamos los diálogos de paz con el gobierno de Gaviria. Un proceso que duró como cuatro o cinco meses, el mismo tiempo que duramos construyendo el campamento, pues los indígenas no sabían hacerlo y tocó que nos capacitara el SENA y aprender a trabajar la madera. Ya faltando como un mes para iniciar la Constituyente, Bejarano, el delegado del Gobierno, nos dijo: “¿Ustedes van a firmar o qué? Porque no pueden esperar a que termine la Constituyente para decir si aprueban o no lo que se decida allí, tienen que tomar la decisión de una vez”. Nosotros ya la habíamos tomado, acatando el consejo de Pablo de no nadar contra la corriente, sino volviéndonos unos buenos nadadores para alcanzar la orilla de la paz.

En todo este camino nos demoramos más de lo que debíamos pues la Constituyente comenzó a sesionar el 5 de febrero de 1991 y nosotros aún estábamos discutiendo si los delegados debían ser del Quintín Lame o representantes de las comunidades. En fin, firmada la paz en mayo del mismo año, se participó en la Constituyente con Alfonso Peña Chepe como delegado del Quintín Lame y Lorenzo Muelas y Francisco Rojas Birry, elegidos por votación popular. Esta participación fue clave para que el tema indígena encontrara un lugar importante y se aprobaran artículos sobre sus derechos culturales y de territorio. La nube negra que hubo mientras sesionó la Constituyente fue el bombardeo a las FARC, lo que se conoció como el bombardeo a Casa Verde, sede de las conversaciones de paz entre esta guerrilla y el gobierno de Gaviria.

Mientras tanto en el territorio, la quintinada tenía sentimientos encontrados. Algunos guerrilleros con tristeza, otros con alegría, pero la mayoría acataron la entrega de armas. Sólo unos pocos comandantes que se fueron por su lado y los mataron. En cambio, los que respetaron la dirección dada por el CRIC fueron protegidos por las propias comunidades y los cabildos. En el mismo campamento de Pueblo Nuevo hubo un proceso de formación de los desmovilizados, la mayoría de los cuales terminaron siendo directivos de cabildos o presidentes de juntas. Sólo oí que mataron al hijo de Moncho, pero era por otros temas. Luego ya hubo el proceso de reinserción y la creación de la Fundación Sol y Tierra.

Yo volví a Coyaima y seguí trabajando con la cooperativa con los cabildos y en el fortalecimiento del proceso organizativo. Pablo en Cauca más en procesos organizativos con las escuelas, que era su tema.

En el 90, me vinculé a trabajar con Sol y tierra, trabajo que fue interrumpido por una persecución y un carcelazo. Resulta que los escoltas que me habían asignado me pidieron el carro prestado dizque para hacer una vuelta y se fueron fue a farrear en Sucre, sur de Cauca. Borrachos mataron a dos o tres personas y terminé implicado porque tenían una foto en que aparecía un tercero, que no sé cómo diablos la manipularon en Bogotá y aparecía yo. El proceso duró del 2002 al 2006. Los abogados me recomendaron no presentarme hasta que fuera la audiencia y ese tiempo estuve andando en distintas comunidades, como Toribío y Tierradentro,



donde ayudé mucho después de la avalancha. Ya en 2006 llamaron a audiencia. Me presenté y mientras resolvían duré un año preso en San Isidro.

Cuando salí trabajé de nuevo con Sol y Tierra, problemas de convivencia, droga, planes de vida en las comunidades indígenas, y participé en todas las movilizaciones del CRIC. Lo hice hasta el año 2019 que me empezaron problemas de salud. Ahora estoy más alejado de todo, porque así lo impone mi cuerpo, pero tengo que decir que encontrarnos con el movimiento indígena fue nuestra salvación. Sin lugar a dudas, lo que nos identifica es el hecho de no ser indígenas y jugarlos la vida por ese movimiento.



Livia Benish, Pablo Tattay y Pablo Tattay hijo. Archivo familiar.





Pablo Tattay y sus dos hijos, Csilla y Pablo 1953. Archivo familiar.



Graciela Bolaños, 1972. Archivo familiar



TATTAY

La minga por el Cauca:
memorias de Pablo Tattay



Familia Tattay Bolaños. Archivo familiar.



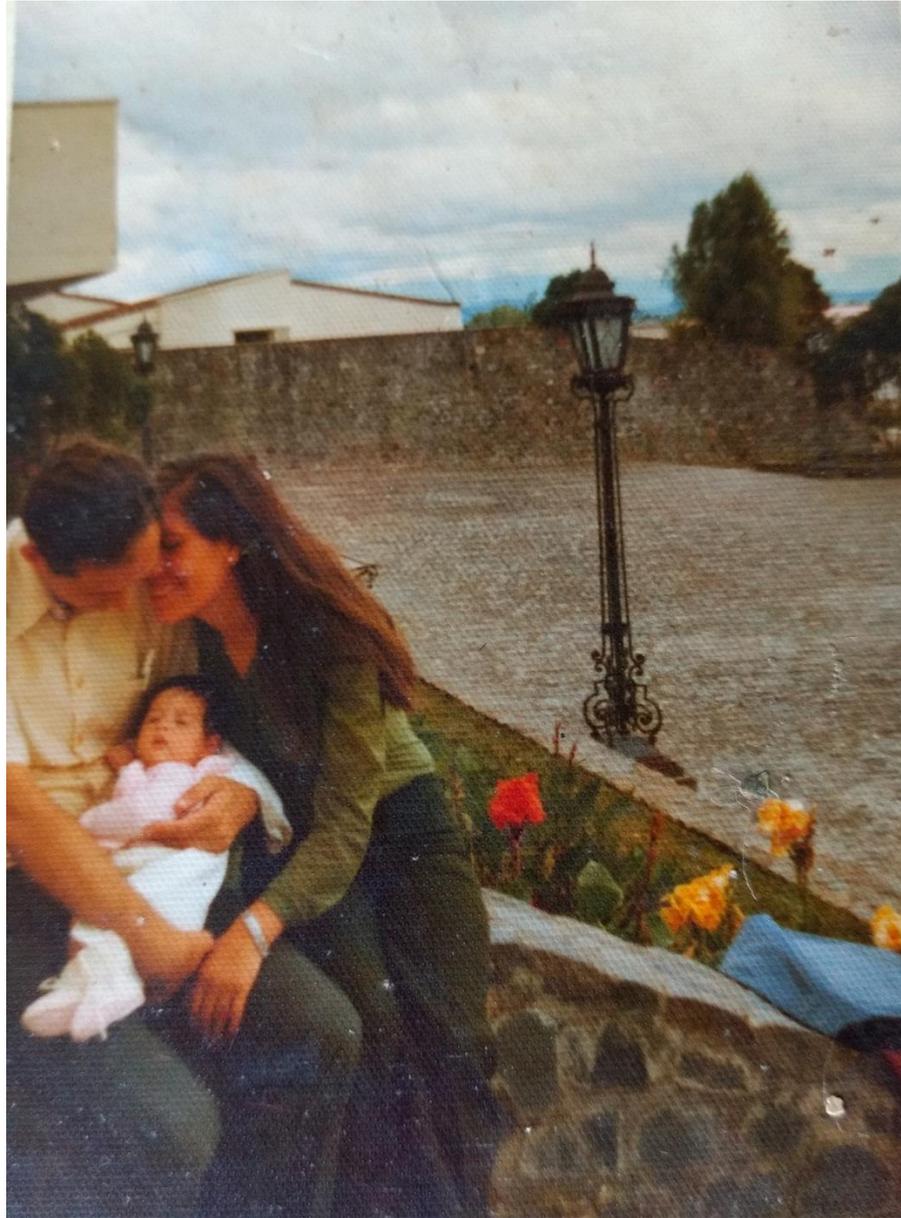
Libia y Pedro Pablo. Archivo familiar





TAYTAY

La minga por el Cauca:
memorias de Pablo Tattay



Pablo, Graciela y Libia. Archivo familiar





Foto mayores. Crédito/ Archivo Fundación Sol y Tierra.2022

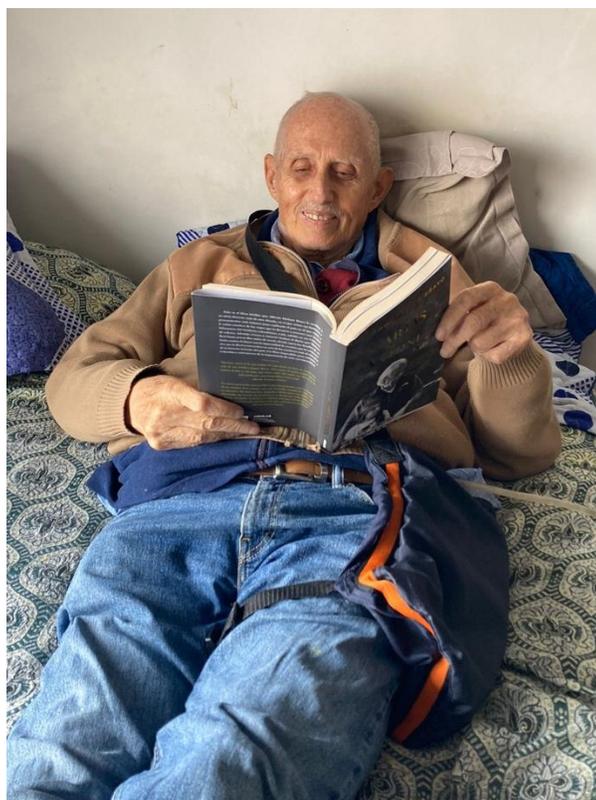


Archivo Fundación Sol y Tierra.





Con los compañeros de la Fundación Sol y Tierra. 2022.



Pablo leyendo Cartas a Antonia. /Crédito: Libia Tattay.





Pablo y Libia en la posesión Presidencial 2022/ Crédito: Carlos Gómez. Retina_de_vidrio.





Posesión presidencial con las juventudes del CRIC. 2022. Crédito: Carlos Gómez. Retina_de_vidrio.



Silvia, julio 1973, Tercera Asamblea del CRIC y Encuentro Nacional de Indígenas y solidarios. Crédito: Víctor Daniel Bonilla.





Febrero 1971. Toribío. Gustavo Mejía en la primera asamblea del CRIC. /Crédito: Víctor Daniel Bonilla.



1972 Camino a Tierradentro, Javier Calambás relacionando comunidades en lucha. / Crédito: Víctor Daniel Bonilla.





1973 Nuestras luchas de ayer y de hoy, primera cartilla del CRIC- "Somos campesinos y somos indios". / Crédito: Víctor Daniel Bonilla.

